



EN LA PENUMBRA

UNA VIDA INMERSA EN LA BÚSQUEDA
DE LA VERDAD Y EL AMOR

CATHERINE PARKER LARRAÑAGA

En la Penumbra

Una vida inmersa en la búsqueda
de la verdad y el amor

Catherine Parker Larrañaga

www.catherineparker.cl

Primera Edición Noviembre 2018

Protegido según Derecho Autor registro No292.702 DDI (Departamento Derechos Intelectuales / Chile)

Queda prohibido la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante arriendo o préstamo público.

ISBN: 978-956-393-966-8



AGRADECIMIENTOS

Primero a los que siempre encabezarán ésta sección de gratitud, mi marido e hijos que con santa paciencia siguen apoyándome en esta aventura por escribir.

A mi estimada profesora de las letras, Ana María Güiraldes, quien con dedicación, cariñosa corrección y agudo sentido de la perfección, sigue desafiándome a encontrar los caminos más originales e inusitados que, a través de cada párrafo, conmuevan a mis lectores.

A mi compañera de escritura, Vanessa Jiménez, por su generosidad al compartir los útiles tips que ayudaron a darle a mi novela, los mejores estándares de calidad que requiere un buen libro y que merecen mis lectores.

A mis amigos, que leyeron por anticipado mi manuscrito, enriqueciendo con sus opiniones y sugerencias los rincones de esta historia que fluye página a página. Gracias por vuestra sincera crítica.

A Juan Villar, quien desde Venezuela diseñó, con profesional dedicación, la fantástica portada de mi novela.

A Patricia Rico, colaborando, desde España, en la pulcritud y acabado del lenguaje.

Gracias a todos los que de alguna u otra forma fueron parte, de lo que hoy, es una realidad.

Un abrazo cariñoso a cada uno.

I

Positano

Años trabajando en corretaje de bienes raíces y nunca le habían asignado una propiedad cubierta por un manto de solapadas e intrigantes historias.

El jefe manda y hay que obedecer, decía, así es que decidió obtener toda la información posible para contar con los mejores argumentos de venta. Sabía que la ubicación era excelente: antiguo barrio residencial de clase alta en Positano. Calle arbolada con una hermosa vista al mediterráneo y arquitectura provenzal de 1900, su favorita. Disfrutaría consiguiendo los antecedentes del cartapacio comercial del inmueble. Hasta el momento, sólo contaba con un pequeño *dossier* que mostraba fotos de una enorme mansión algo maltrecha, pero de gran belleza.

Eran ochocientos cincuenta metros cuadrados de casa, que seguramente cobijó un pasado fabuloso. Mientras veía las fotos imaginó fiestas, niños corriendo por sus jardines y bañándose en la gran piscina central. Dibujó en su mente una familia numerosa rodeada de amigos, parientes y muchas navidades repletas de luces decorando el enorme patio y sus ventanales.

La construcción era hermosa a pesar de su deterioro; una techumbre de ladrillo, aún bien mantenida, coronaba la estructura de grandes vanos arqueados con vista al jardín. La piscina, rodeada de lo que algún día debieron ser frondosos y verdes arbustos, presentaba un borde empedrado con algunas macetas de tierra seca enmarcándola.

Esperaba ansiosa el momento de poder viajar a verla con sus propios ojos. Las fotos de seguro no hacían justicia a su grandiosidad, la que a pesar del daño debido a décadas de abandono, seguía presente.

Sumergida en la fantasía de pensar en aquella casa, volvió a la realidad con la presencia de Esteban que, con su mezcla cincuentona entre Sean Connery y Alain Delone, la miró con ternura para darle la noticia más esperada por ambos:

-Elizabeth, está todo listo. Partes pasado mañana temprano a Positano en vuelo directo a Salerno.

Su corazón dio un vuelco y un escalofrío la remeció con suavidad. Se quedó mirándolo, cautivada por sus rasgos seductores y, sonriendo, aceptó el desafío.

-Fantástico, al fin cerraremos este negocio – dijo con energía.

-Así es. Esta noche celebramos Elizabeth, y no acepto una negativa. Paso por ti a las siete – dijo enfático.

-¡Cómo usted mande señor! – contestó ella con voz firme. Hizo un ademán imitando un gesto militar y rio de buena gana.

Esteban devolvió su sonrisa y en una rápida secuencia de imágenes del pasado, recordó su llegada a la oficina.



Quedó encandilado. Su pelo peinado con vana intención de orden y sus agudos ojos color miel expresando seguridad en sí misma, revivieron en él un sentimiento que creía perdido. La muerte de su esposa apagó cualquier posibilidad de mirar a otra mujer con sesgo de romance, pero Elizabeth iluminó el espacio con su simpatía y respuestas certeras.

No tuvo duda al contratarla. No aspiraba a nada más que dar un poco de alegría y belleza a sus días de viudez. Ya habían pasado casi dos años y entre negocio y negocio, crecía en él un impulso por tenerla entre sus brazos y besarla. Sintió que podría volver a amar, pero la diferencia de edad lo avergonzaba y reprimía por ello cualquier intento de revelar sus intenciones. No renunciaría; en algún momento encontraría el camino para retenerla en la empresa y en su vida.

Esteban solía invitarla a comer para celebrar ventas exitosas y entregarle nuevos y desafiantes proyectos. En cada cena buscaba la forma de acercársele dejando ver, con sutileza, su interés por ella. Pero la juventud y ambición de Elizabeth solo veían la forma de llegar a la cúspide profesional. Transformaba con habilidad toda aproximación, en una charla de trabajo que nada tenían que ver con lo que Esteban había tramado para esos encuentros.



En el aeropuerto de Salerno la esperaba Enzo, el chofer de la empresa en la ciudad. Atento como siempre, guardó sus maletas y le abrió su puerta. Elizabeth subió al pequeño auto que la trasladó, por las estrechas y zigzagueantes calles de Positano, hasta el hotel. Esta vez había pedido a Esteban una provisión de gastos contundente, ya que tendría que permanecer allí más días de lo habitual. El magnate, o abogado designado a quien mostraría la casa, llegaría dos días después que ella, y dado que la venta tenía gran relevancia estratégica, viajó con anticipación para dominar el escenario. Elizabeth contaba con habilidades únicas en el campo del corretaje. A veces, abusaba de saberse irremplazable, exigiendo comodidades extraordinarias: esta vez puso como condición hospedarse en el Hotel San Pietro.

La oportunidad que se le presentaba no la desaprovecharía por nada. Positano era el lugar de sus sueños. Había tenido la suerte de estar ahí años antes, pero con la sensación de necesitar más; más de sus calles, más de sus bares, más de su vida al borde del mar. Fantaseaba con vivir allí algún día.

En apenas dos horas y cuarenta minutos, Elizabeth estaba recorriendo la costa amalfitana. Una belleza de cerros empinados repletos de casas, decorando las escarpadas montañas de la geografía italiana. El pequeño auto los defendía de desbarrancar o quedar atrapados frente a algún bus de turistas. Lo mejor era desplazarse en motocicleta; ella ya tenía reservada la suya para los próximos días.

Al llegar a San Pietro, por un instante se sintió como una millonaria. El

lujoso hotel en el risco más bello de la ciudad, rodeado de árboles que parecían flotar en el aire frente al mediterráneo, la transformaban en una adinerada que no era, pero que por algunos días disfrutaría aparentando serlo. Esteban le permitía esos momentáneos lujos esgrimiendo que sólo accedía a ellos por la importancia del negocio y los millones de dólares que reportaría en ganancias; la verdad era, que su deseo más profundo por cautivarla, los volcaba satisfaciendo sus antojos.

Para Elizabeth, su meta era concretar la venta, si lo lograba, podría aspirar, incluso, a ser socia de la compañía: su más aguda ambición. Ya había vendido unas cuantas mansiones en el pasado, y los viajes representaban el pan de cada día, sin embargo, éste en particular, era su mayor desafío.

Las condiciones del inmueble podían ser una desventaja, ya que exhibirlo desde su decadencia impedía la posibilidad de deslumbrar a quien la visitara. Pero ahí estaba su *expertise*, ella sabía muy bien cómo sumergir al potencial comprador en las bondades de una propiedad desierta durante años. Y para ello estaba en Positano con la anticipación suficiente que le permitiría respirar cada uno de sus rincones e imaginar en lo que podría convertirse al ser reconstruida y remodelada.

A la mañana siguiente, Junio le regalaba su calidez con un tibio rayo de sol que se colaba por la ventana de su elegante habitación. Una gran cama, con altos pilares de madera decorados con tul, había logrado que pudiera reponer fuerzas. Un gran sillón de terciopelo verde junto al secreter de caoba, impregnaban un aire imperial al entorno y la hacían sentir poderosa. Pero debía dejar de fantasear, pues tenía que llegar temprano a la oficina local en busca de las llaves y algunas indicaciones importantes que tenían que entregarle.

Antes de bañarse, quiso disfrutar un poco más de aquel opulento ambiente, ese que sólo gozan quienes ostentan altos cargos ejecutivos, esos que ya le darían a ella algunos derechos adquiridos cuando cumpliera con el ambicioso cometido. Pensando en eso, se acercó a la ventana y gozó de un delirante panorama. La luz dorada cubría los cerros y el mar era un espejo reflejando sobre su superficie, algunas nubes color amarillo y rojo. Un amanecer espléndido, que le auguraba fortuna. Respiró profundo y agradeció estar ahí. Lista para dar inicio a su misión, dio media vuelta y se conectó con su

desafiante tarea.

Sofía la esperaba en la oficina con un maletín enorme y repleto de detalles sobre la enigmática mansión.

Elizabeth abrió sus ojos de par en par sin poder creer el tamaño de semejante valija.

-¿Y esto? ¿Cómo es que en un año no lo he recibido en París? -le dijo asombrada a Sofía, quien le confesó que sólo hacía un mes había logrado reconstruir todos los antecedentes de la propiedad, y que se preparara a leer sobre una historia poco común.

Hasta ese momento, Elizabeth sabía que la construcción era única y que, a pesar de su gastada vida, aún lucía imponente. Sabía de forma superficial, que había cuentos y mitos que rodeaban su pasado. Se hablaba de amantes, asesinatos, enfermedades incurables y pasiones desenfrenadas con escalofriantes finales. Era una leyenda con puertas y ventanas. Sus muros albergaban secretos y rumores que sobrevivieron a años de cuchicheo ciudadano. Incluso, se comentaba que existía un hijo abandonado que actualmente podría tener entre cuarenta y cincuenta años, pero de poco y nada se tenía certeza. Tal vez ese hombre incluso estaba muerto. Por ahora, sólo eran chismes que iban de boca en boca, y que habían logrado traspasar la frontera de varias décadas. Pero semejante cartapacio no lo esperaba.

Sofía colocaba en sus brazos el peso de toda esa información, que apenas podía sostener. Elizabeth la subió al escritorio y comenzó a escudriñar. Entre los papeles oficiales con antecedentes del inmueble, encontró una serie de manuscritos viejos, papiros antiguos que no tenían que ver con detalles de construcción, ni metros cuadrados, ni especificaciones técnicas. Mientras hurgaba, el desconcierto comenzaba a cambiar radicalmente su expresión. Sofía, al ver su cara, le advirtió que encontraría algo más que detalles de edificación. Ella había investigado en profundidad sobre el pasado de la mansión, con el fin de ayudarla a enfrentar preguntas que podrían dificultar la venta; “descubrirás una compleja telaraña que tendrás que manejar con discreción”. Con esas palabras, Sofía reafirmaba que éste era sólo el comienzo de un intrigante pasado. Elizabeth la miró agradecida por su generosa labor, que también le reportarían a ella algunas ganancias extras, y

atónita volvió al maletín, expectante de lo que hallaría entre sus hojas. Tomó una de las separatas que decía: “El Suicidio”, y leyó.

II

El Suicidio

“Dios mío, perdona mi debilidad”.

Con esa frase finalizaba el testamento de Gino Visconti en 1936. Con ella heredaba, a su esposa e hijos, una mansión y el desprestigio de la familia tras su suicidio. Una tormentosa y pasional vida, siempre repleta de amantes y mujerzuelas, había tomado su venganza. De seguro el desequilibrio, mental y emocional, nunca permitió que sus días fueran normales. Siempre se rumoreó que tal vez no fue suicidio, sino más bien, le revancha de un esposo celoso que, despechado, no soportó la traición de su mujer.

En esos años, la familia Visconti Peirano ya tenía dos hijos, y gracias a la fortuna reinante de sus antepasados, pudieron sobreponerse a la escasez de la posguerra. Parte de la sociedad de la época, los consideraba una familia ejemplar, con vidas acomodadas, siempre celebrando acontecimientos y recibiendo a príncipes y monarcas. Otros, sabían que escondían sórdidas historias que nunca develaron.

La residencia Visconti, al oeste de Positano, tenía una ubicación única. El entorno natural impregnaba majestuosidad al lugar, y los rayos del sol iban regalando, a cada hora del día, una nueva decoración en fuentes de agua, habitaciones y salones. Varios pintores de la época pidieron retratar a

sus habitantes en los distintos escenarios que ofrecía aquella atmósfera, pero quien mejor los capturó fue Spartacus Lombardini quien, al inicio de su oficio, fue descubierto por el abuelo de la familia en la plaza de la Catedral de Santa María Ausenta. Allí, Spartacus retrató turistas y lugareños demostrando sus asombrosos dotes. El realismo de sus obras hacía que éstas parecieran impresiones fotográficas, por ello, ya en 1910, Don Pietro Talone Visconti lo hace partícipe de sus proveedores de arte, y lo contrata como retratista con el fin de inmortalizar la bella mansión y a quienes vivían en ella. Su deseo era perpetuar aquellos años de opulencia familiar. Su esposa, y quienes vivieron con él, fueron retratados en muchas de las habitaciones de la casa, por lo que quedó registro perfecto de la grandiosidad de aquellos años. Incluso, algunos de sus antepasados, formaron parte de la Galería. Varias de sus obras se exhibirían en destacados museos de Roma y Milán.

Pero el brillo de esos tiempos quedó ensombrecido cuando el cuerpo de Gino fue hallado en el acantilado de la Villa. Llevaba tres días desaparecido, cuando la policía, en una segunda ronda de búsqueda, descubre una nota bajo una alfombra persa que vestía parte del piso donde estaba su sillón favorito, en el estudio a orillas del risco. El espacioso lugar tenía un escritorio victoriano, un sillón de felpa roja y una cama de gran tamaño, en la cual pasaba noches solitarias despejando problemas de inversiones familiares o leyendo la novela del momento, lo que le hacía perder la noción del tiempo. Para no molestar e interrumpir el sueño de Anett, dormía en el estudio. Pero las habladurías decían que, en realidad, escondía amantes y prostitutas del pueblo con quienes disfrutaba de frenéticas veladas. En ese tiempo, nadie pudo comprobarlo, pues no se encontró evidencia alguna de ello. Siempre fue cauteloso en cubrir cualquier señal de adulterio. Pero su conciencia fue más poderosa, impidiéndole lidiar con su pecado. Anett no merecía cargar con su fatídica decisión. Era una mujer bella, femenina, esposa y madre abnegada.

El hallazgo de esa nota y el testamento sobre su escritorio, dieron las pistas de que había sido un suicidio y fue entonces, cuando la búsqueda se centró en la forma: sólo había dos caminos; un arma o el vacío. Lo encontraron, estrellado en una roca, completamente irreconocible, salvo por su anillo.

Absorta e impactada por lo que estaba descubriendo, Elizabeth no podía parar de leer los detalles de lo sucedido en aquella casa. Agradecía haber llegado temprano y tener el tiempo suficiente para prepararse; esta venta sería toda una aventura. Hizo una pausa a la ansiedad que la empujaba a seguir leyendo, para ir en busca de un café. La siguiente separata decía: “La Prostituta”

III

La Prostituta

El dolor la atravesaba. A pesar de haber vivido siempre en la clandestinidad, su vientre poseía parte de quien en verdad había amado. No había sido sexo de una noche, sino más bien años de encuentros secretos. La relación tenía pasión, complicidad y para Gino, estar entre sus brazos, era una pausa para su plana y rutinaria vida junto a Anett. Le había confesado muchas veces que, a su lado, se sentía libre: libre de apariencias, de exigencias, de compromisos; con ella podía ser simplemente él. Juliette jamás pidió nada más que respeto, a pesar de su poco digna profesión; sólo con eso era feliz. Gino la necesitaba, la quería sólo para él, por lo que a los meses de estar juntos, había decidido pagarle una mensualidad que le permitiera dejar de entregarse a otros hombres. Esto la hizo dejar ese sórdido mundo y salir de casa de Madame. Pagaba alquiler por una pieza en casa de una anciana casi ciega, y trabajaba de limpiadora en un monasterio a las afueras de Positano. Era el único lugar en donde su reputación era aceptada y perdonada y donde aprendió los verdaderos valores de la vida: compromiso y rectitud. Poco de eso asimiló cuando fue abandonada tras la muerte de sus padres. En aquel entonces, con tan sólo cinco años, quedó huérfana y al cuidado de una abuela a quien apenas le importaba su vida.

Pero Juliette quería ser una mujer íntegra y formar algún día una familia normal. Soñaba con Gino a su lado y con la posibilidad de ser feliz, haciendo frente a la realidad. Soñaba con que lo dejara todo por ella. Y con ese sueño pasaron años juntos, hasta que la noticia de su embarazo trastornó a Gino. Ella jamás lo chantajeó, tan sólo quería compartir la alegría de tener en su vientre al hijo de ambos, y así concretar el anhelo de

estar juntos, fuese como fuese. Pero Gino no pudo enfrentarlo, no podría esconder más mentiras. Saber que tendría un hijo con una mujerzuela, mancharía su honra y la de su familia por siempre: eso no pudo soportarlo. Su esposa e hijos no lo merecían. Y su decisión fue radical; saltar al vacío para evitar el escándalo.

Juliette sufrió en silencio y desolación su desgarradora pérdida. Ese día marcaba el comienzo de una lucha por alimentar y criar a una criatura indefensa que, desde entonces y para siempre, sería su completa y titánica responsabilidad. Gino estaba muerto y nada cambiaría eso.

Debía buscar un trabajo digno, para mirar con la cabeza en alto a cualquiera, y del cual su hijo, aún no nacido, pudiera sentirse orgulloso. Para lograrlo, tendría que abandonar Italia y buscar un lugar donde fuera una completa desconocida.

En busca de trabajo como costurera para alguna modista de la alta sociedad, partió a Provins, un pequeño pueblo en las cercanías de Paris. Había escuchado, que en ese lugar, estaban siendo muy requeridas ayudantes de modistas y con sus habilidades, aprendidas de pequeña junto a su abuela, algo podría hacer. Era el único legado que había recibido de una vieja que tan poco cariño le entregó.

Juliette ya estaba de siete meses cuando llegó a Provins, y puerta a puerta, fue pidiendo hospedaje y trabajo. Cuándo casi perdía las esperanzas de lograr algo, una mujer mayor llamada Grir, se compadeció de su estado y la recibió.

Viuda y sin hijos, Grir vio en Juliette la hija que nunca tuvo, y a su nieto o nieta en camino. A cambio de techo y comida, Juliette sería su asistente de costura. Para su suerte, Grir tenía un pequeño atelier y sola no era capaz de tomar todos los trabajos de confección. Tampoco su edad la ayudaba a lograrlo con rapidez. Juliette representaba esa posibilidad; más trabajo y más ganancias para ambas, por lo que Grir le ofreció parte de las ganancias si el negocio crecía con su llegada.

Juliette casi no dormía. Aprendió a bordar y a realizar delicadas aplicaciones con hilos dorados. Los vestidos de las damas de la alta

sociedad se transformaban en piezas exclusivas y exuberantes. Cada costura, cada aplicación, se hacía con meticulosidad punto a punto. Tul, seda, terciopelo, gasa y satén brillaban en aquel modesto atelier; mesas, muros y sillas siempre estaban repletos de género. Sumergidas bajo ellos, empezaba a correrse la voz de que el atelier de Grir era uno de los mejores y así el boca a boca, lo hacía el más demandado. Las damas de la época lo buscaban impacientes para lograr el vestido exclusivo con el cual pudieran deslumbrar en las fiestas de la corte. Muchas clientas debían esperar semanas, y a veces meses, por una sesión para tomar medidas y pruebas de vestuario. El aumento de trabajo le reportaba a Juliette, un buen puñado de monedas que comenzaba a ahorrar para su hijo. Estaba pronta a dar a luz.

Esto cada vez se ponía más interesante. Elizabeth sentía estar leyendo una novela. Le apasionaba la idea de poder entrar en los muros de esa mansión e impregnarse de aquellas truculentas vivencias. Hizo una pausa para preguntar a Sofía cómo había obtenido toda esa información. Ella le dijo que, después de enterarse que había ocurrido un suicidio, se vio obligada a investigar detalles que consiguió en la biblioteca de la ciudad. También en los archivos de prensa de la época había gran parte de los antecedentes, y los demás, los pudo obtener en el museo de arte, donde había algunos de los retratos de la familia y datos de la donación de los mismos. Otros jugosos apuntes los obtuvo en conversaciones con viejos vecinos del sector, algunos de avanzada edad a los que ya no les importaba contar lo que de esa familia sabían y de lo que incluso habían visto. La intención de Sofía, era profundizar en cualquier aspecto que pudiera frenar a compradores supersticiosos y les hiciera desistir en la adquisición de la mansión al enterarse de algunas siniestras historias de la casa. La idea, era poner en alerta a Elizabeth de lo que ahí había sucedido, y así, darle la capacidad de rebatir cualquier cosa que llegara a oídos del comprador. Su maniobra era inteligente y Elizabeth lo agradeció. Sofía la emplazó a continuar estudiando y a prepararse, porque se pondría aún mejor. Sofía no quería estar en sus zapatos, pues ser responsable de la venta de ese peso histórico no era tarea fácil.

Elizabeth volvió al escritorio y continuó. La hoja en sus manos decía “EL Ilegítimo”

IV

El ilegítimo

Los negocios con Grir iban viento en popa. Cada vez llegaban más damas de la alta sociedad a solicitar sus servicios. Con las ganancias, habían logrado mudarse a una nueva casa que tenía más habitaciones. Esto les permitía distribuir, de mejor manera, trabajo y cotidianeidad: era atelier y hogar al mismo tiempo. En Provins habían construcciones de buen nivel, lo que les permitió darle una cara renovada al taller. Habían vendido la pequeña casa de un piso y dos habitaciones, para comprar ahora una de tres niveles. El primero era el salón para recibir a las señoras y sus acompañantes. Exhibían ahí algunos vestidos confeccionados, sólo con el propósito de mostrar la calidad de las prendas. En el mismo lugar estaban las telas, hilos y los distintos materiales que usaban para las aplicaciones. Era el área de seducción de las clientas, decían ellas, ya que hacían correr su imaginación enrollándose en telas y probándoles cristales, encajes y piedrecillas que conseguían con proveedores muy baratos pero que ofrecían gran calidad.

El segundo nivel era el área más íntima. En este lugar se tomaban medidas de busto, cintura, cadera, largo de mangas y se conversaba sobre las necesidades y gustos de cada mujer. Además, una vez que la confección avanzaba, se realizaban las pruebas. Otro sector de éste nivel, lo habían adaptado para sus habitaciones y las del bebé que no tardaría en llegar.

El tercer piso era como un campo de batalla. Máquinas, hilos y costureras trabajaban árdidamente para realizar la pieza final.

Grir no podía estar más contenta. La llegada de Juliette había sido en el mejor momento, reportando dicha, prosperidad y grata compañía. Estaba

feliz y sorprendida de la fuerza de Juliette quien, a pesar de su avanzado estado, jamás se quejó. En plena mudanza tenía espléndidas ideas sobre la distribución de cada cosa. Su compañía era una placentera conveniencia.

Después de dos meses y medio en la nueva casa, Juliette dio a luz. Era un hermoso niño. Su piel blanca y suave le recordaron con nitidez a Gino. Su corazón dio un vuelco inevitable de alegría y dolor. Los recuerdos se agolparon en su mente sintiendo una profunda desolación. La partida de Gino era como un frío y filoso sable que partía en dos su alegría de ser madre. La muerte de su amante y gran amor le marcaba la vida con sufrimiento. Nunca supo muy bien de dónde sacaba fuerzas para continuar, pero cuando sintió a esa frágil criatura salir de sus entrañas, supo que era y sería, su único motor para seguir adelante. Su pequeñez y fragilidad la convencieron de que debía ser una leona protectora de por vida. Lo defendería contra todo y todos aquellos que osaran dañarlo. Lo amó desde el instante en que escuchó su primer llanto y contempló sus diminutos ojos.

El parto no había sido fácil. Gracias a sus contactos, Grir había conseguido a la mejor partera del pueblo, eso salvó la vida de ambos. El pequeño venía enrollado en el cordón y el útero de Juliette comenzaba a sangrar de forma desmedida. La agilidad y gran manejo de la matrona volvieron los colores casi desvanecidos a los rostros de aquel niño y su madre. Juliette, con voz suspirosa, aún tenía fuerzas para agradecer a Grir.

Al volver a mirar a esa frágil criatura lo llamó Geanpierre, cuyo significado era, gracia de Dios y roca fuerte. Esos eran sus sentimientos, su hijo era la gracia otorgada por el cielo y su deseo, el de que fuera fuerte como una roca en la vida que le tocara vivir.

Elizabeth no podía parar de tragar hojas y hojas repletas de episodios como sacados de un libro; fuerza, perseverancia y lucha iba descubriendo en cada línea. La hora avanzaba pero aún tenía tiempo para seguir leyendo. Le parecía increíble lo que Sofía había logrado recopilar.

La hoja siguiente decía: “El origen de un magnate”

V

El origen de un magnate

Siendo pequeño, Geanpierre vivió entre telas, lentejuelas, piedrecillas e hilos de colores. Solía jugar con ellos creando trajes de reyes, armaduras de caballeros y príncipes valientes. Le aburría escuchar el cuchicheo de señoras de nariz respingada que carcajeaban entre sí y se mentían unas a otras sobre su delgadez y belleza. A pesar de que la genialidad de su madre lograba transformar esperpentos de mujer en generosas aproximaciones a princesas y reinas, la contextura de muchas impedía cumplir la magia de un cuento de hadas. Su madre jamás las engañaba al respecto, siempre mencionaba que el color de la tela iluminaba la cara, que el escote dejaba ver la femineidad y alargaba sus cuellos y que la elegancia de las aplicaciones sería la envidia de muchas. Pero de ahí a decirles que se veían bellas, eso jamás sucedía si no era cierto. Geanpierre pasaba largo rato en la habitación contigua al salón de pruebas, riendo de buena gana con los falsos halagos de las amigas acompañantes: “qué hermosa te ves”, “has adelgazado”, “el vestido te hace ver muy estilizada”, “qué magistral cambio has logrado en ella, se ve otra persona”. Juliette agradecía el reconocimiento a su trabajo pero nunca sumaba comentarios irreales. Honestidad ante todo, ése fue uno de los valores que siempre inculcó a su hijo: transparencia, verdad y pasión por lo que haces.

Era un niño reservado y observador, pero alegre y despierto. Aunque nunca tuvo muchos amigos, no faltaba alguno que otro en sus juegos de ingenio, escondites y construcción de madrigueras para animales. Le gustaba sentir que daba refugio a desamparadas y huérfanas criaturas que, vagando por el bosque, podrían encontrar un lugar donde sentirse

protegidas. Armaba perfectas cuevas con ramas y barro, y dejaba en ellas algún alimento para que tuvieran qué comer al llegar ahí. Proyectaba en ellos la ausencia de su padre, un padre del cual poco sabía, solo que estaba muerto antes de su llegada al mundo. A veces odiaba su entorno tan femenino, y deseaba con tristeza haber tenido un padre con quien andar a caballo, pescar en el río y jugar a bandidos y ladrones. Algunas veces lo invitaba el padre de algún compañero de escuela, a pasar unos días en las montañas observando animales y escalando laderas. Esas ocasiones las atesoraba. Las vivía como si estuviera con su verdadero padre y hermano. Era como hacer realidad su más profundo anhelo.

Su madre, siempre le dijo cosas buenas de su padre: que era apuesto, trabajador, respetuoso, delicado y amoroso. No entendía muy bien por qué, hasta entonces, seguían llevando solo el apellido de su madre, a pesar de las muchas veces que ella había explicado siempre lo mismo: “tu padre fue una gran ayuda para nuestro país hijo, durante la guerra, nos quiso proteger evitando el uso de su apellido en nuestros nombres. Con eso, si por alguna razón era perseguido por el enemigo, nosotros estaríamos a salvo sin ser relacionados con él.” Aunque le encontraba cierta lógica a esa explicación, ya habían pasado muchos años y no había más guerras que enfrentar, sin embargo, su madre mantenía esa mentira para evitarle un dolor mayor. Poco más se hablaba al respecto. La abuela Grir, así le decía Geanpierre con cariño, reafirmaba la versión, aunque sabía claramente que no era la verdad sobre su origen. Prefería que el niño pensara en un padre patriota que en un débil infiel. Ya llegaría a su madurez para enfrentar la realidad. Mientras tanto, seguía transcurriendo su vida entre satén y terciopelo; suave y protegida. Era un niño feliz a pesar de no tener padre.

Al terminar la escuela, ya con diecisiete años, había tomado el gusto del negocio de la confección. Veía con agudeza la forma en que su madre y Grir, además de realizar elegantes vestidos, administraban el dinero, invertían en nuevas telas, máquinas y mano de obra. Ya se habían cambiado dos veces de casa para ampliar los espacios de costura y atención a clientas. Y el último cambio fue diferente. Ya no vivían y trabajaban en el mismo lugar. Para montar la fábrica habían adquirido un viejo pero bien montado galpón que había albergado alfombras turcas. Por aquel entonces ya contaban con siete costureras, cuatro cortadoras de telas y cinco bordadoras. Era toda una

industria de la moda. Muchos de los diseños eran propios y otros los proporcionaban sus mismas clientas, quienes a veces llegaban de la mano de la modista de turno. Juliette y Grir ya poseían una muy buena reputación en el área de la moda.

La fábrica funcionaba como un muy bien aceitado engranaje. Con las áreas de producción fluyendo como río en deshielo y la linda y delicada área de atención a clientas montada en el mismo lugar, la fortuna comenzaba a solidificarse y crecer.

En las tardes, después de la escuela, a Geanpierre le gustaba pasar a ver las máquinas y hurgar en libros de cuentas y papeleos de oficina. Le encantaba mirar números y ver cómo su madre y abuela manejaban, no solo los hilos de la confección, sino todos los hilos del negocio. Fue cuando nació en Geanpierre el gusto por el mundo de las ventas y la producción. Pero para ese entonces sólo podía mirar y ayudar en alguna que otra faena. Necesitaría estudios universitarios para hacer de esta empresa una real compañía en el mundo de la moda.

En esos años apareció una gran clienta. Lady Violette. Casada con un acaudalado italiano, su primera visita dejó algo confundidas a Juliette y Grir. Nunca habían recibido a una pareja de esposos en el atelier. Las visitas eran siempre mujeres solas o con amigas, en busca del vestido ideal para sorprender a esposos o amantes, por eso la llegada de ambos fue algo inesperada. Don Carlo era apuesto; ostentaba gran porte, penetrante mirada azul y actuaba como todo un caballero. Era muy cariñoso con Lady Violette, quien era más bien reservada y sumisa. Su blanquecina piel la hacía parecer algo enferma, pero sus labios bien pintados y elegante peinado lo ponían en duda. Juliette y Grir la atendieron juntas dada la importancia que revestía la situación. Decían estar en búsqueda del más bello de los vestidos para ir a una gala en Versalles. Era una invitación especial del presidente de Francia a filántropos del mundo, en dónde se les pedía ser partícipes de campañas humanitarias. Lady Violette era poseedora de gran fortuna al igual que Don Carlo, con quien se había casado hacía algunos años. Vivían en París y tenían un pequeño Chateaux de verano a las afueras de Provins. La infertilidad de ella nunca les dio la posibilidad de tener hijos. Eran el cuchicheo de la ciudad y de las operarias de la fábrica,

que murmuraban los detalles de sus vidas. Juliette y Grir, siempre absortas en el trabajo, jamás habían prestado oídos a sus historias. Pero ahí estaban, frente a los protagonistas de tantos rumores.

Ella era elegante, delgada y de finas facciones. Él la contemplaba amoroso, aunque su cara transmitía algo de pena. Era difícil interpretar el sentir de ambos. Eran una pareja que se quería pero algo fatal los acechaba. Era poco comprensible el aura reinante, pero tampoco les competía entenderlo. Se abocaron a la labor que los llevaba ahí y comenzaron a ver telas, encajes, colores, piedras, cristales e hilos. Sumergidos alegremente entre tules y sedas, sonreían entre sí y parecían pasar un buen rato.

Una vez seleccionados los elegantes géneros, Juliette comenzó a tomar sus medidas: busto, cintura, caderas. Al elevar el brazo de Lady Violette, ésta lanzó un ahogado gemido de dolor que paralizó a Juliette y la obligó a pedir disculpas reiteradas. Lady Violette, incrustó su mirada en el reluciente piso de madera, inspiró con fuerza para retomar una posición recta y se aprestó a continuar la faena. Juliette miró a Don Carlo, quien ya se había levantado del sillón para acariciar a su esposa en señal de protección y consuelo. Miró también a Juliette, con ojos tiernos y tranquilos, pidiéndole que continuara. Juliette quedó enredada en esa mirada cálida, compasiva y varonil que no transmitía más que clemencia también por ella. Era primera vez que, en años, un hombre sembraba en su interior una extraña sensación de calor suave y agradable. Después de quedar hipnotizada por un instante en su mirada, prosiguió midiendo al delicado cristal que tenía por molde y acordaron una nueva visita pasadas tres semanas, para prueba preliminar del vestido.

El diseño estaba definido al igual que las telas, y pese a la elegancia de los materiales, primaba la sencillez en los cortes y aplicaciones. Juliette estaba tranquila, la confección no representaba un gran desafío ni para ella ni para Grir, como lo habían sido otros de algunas extravagantes clientas. Al contrario, la simplicidad del diseño les generaba cierto placer, ése que alguna vez sintió al hacer su primer vestido de fiesta que nunca usó, ése que guardaba, como uno de sus tesoros más preciados, en el armario de casa y que de tanto en tanto, se ponía a escondidas de todos, para soñar que iba a

un gran baile del brazo del hombre que amó.

Pasadas las tres semanas y según lo acordado, Lady Violette y Don Carlo aparecieron en el atelier. Ella tenía color en sus mejillas, pero se veía más delgada que la primera vez. Esa nueva figura de inmediato les hizo pensar que la prueba estaría completamente desajustada. Esta vez Juliette tendría especial cuidado al ayudarla a vestir y tomar sus brazos. Como siempre, ambos fueron muy gentiles y Don Carlo volvía a estremecer a Juliette con su mirada coqueta y gentil. No lograba entender qué pasaba con ella. No era el nerviosismo de sentirse intimidada por clientas difíciles o de estar especialmente preocupada de no pincharlas con alfileres mientras se probaba. No tenía que ver con eso lo que sentía. Había un halo romántico en el ambiente. Sus ojos, de nuevo la transportaban a un viaje de pasiones ocultas, aquellas que ya había vivido y que se había prohibido repetir; - “¡no!, él es casado, otra vez no” – se dijo.

Se limitó a hacer bien su trabajo y dio gracias al cielo de que Lady Violette no sufriera ningún malestar esta vez. Se veía espléndida, elegante, hermosa y delicada. Don Carlo la admiró durante un buen rato mientras ella se miraba en el espejo y hacía flotar gasas y tules al girarse. Era digna de un vals en Versalles. Él la abrazó, dio un par de suaves giros y al detenerse felicitó a Juliette por el magnífico trabajo que aun, sin terminar, ambos disfrutaban. De nuevo, su mirada penetrante repleta de ternura y agradecimiento turbaba su interior.

Tres semanas después llegaron juntos, como siempre. Se les veía contentos aunque ella de nuevo más delgada. Juliette comenzaba a sospechar que algo extraño pasaba. No era normal la forma en la que adelgazaba. Por primera vez, ambos saludaron dándole un beso. Don Carlo le tomó una mano y la besó en la cara con delicadeza. Al sentir su mejilla perfectamente afeitada, una corriente de deseo la recorrió. No podía permitir ese sentimiento, no quería sucumbir a sus encantos. Aludiendo a una pequeña jaqueca pidió a Grir y a una ayudante, proceder con la prueba. Ambos clientes lamentaron su dolencia y la excusaron. Juliette subió a la oficina en busca de refugio e intentó apagar la pasión que la recorría. Odiaba lo que estaba sintiendo. Estaba feliz con su empresa, su hijo y todo lo que estaba logrando junto a Grir. No quería desviar sus energías en

metas imposibles. Sus fuerzas y concentración sólo eran para la fábrica y Geanpierre; sus estudios y su futuro. Soñaba con que fuera exitoso, jamás le faltara nada y se enamorara de una mujer maravillosa que le diera hijos y felicidad. Las extrañas sensaciones que le hacía sentir Don Carlo eran una barrea en esa tarea.

Grir la volvió a la realidad, al tocar la puerta de la habitación donde se había refugiado. Los clientes pedían su presencia si su malestar lo permitía. Y centrándose de nuevo en su meta, el negocio, la satisfacción de los clientes y su hijo, volvió al salón de pruebas. No alcanzaba a pedir disculpas por haberse ausentado, cuando ellos pidieron excusas por hacerla volver; querían agradecer el excelente trabajo y la alegría que eso les causaba. Juliette aceptaba con humildad el reconocimiento e intentaba mirar sólo a Lady Violette. Sabía que si miraba a Don Carlo explotaría el color en su cara y transparentaría un sentir que se tenía bloqueado por años. Pero le fue imposible. Don Carlo le tomó ambas manos, la miró con ternura y gratitud, como era habitual en él, y le regaló una espléndida sonrisa al tiempo que le decía: “sus manos son sorprendentes, la felicito”. Nada pudo impedir que se sonrojara.

En ese instante irrumpió Geanpierre llamando con voz fuerte y alegre a su madre. Al abrir la puerta del salón y descubrir que no estaban a solas, su voz se ahogó bruscamente bajo la mirada de sorpresa de los presentes, lo que ayudó a Juliette a sortear el bochornoso momento. Geanpierre, disculpándose por interrumpir, dio las buenas tardes y se marchó.

Grir la descubrió. La conocía muy bien y sabía que algo estaba pasando, que algo se movía en su interior en cada visita de los Sabadini. No quiso empujarla a hablar, no era de su incumbencia indagar en esos asuntos considerando, además, que Don Carlo era un hombre felizmente casado y que el pasado de Juliette tenía un tormentoso final con un hombre en su misma condición. Dejó el tema a un lado y trató de concentrar la conversación en lo laboral y en la familia.

Pasadas tres semanas, llegó el día de la prueba final, sin embargo esa última visita jamás se produjo. La noticia de la muerte de Lady Violette fue inesperada. Nadie sabía de su enfermedad, pero ese brazo sufriente en la primera prueba y sus continuas bajadas de peso, habían lanzado una señal.

Recibieron la notificación enviada por Don Carlo, junto a un cheque por el pago del vestido. La tristeza cubrió el atelier, por varios días.

La historia se volvía cada vez más increíble, pensaba Elizabeth. Cada detalle, cada episodio en la vida de esa mujer la impresionaban. Sofía había hecho un esfuerzo épico al lograr todos esos antecedentes del pasado. Se había dado el trabajo de transcribir cada testimonio y de adjuntar cada uno de los antiguos archivos recuperados en distintas bibliotecas. Tenía que seguir leyendo, la curiosidad la llevaba ahora a: “Un funeral y un romance”

VI

Un funeral y un romance

Lady Violette fue una dulce, delicada y amable clienta. Una dama, de esas que pocas veces se tiene el placer de conocer. En esas cortas semanas, en donde todo fluía entre telas, se había construido una cálida relación. No tuvieron más remedio que asistir a sus funerales y presentar sus condolencias a Don Carlo.

Fue una fría y gris mañana de otoño, cuando Grir y Juliette se vistieron de riguroso luto para estar presentes en su último adiós.

Después de una hermosa ceremonia religiosa con un altar repleto de flores, su féretro fue llevado al cementerio de Provins. Don Carlo encabezaba la salida, ayudado por amigos y familiares. Su dolor se irradiaba a todos los presentes. Juliette no pudo disimular su tristeza y tuvo que hacer un gran esfuerzo por evitar más de una lágrima.

En el cementerio, toda la naturaleza expresaba su pena; los árboles parecían llorar dejando caer hojas amarillas al paso del ataúd, el frío viento traspasaba los huesos y la neblina se sumaba a las lágrima que bajaba por las mejillas de los más cercanos. Su cuerpo inerte transitaba, por última vez, a través de una alfombra de ramas y hojas sobre la tierra.

Grir y Juliette se unían a la procesión. Llantos, sollozos y lamentos eran la dolorosa melodía reinante junto a al murmullo del “Padre nuestro”. Aunque compartían la tristeza por la pérdida, no se sentían muy a gusto debido a la presencia de personas de tan alto nivel social. Ellos habían sido una pareja de gran linaje, y sus familiares y amigos pertenecían también a ese mundo.

Prefirieron permanecer alejadas, sin embargo Don Carlo las descubrió. Lanzó una mirada desde lejos que atravesó a Juliette de un lado a otro. Pudo sentir su pena, pero de nuevo apareció ese sentimiento al que se negaba y que removía sus entrañas. Ya no le era indiferente, ya no podía mirarle a los ojos sin sentir escalofríos y un agradable y relajante hormigueo. Se sentía culpable por estar ahí mirándolo como una hembra en celo.

Un mes después de tan triste y lúgubre día, Juliette comenzaba a borrar sentimientos inapropiados y volvía a retomar sus trabajos de vestidos de damas y también de caballeros. Ambas se habían lanzado a la confección de ropa masculina y aunque lento, el negocio comenzaba a fructificar. Esto mantenía ocupada y despejada su mente de pensamientos impropios sobre Don Carlo.

Fue en esos días cuando llamaron a la puerta del atelier. En su umbral apareció, dulce y sombrío, Don Carlo. Su visita tenía dos propósitos dijo, agradecer la compañía el día del funeral y la necesidad de confeccionar, para él, otro traje de luto. Juliette sentía lástima y felicidad al mismo tiempo. La lucha contra sus sentimientos era infructuosa y la aparición de este hombre en duelo, hacía brotar a fuego sus ansias de abrazarlo, consolarlo y amarlo.

Trabajaron durante semanas, no solo en uno sino que en varios trajes. De luto, de gala, de viaje, de caza. Cada uno representaba encuentros llenos de emociones para Juliette, comenzando a sentir que él también le correspondía con pequeños coqueteos, pero le costaba estar segura si era solo simpatía y caballerosa gratitud o si el sentir era recíproco.

Pasaron así casi seis largos meses. Varias sesiones de selección de telas, accesorios, puños de camisas, medidas, pruebas y más pruebas hasta que un día Don Carlo apareció sin previo aviso. Venía a pedir su asesoría para elegir unas telas que llegaban de Turquía. Le serían presentadas en su Chateaux y necesitaba ojos expertos que le ayudaran a seleccionar. Juliette se sentía algo avergonzada, pero aceptó, ya que Don Carlo le pagaría bien por su servicio.

EL castillo Vuax Le Vicomte, era magnífico. La hermosa edificación del

siglo XVII era una herencia familiar de lady Violette, que hoy quedaba en manos de Don Carlo. La gran cúpula central albergaba un enorme salón de baile en mármol celeste y gris. La luz entraba con fuerza a través de sus más de treinta pequeños ventanales superiores y de sus quince puertas vidriadas con grandes arcos de talladas molduras.

Los jardines de palacio, más pequeños que los de Versalles, lograban transmitir similar imponencia: fuentes de agua en movimientos oscilantes, largos y verdes pastizales, puntiagudos pinos y frondosos arreglos de coloridas flores alegraban el paisaje.

Juliette se sentía indigna de atravesar esos majestuosos muros. Al llegar, fue recibida por dos de sus sirvientes, uno recibía su abrigo y el otro la conducía a la gran sala en donde estaba Don Carlo y el comerciante de telas. Era una espléndida biblioteca con muros tapizados en terciopelo rojo y sillones de cuero con alto respaldo. En el centro, una enorme lámpara de araña colgaba desde lo alto, con cristales reflejando una cálida luz.

Allí estaba Don Carlo, quien la recibió afectuoso y cortés, tomando delicadamente su mano y presentándole al vendedor de telas. Todo fluyó entre risas, cuentas y té. Cuando ya todo estuvo definido, el mercader se retiró y Don Carlo pidió a Juliette que le acompañara con otra taza de aquella exquisita infusión de la India. Conversaron por horas con gran soltura y espontaneidad.

Ese día marcó la diferencia. Ese día y después de casi ocho largos meses de simple relación laboral, él la miró con ojos enamorados. Al despedirse le tomó la mano y le pidió le permitiera volver a verla.

Jamás se separaron. El amor entre ambos se hizo fuerte. Él era un hombre amable, preocupado, generoso. Adoptó como hijo a Geanpierre, quien lo quiso como al padre biológico que nunca conoció. A pesar de la gran fortuna de Don Carlo, Juliette siempre quiso seguir trabajando junto a Grir. Sentía que no podía abandonarla, le debía la dicha de su afortunada vida y jamás dejaría de estar a su lado.

Así pagaría su deuda de gratitud. Había salvado su vida y la de Geanpierre.

Transcurrieron años de gran bonanza y plena dicha para Juliette. Se casó con un hombre que jamás le impidió nada, que apoyó su negocio y educó a su hijo en las más prestigiosas escuelas y universidades.

Juliette, al fin cumplía el sueño de amar sin restricciones ni oscuras mentiras. Geanpierre, crecía junto a un padre cariñoso al que amaba y respetaba, pero siempre con el deseo de saber algo más del padre que lo engendró.

VII

La partida de Grir

A los pies de la cama de Grir, Juliette repasaba cada uno de los momentos compartidos: cuando embarazada tocó a su puerta y ella con dulzura la cobijó; cuando comenzó a crecer el proyecto de las costuras y entre géneros e hilos fueron modelando un mejor futuro; cuando salvó su vida y la de su hijo al nacer; cuando juntas buscaban un nuevo hogar para instalarse y comenzar de nuevo; cuando disfrutaban de esas largas charlas en dónde Grir trataba de convencerla de que contara a Geanpierre la verdad sobre su padre. Tantas y tantas vivencias compartidas junto a esa gran mujer, que ahora yacía débil y en sopor. Su partida era inminente. Era difícil imaginar la vida sin ella, difícil resignarse a su ausencia; -contra la visita de la muerte nada se puede hacer, cuando llega, viene para llevarnos –meditaba Juliette mientras contemplaba las prominentes venas en las manos de Grir, ésas que aún llevaban sangre tibia a su corazón.

Grir había contraído una fuerte viruela. Los vómitos la tenían en los huesos. Ya nada tragaba. La fiebre la hacía delirar y las molestas erupciones en la piel, emitir ahogados quejidos. Hasta en eso era generosa, siempre disimuló el dolor, jamás se quejó de nada.

Entre hondos suspiros y fugaces instantes de lucidez, Grir no dejaba de instar a Juliette a compartir la verdad con Geanpierre, esa verdad que podía ser dolorosa, pero que necesitaba ser contada. Juliette siempre inculcó en su hijo los valores de honestidad y compromiso, y no podía faltar a uno de ellos dejando de ser sincera con él. Era un hombre de gran corazón, y entendería que había omitido esa parte de su vida por protegerlo. Hoy, ya maduro, podría aceptarla. Las palabras de Grir, aun en su agonía, la empujaban a ser franca con Geanpierre.

La noche en que Grir empeoró, Juliette durmió a su lado. Fue una vigilia repleta de paz y contemplación. Pidió estar a solas con ella. Tomada de su mano y acariciándola sin parar, intentaba transmitirle su más profunda gratitud. Habían sido más de veinte años a su lado repletos de amor; Grir fue la madre que no tuvo.

A la mañana siguiente, un tenue rayo de sol entraba por la ventana iluminando con calidez la habitación, pero la mano de Grir, la que Juliette había sostenido toda la noche, estaba helada por completo, con ese frío que solo deja la muerte. Esa confidente de tantas angustias, esa amiga de cálidas pláticas, compañera de negocios, abuela de su hijo, madre que reprende y enseña, había partido. Su corazón se apretó y ahogada en llanto se lanzó a abrazarla. Sería la última vez que la tendría cerca, que podría tocarla y llorar a su lado como tantas veces lo había hecho. Verla pálida e inerte en esa cama le desgarraba el corazón. Se había ido sin alborotos, sin aspavientos, sin molestar a nadie.

Los llantos de Juliette se escuchaban tras la puerta. Geanpierre entendió de inmediato lo que sucedía y corrió junto a su madre para confortarla. No pudo dejar de derramar sus propias lágrimas y sentir el corazón aplastado. Mientras abrazaba a su madre, se agolpaban en su mente aquellos recuerdos de niño junto a Grir; esos acertijos a los que tanto le gustaba jugar y que le ayudaban a desarrollar su ingenio, las travesuras entre géneros cuando se escondía de ella, aquellos platillos elaborados juntos en la cocina, esos cálculos matemáticos que siempre le pedía realizar con el pretexto de no entenderlos y fingiendo ser incapaz, con la sola intención de potenciar sus destrezas contables. Tantas profundas conversaciones sobre ella, él y su pasado. Su muerte lo dejaba con una parte de su historia sin ser revelada. Muchas veces le dio luces de que faltaba una pieza en el rompecabezas de su vida, pero no era ella quien debía poner el fragmento que faltaba. Sin embargo, con todo el amor y dulzura que siempre le entregó, Geanpierre casi no necesitaba de nada más. Hoy partía. Perdía a esa mujer que fue como una madre más; aquella que lo cuidó y sermoneó como a cualquier niño. El cariño de Grir lo había llenado de humanidad y convertido en una mejor persona. Era un potente modelo de rectitud, entrega y fidelidad; grandes valores que siempre imitaría.

Sus funerales fueron íntimos. Grir no tenía hijos y ya varias de sus amigas habían emprendido aquel camino antes que ella. Estaban presentes las operarias de la fábrica, quienes mucho la apreciaban, y algunos cercanos de Don Carlo que también la conocieron. Fue una linda sorpresa ver a buenas clientas que, con gran respeto y afecto, presentaron sus condolencias. El día brillaba, se sentía una cálida brisa que ayudaba a entibiar el espíritu y el verde intenso de las hojas, de árboles y arbustos, impregnaban de esperanza el ambiente, esa esperanza de quienes creen en la vida eterna. Era primavera y parecía que Grir había escogido el momento, el día y la época del año para suavizar la pena de aquellos que la despedían. Su pequeño ataúd, que casi no pesaba, circulaba rodeado de geranios y tomillos en flor que adornaban delicadamente su camino y regalaban un perfume que volvía más tenue el dolor. Era como si el cielo se alegrara de recibirla y le diera la más bella de las bienvenidas. Ella lo merecía. La naturaleza entera enaltecía su última senda.

De regreso a palacio, junto a Don Carlo, Juliette estaba inmersa en los recuerdos y en la soledad que emerge después de cada muerte: “al fin y al cabo, solos llegamos al mundo y solos nos vamos” - pensaba.

Aunque había logrado encontrar el amor, amistad verdadera en Grir y la dicha de tener un magnánimo hijo, había luchado sola para llegar donde estaba, había sufrido sola el abandono de sus padres y sola seguiría enfrentando lo que la vida le deparara. Todos los que la rodeaban tenían sus propias preocupaciones y necesidades, y a pesar de sentirse bendecida, sabía que el dolor, la angustia y las dudas eran sentimientos únicos e individuales.

Elizabeth seguía perpleja. Sentía una especie de interés morboso en seguir leyendo esta trágica pero a la vez tremenda historia de vida. Ya iba entendiendo el por qué del gran interés del magnate Sabadini en la compra de la mansión Visconti. Cada vez se aclaraba más su obsesión por la propiedad y eso le daba luces también, de que la venta, tal vez, no tendría mayor dificultad.

VIII

Una verdad y una herencia

Con la muerte de Grir, Geanpierre asumió el área financiera del atelier. El legado de esa mujer había sido ejemplar. En lo humano, su alma generosa a manos llenas. En lo laboral, una experta tesorera de las arcas del negocio. Todo estaba ordenado y claro.

Geanpierre, a los treinta años, ya contaba con una fortuna y gran maestría en los negocios. Había logrado mantener el imperio a costa de arduo trabajo y perseverante estudio. Su noble cuna lo había favorecido. Ser hijo adoptivo de Don Carlo Sabadini le permitió costear prestigiosas universidades. Harvard, Stanford y otras célebres facultades cimentaron sus grandes conocimientos en el área del marketing y business administration. Tenía a su haber una empresa inmobiliaria, una aerolínea comercial, y la marca de alta costura que manejó por décadas junto a su madre. Ésta fue la puerta de entrada al mundo de los negocios y el glamour.

La fábrica de confecciones seguía funcionando viento en popa. Geanpierre la había internacionalizado cruzando fronteras a Italia, donde la transformó en una boyante industria de la moda.

Italia no había sido escogida al azar. Con el fin de hurgar en sus orígenes, levantó en Milán una nueva fábrica, y entre negocio y pasado reconstruiría su historia, aquella de la cual aún faltaban piezas.

Su padrastro colaboró con generosidad en ese proyecto. Siempre lo consideró un chico responsable e inteligente y depositó en él toda su confianza; siempre tuvo fe en él. Don Carlo fue su socio capitalista y su madre orgullosa, continuaba guiándolo en el tema del diseño.

En esos años de expansión, Don Carlo cayó gravemente enfermo. Sus ya casi ochenta y cinco años habían debilitado su corazón, y a los pocos días de agravarse falleció de un infarto fulminante. A Juliette, la invadió una desolación profunda. No alcanzó a despedirse ni a decirle nuevamente cuán agradecida y enamorada estaba. Había sido un hombre cariñoso con ella y Geanpierre. Durante más de cuarenta años disfrutó de tener un compañero que había dado a su vida una nueva oportunidad.

Para Geanpierre, la muerte de quien fuera como su padre, removía cada una de las incógnitas respecto de su progenitor. Aún no entendía por qué su madre escondía tan celosamente esa parte de su vida. Los años le quitaban crédito a la historia de que era un héroe de guerra y que por protegerlos, les había negado su apellido. Constantemente se preguntaba por qué su madre seguía manteniendo ese secreto ya tan poco creíble. Sin embargo, el hombre que se alejaba para siempre de su lado le había dado todo lo que siempre esperó de un padre: cariño, dedicación, ejemplo y hombría. Eso era lo único que en ocasiones atenuaba sus ansias de seguir hurgando en su pasado, haber tenido a Don Carlo a su lado.

La partida de Don Carlo se llevaba las últimas energías de Juliette. Su vejez le pesaba hasta el cansancio. Geanpierre manejaba el negocio a la perfección y era el heredero de la inmensa fortuna de su padrastro, con lo que podría vivir tranquilo el resto de sus días. Si era inteligente, sabría invertirla de buena forma. Ya era un hombre y su madre lo miraba con orgullo. Solo le atormentaba no haber sido capaz de contarle la verdad sobre su padre. Geanpierre quería saberla por dura que fuese; podría enfrentarla, perdonar y olvidar. Las más de tres décadas junto a Don Carlo les había dado la oportunidad de rehacer el camino y ser felices, por lo que el peso de su pasado ya había sido suavizado con un presente repleto de bendiciones. Aun así, él quería la verdad.

La delicada salud de Juliette la empujó a mirar a su hijo cara a cara y sincerarse. Quería partir en paz con Dios y con él. Entonces, cuando sintió que ya le quedaban apenas fuerzas, le reveló lo más importante de su vida; la identidad de su padre.

Para Geanpierre fue un duro golpe. Saber que su llegada al mundo cobraba la vida de su progenitor, le hacía sentir una mezcla de pena y

oscura vergüenza. Un padre incapaz de aceptar con hombría y determinación el nacimiento de un hijo, le causaba una profunda decepción. Su suicido lo llevaba al púlpito de los cobardes y cuando pensaba en ello aborrecía haber heredado alguno de sus genes. A pesar de ello, Geanpierre no podía contener ni su pena ni sus lágrimas, a las que se sumaban las de su madre implorando su perdón. Pero ¿quién era él para juzgarla?, ella le había dado todo y era un tremendo ejemplo de lucha y supervivencia. Había sido una mujer llena de fuerza y amor por él. Ésa era la huella genética que quería en su vida. Y aunque el legado de Don Carlo le facilitaba la tarea, jamás olvidaría el gran modelo de superación que su madre le había inculcado.

La partida de los tres seres más queridos en su vida lo dejaban huérfano, pero el potente legado de cada uno de ellos le daba la energía para continuar y honrar sus memorias, manteniendo viva la fábrica que con tanto esfuerzo Grir y su madre habían fundado. La gran fortuna emocional y económica que recibía, lo transformaban en un hombre íntegro y rico. Seguiría dando trabajo a mucha gente y la filantropía sería la forma de agradecer lo que la vida, a través de Don Carlo y su madre, le habían entregado.

Ahora ella descansaba en paz al lado de su mejor amiga y de su amado esposo. Su funeral fue sencillo, acompañado de operarias y algunas de sus más cercanas clientas. Un día repleto de sol que hacía más llevadera la pena. Ya a solas en el cementerio, Geanpierre, con la mirada perdida en sus lápidas, prometía no defraudarlos y seguir trabajando por enaltecer esa gran sucesión. Agradecía a Don Carlo por haber sido un padre, amigo y socio, jurándole que se sentiría orgulloso de haberlo adoptado. Agradecía a Grir por su inmenso cariño y a su madre su incondicional y protector amor. Dejando las flores sobre sus tumbas mientras las lágrimas terminaban de lavar su cara, partió.

Con la verdad en sus manos, cobraba aún más sentido Italia como segunda base de operaciones para su imperio de la moda. Ahí desenterraría cada detalle de su pasado y podría poner fin a ese capítulo de su vida.

IX

El por qué de la oferta

Ahí estaba Elizabeth; atónita con la información que tenía en sus manos. Ahora lograba entender el por qué de tan impresionante oferta de compra. Geanpierre Sabadini era casi el heredero legal de la mansión, pero todos los años que había pasado bajo el anonimato y el no haber podido llevar el apellido Visconti legalmente, le impedían adjudicarse algo que por derecho sanguíneo le correspondía. Juliette, embarazada, había huido a Francia con el fin de proteger a un hijo que habría sido tratado siempre como un bastardo en ese lugar.

La hora apremiaba y el día comenzaba a terminar, por lo que debía partir de inmediato a la mansión. Elizabeth quería recorrer algunas de las habitaciones y salones. Tenía que comenzar a sumergirse en los detalles del inmueble, que ahora además, estaba inmerso en un contexto histórico bastante peculiar.

El palacio pertenecía a la dinastía Visconti de Milán, y hoy estaba en manos del único heredero vivo: Pietro Talone Visconti. Elizabeth suponía que éste podría ser un primo hermano de Gino Visconti, padre biológico de Geanpierre. La apoteósica casa había sobrevivido a varias invasiones y guerras. Nunca fue cedida al gobierno de turno, como tampoco pudo ser comprada por empresas hoteleras que insistentemente trataron de adjudicársela con ofertas millonarias. Abandonada ya, hace cuatro décadas, Don Pietro había decidido venderla. Con noventa años a cuestas, el anciano de lucidez envidiable, pidió a sus abogados que gestionaran la venta. El prestigio de la oficina de corretaje donde trabajaba Elizabeth, les puso el negocio en la puerta y durante doce meses prepararon la estrategia que estaba a punto de dar sus frutos.

Habían circulado muchas ofertas, pero la de Geanpierre Sabadini había sido la más contundente. Antes de aceptarla, pasaron por una especie de remate, en donde las ofertas de cada interesado aumentaban cada día, al enterarse de que el otro subía la suya. Finalmente, la proposición de compra de Geanpierre sobrepasaba los límites de la comprensión. Varios millones de dólares sobre la mesa los convencieron de que debían viajar al encuentro del comprador, ya que de no gustarle el lugar, todo se vendría abajo. Si bien, él había visto fotos, la condición de compra era visitar la propiedad que estaba ubicada en la Puntilla de Vía Marconi. Elizabeth entendía, ahora, muy bien el por qué de esa condición; conocer el lugar donde había vivido su padre. De seguro ese momento le causaría a Geanpierre una inevitable congoja. Era una pesada historia la que llevaba sobre sus espaldas.

Finalmente, con el maletín repleto aún de información sin leer, Elizabeth salió de la oficina rumbo a la mansión. Se subió a la motocicleta alquilada y disfrutó del viaje por aquellas estrechas callejuelas. Kilómetro a kilómetro se iba convirtiendo en la versión femenina de Bernardo Bertolucci. Ella tendría que transformarse en una especie de productor cinematográfico para lograr vender la corroída pero extraordinaria construcción, porque aunque el *prospect* tenía lazos sentimentales con el lugar, tal vez lo rechazaría si ella no era capaz de darle una imagen renovada e impregnarle un prometedor futuro. Debía transformar las ruinas en una escenografía grandiosa y única. Tenía que ser capaz de vender algo que no estaba a la vista y lograr que Geanpierre concibiera en su imaginación, en lo que podría llegar a convertirse ese lugar. No se sabía con claridad el destino que le daría el magnate al inmueble, pero fuera cual fuera, ella debía ser capaz de seducirlo para cerrar el negocio.

Gracias a la información que poseía sobre Geanpierre, sabía que había tenido un pasado difícil, que tenía alrededor de cuarenta años, contaba con una gran fortuna e importantes negocios a nivel mundial. Siempre era representado por distintas firmas de abogados en quienes descansaba la burocracia doméstica de papeleos, para cerrar cualquiera de sus transacciones millonarias. Elizabeth había recopilado algunas fotos en las que aparecía de vez en cuando en algún evento de beneficencia. Aunque no eran primeros planos, pudo darse cuenta que era bien parecido. Alto y de facciones masculinas, cualquier reunión con él prometía ser una grata cita, al menos para los ojos. De su personalidad y carácter poco se sabía: muy reservado y de

escasas entrevistas. Rara vez se escuchaban comentarios. Vivía, casi, bajo el anonimato. Varios amoríos con bellas modelos y un fallido matrimonio que no llegó a concretarse debido a la infidelidad de la novia descubierta antes de tiempo. No se le conocía relación estable ni tampoco hijos. Seguía siendo un millonario seductor y apetecido entre el círculo de las solteras, separadas o viudas; seguía “disponible”.

Elizabeth era bella. Su figura, sus encantos y sus apenas treinta años crearían una grata atmósfera en el encuentro con el abogado de turno designado por Geanpierre para esta posible nueva inversión. Él, de seguro, no aparecería.

Llegó a la mansión Visconti en apenas treinta minutos de un agradable viaje en motocicleta por el glamoroso acantilado. Una ruta repleta de mansiones, hoteles y un verde entorno. Mientras viajaba, divagaba en su mente cada detalle del encuentro que tendría en un par de días; cómo saludar, las palabras exactas que usaría, lo que vestiría y los detalles financieros. Meticulosamente fue creando el paso a paso del negocio.

Con todo esto en su cabeza, llegó al gran portón de acceso. Extrañada, lo encontró semi abierto. Sofía le había entregado un gran manojito de llaves, cada una indicando su utilidad, por lo que esperaba encontrar todo cerrado. Al menos la hora del día aún le brindaba luz para distinguir movimientos extraños, así es que sin alojar malos pensamientos, empujó la gran reja de hierro forjado y entró. Tuvo que esquivar algunas ramas desprendidas de los añosos árboles y rodeando la plazuela central, llegó a la puerta principal. De centenario y pesado roble, quemado por el sol, el gran portalón mostraba su pasado. Astillados cantos y vidrios rotos dejaban ver el interior, donde flotaba el polvo que intentaba cubrir la evidencia de lo que bajo ese techo había sucedido. Miró con detención y pudo atravesar el porche hasta llegar al gran ventanal que daba a la terraza. Una vez dominada su trayectoria, entró, y maravillada por el hermoso parquet de marquetería que lograba ver bajo las hojas que lo cubrían, se dio unos cuantos giros para admirarlo - espléndido trabajo, siglos y aún se ven sus detalles. Solo habrá que pulirlo y su esplendor reaparecerá – pensaba. De inmediato imaginó una elegante recepción de hotel recibiendo huéspedes ilustres, millonarios o artistas de Hollywood. Comenzaba a imaginar cada espacio, creando una escena irresistible que

lograra despertar, en el cliente, el impulso irrefutable de querer comprar. Pero de seguro, éste comprador la querría igual y eso facilitaba las cosas.

Después de disfrutar del fabuloso hall de acceso, subió por una de las dos escaleras que lo rodeaban. Sabía por los planos, que la de mano izquierda la llevaría a un extenso corredor en donde al final encontraría la puerta de la gran suite. Al llegar arriba, un balcón la recibió con unos elegantes balaustres tallados y torneados. El abandono había hecho su trabajo y cada soporte de madera tenía raíces enrolladas en él. Aún así, era magnífico y pudo imaginarlo pulido, barnizado y brillando como nuevo. Al mirar hacia abajo tuvo una imponente vista del hall principal. A su espalda, el ya casi anaranjado mediterráneo se alcanzaba a ver a través del viejo ventanal. Un enorme arco lo coronaba y algunos pilares de madera lo dividían en tres. Ya no contaba con ninguno de sus vidrios, por lo que la fresca brisa de la tarde llegaba a su cara. Mientras respiraba profundo, logró distinguir la seca piscina en el centro del jardín.

El tiempo que se había tomado en la oficina para estudiar parte del portafolio histórico de la mansión, le dejaba poca luz del día para poder recorrer con calma el lugar. Decidió dar prioridad a la habitación principal en su primera visita.

Giró a su izquierda y miró el largo corredor que la llevaría a la suite. Una galería relativamente oscura, pero que de seguro con la luz de la mañana la haría ver esplendorosa gracias a las pequeñas ventanas en su techo. Todo la invitaba a avanzar. Imaginó elegantes arrimos con jarrones de alegres colores y alguno que otro candelabro. Grandes floreros perfumando el camino y retratos de la familia colgando de sus tapizados muros. En esas paredes aún se veían vestigios de revestimiento de paños turcos y trozos de gobelinos deshilachados por los años. Fue admirando y volviendo a idealizar un pasillo repleto de color, luz y aromas florales, escenografía que preparaba para transmitir al comprador. Por fin llegó a la hermosa puerta del dormitorio más importante de la casa y además de cautivarse con lo que quedaba de su tallado, la empujó con suavidad. Crujió con un chirrido de viejo mausoleo, al tiempo que aparecía ante sus ojos un enorme y desolado espacio. Se quedó parada en el umbral mientras dibujaba en su mente una gran cama al centro de la habitación; - cuántos momentos de pasión e infidelidad se habrán vivido ahí

– pensó. Todas esas historias yacían durmiendo impresas en sus paredes. Y mientras montaba ese teatro mental, el viento hizo retroceder la puerta hasta abrirla por completo. Volvió la vista y vio una hilachenta cortina de gasa que se movía a merced del viento. En un viejo sillón, que era el único mueble existente, pudo sentir la presencia de alguien, que, en la penumbra, no se sabía si era hombre o mujer. La atravesó un frío de pies a cabeza. La rigidez en sus piernas le impidió salir corriendo, y cuando estaba por reaccionar escuchó una voz varonil:

-Llega tarde.

Casi sin poder respirar y atónita de impresión, no pudo articular palabra. De nuevo le hablaban:

-Llega tarde Srta. Elizabeth.

El que supiera su nombre la dejó estupefacta, y tragando saliva para lograr hablar, contestó con voz firme:

-¿Perdón?... ¿quién es usted? ¿Y tarde a qué he llegado según su opinión?

Intentó sonar fuerte y segura para no dejar traslucir miedo. Tenía que devolver con énfasis la intimidación a la que estaba siendo sometida.

Por tercera vez escuchó:

-Llega tarde. Esta luz no me dejará ver sus bondades.

Al ponerse de pie, logró apreciar un robusto cuerpo masculino que se le acercaba con la mano extendida.

-Soy Geanpierre Sabadini.

X

El encuentro

Casi no articuló palabra. Perpleja por completo, lo miró de arriba abajo como queriendo verificar si era verdad lo que veía o simplemente era producto de su imaginación. Cuando Geanpierre repitió su nombre, ella despertó de su hipnosis:

-Disculpe, bueno yo..., no esperaba para nada la visita de alguien hoy aquí, y a decir verdad, menos la suya - estiró su mano para saludarlo continuó: - Veo que ya sabe mi nombre, Elizabeth Bellerose, de *“Renard and Phillips Property Brokers”*

-Gusto de conocerla en persona. Esperaba que llegara antes para recorrer la propiedad. Ya poco podremos ver.

-Le repito que no había sido agendado ningún encuentro para hoy, así es que lamento decepcionarlo, pero sin coordinación previa no puedo prometerle un servicio de mejor calidad – dijo conteniendo su molestia.

-No se disculpe Señorita Elizabeth, ¿o puedo decirle Elizabeth? Sé que fui yo quien no acordó nada. Mejor salgamos a la luz, ya poca queda aquí.

Elizabeth sintió arrogancia en sus palabras e, incómoda y molesta por un mal primer encuentro, le siguió. Le gustaba dominar las situaciones y ésta había quedado por completo fuera de su control. Él había encendido la linterna de su celular para iluminar el camino y caballerosamente le ofreció su brazo para que no tropezara. Ella agradeció el gesto pero, al mismo instante, encendió la de su móvil demostrando completa autonomía y capacidad para resolver la situación.

A medida que avanzaban, de vez en cuando él giraba para alumbrar la trayectoria de Elizabeth. En cada giro, ella le decía que no era necesario y él respondía, que no era molestia. Parecía que ambos medían fuerzas.

Al llegar afuera, la luz del crepúsculo le permitió a Elizabeth ver sus ojos. Eran de un verde intenso y su mirada gentil. Sintió que la oscuridad del encuentro había ensombrecido su personalidad, y que tal vez no sería tan hosco y engreído como pensaba.

-Bueno, como le dije soy Elizabeth Bellerose.

-Por favor no me trates de “usted”, tan viejo no soy.

-Claro – le sonrió Elizabeth.

-Ya es tarde. Sería bueno acordar una nueva visita, yo tampoco alcancé a ver mucho, ¿ahora sí podremos coordinarla verdad? – dijo Geanpierre en forma irónica aludiendo a la respuesta poco amable que Elizabeth le había dado. - ¿Tienes tiempo mañana?

Elizabeth sonrió burlonamente. –Si claro, ¿a qué hora prefiere?

-A las tres de la tarde estaría perfecto.

-Entonces, acordado. A esa hora nos juntamos acá.

Sonriendo, le ofreció llevarla a donde ella tuviera que ir. Elizabeth agradeció el gesto, pero le mostró la motocicleta en la que había llegado, así es que estrechando manos, se despidieron. En ese preciso momento llegaba un elegante y moderno Mercedes a buscarlo. Su chofer le abrió la puerta y él se despidió guiñándole un ojo al mismo instante que contestaba su celular. Elizabeth sonrió, pensando en lo coqueto que había sido ese gesto, y volvió a decir adiós.

De regreso al hotel, subió a su habitación dándole vueltas a lo sucedido. No era hora para llamar a la oficina y preguntar a Sofía cómo había sido posible que él entrara en la mansión. Todo era extraño: su pasado, su forma de ser, ese encuentro; aunque al pensar en lo que el negocio le reportaría, dejaba de importarle. Tampoco se aprovecharía de la información que tenía sobre él, en realidad no veía muchas formas de utilizarla a su favor. Al contrario, tal vez tendría que apartar sus pensamientos de lo que allí había pasado con su padre y llevarlo a mirar el lugar como una excelente oportunidad de hacer crecer su patrimonio, si su intención era convertir la propiedad en algo

rentable. En eso concentraría sus esfuerzos y tenía que lograrlo, en ello se jugaba su futuro como socia de Renard & Phillips.

Decidió darse una ducha para refrescar su cuerpo y todas las ideas que se agolpaban en su cabeza. Mientras la cubría el agua tibia, que le regalaba un agradable relajó, volvió a recordar el guiño que Geanpierre le había dado al despedirse. Todo un galán, coqueto y varonil; sonrió solo de pensar en ello. La aversión que había sentido hacía él, en la penumbra de ese encuentro, se había suavizado al ver sus ojos y ser presa de su galanteo al acordar una nueva cita en la mansión. Pero por sobre todo, sus ojos; de mirada penetrante y dulce a la vez.

Buscó un atuendo entre elegante y casual para bajar a cenar. El lugar era refinado y aristocrático, pero no tanto como para no poder vestir una femenina blusa blanca de sugerente escote, un formal pantalón negro y zapatos de tacón. El blanco y negro siempre eran apropiados.

Evitó usar el ascensor con el fin de disfrutar cada metro cuadrado del lujoso hotel. Gracias a Esteban, su casi futuro socio si la venta se concretaba, cumplía uno de sus sueños: volver a Positano y disfrutar de ese espléndido lugar.

Al llegar al gran salón, le pidió al anfitrión cenar en la terraza. La tarde estaba en extremo cálida y la vista era magnífica; un brillante acantilado que resplandecía por las luces de las construcciones del lugar y una luna que comenzaba a asomarse. Le asignaron una estupenda mesa al borde del balcón. Pidió un Martini seco y contempló con placer el paisaje. Mientras miraba absorta ese perfecto espectáculo que la hechizaba poniendo su mente en blanco, una masculina voz rompió de golpe la calma:

-Buenas noches, señorita Elizabeth. Qué agradable sorpresa - interrumpió Geanpierre

Su corazón latió acelerado y girándose bruscamente lo miró con asombro:

-Al parecer la tónica de nuestros encuentros será el factor sorpresa – dijo Elizabeth.

-A veces las sorpresas son buenas. ¿Me permites?

Tomó la silla y se sentó. Elizabeth no alcanzó a decir nada. No tuvo más remedio que acceder a su compañía y aprovechar el momento para indagar algunas cosas que pudieran potenciar el negocio. Finalmente, eso era lo único que importaba; pero sus ojos verdes volvían a estremecerla. Su mirada, esa mirada penetrante, aguda y varonil llegaba a molestarle, le hacía perder la objetividad de la situación.

-¿Te puedo invitar un cóctel?

-Ya pedí un Martini, pero si usted,...perdón, si tú quieres me acompañas con lo que sea de tu agrado.

Él sonrió coqueto y varonil, transmitiéndole agrado por esa personalidad de chica de mundo. Le gustaban las mujeres resueltas y seguras de sí mismas.

-Te acompaño con otro igual.

Levantó la mano e hizo venir al mozo, a quien además pidió un mix de finos petites buches.

-Espero que no te moleste agregar algo de comer al encuentro; muero de hambre.

-Me parece una buena idea, gracias.

El ambiente era contradictoriamente tenso y agradable. Tenía en frente al posible comprador de la mansión y a su vez, al verdadero protagonista de la historia de vida de Juliette, Grir y Don Carlo. Le era difícil eliminar de su mente toda esa información y se esforzaba por evitar, que durante la conversación, pudiera escapársele algo de ella. Solo tenía una pregunta que daba vueltas y vueltas en su cabeza. Sin poder luchar contra esa duda, preguntó:

-Perdón pero, ¿cómo lograste entrar a la mansión?

-El tiempo debilita cualquier cerrojo Elizabeth, y basta un simple empujón para abrir barreras.

Elizabeth sonrió. La respuesta de Geanpierre tenía un toque de pensamiento filosófico, pero escondía la verdad. Con cara pícaro e irónica, había salido del paso. No era a ella a quien confesaría que contaba con la

llave de acceso a uno de los portones ocultos por donde entraban las mujerzuelas que solían visitar a Gino, y tampoco le diría que tenía la llave del portón principal, que le había regalado su madre antes de morir; Juliette la guardaba como un gran tesoro. Ese había sido el modo en que Gino le prometía que algún día, ella, entraría por esa puerta siendo su esposa. Pero nada de eso se cumplió, y él, estaba ahí para transitar por el lugar en donde había sido concebido. Sabía que no podía heredarlo, pero necesitaba estar ahí para respirar e impregnarse de las memorias y energías, que cada uno de esos muros, pudieran transmitirle.

-Volviendo a nuestro inesperado encuentro, ¿por qué no avisó a nuestra oficina de su intención de visitar el lugar?

-Sigues tratándome de usted Elizabeth. Bueno, justamente porque no quería encontrarme con nadie ahí, aunque siempre es grata una linda sonrisa después de una afilada lengua.

Otra vez abusaba de una varonil e irónica respuesta, que arrancaba de Elizabeth otra sonrisa acompañada de un negativo movimiento de cabeza:

-Le repito que fue bastante insólita su presencia, porque además de no ser ni el día ni la hora acordadas, usted no estaría ahí, sino alguno de sus abogados – Elizabeth prefirió mantener distancia y evitar el tuteo.

-Así es, no puedo refutar eso, pero otros asuntos me hicieron venir antes y aproveché la instancia.

Elizabeth tuvo que contentarse con esa respuesta. Era ridículo esperar que, en una primera cita, él pudiera revelar algo, así es que decidió cambiar el tema y alabar el paisaje y entorno reinante. Fue más de media hora de conversación sobre viajes, negocios y futuros proyectos. Todos temas que tocaban la superficie de la vida de ambos, pero aun así fue un momento que se tornaba de formal a cordial. Elizabeth comenzó a desear que se quedara a cenar, eso le daría más tiempo para conocerlo y elucubrar alguna estrategia de aproximación en función de su personalidad, pero en ese instante apareció su chofer.

-Don Geanpierre, la señorita Marion espera en el auto.

-Gracias Charles, voy en seguida.

Elizabeth quedó algo decepcionada. Pensó erradamente que podría compartir esa velada con él, pero un hombre así no perdía su tiempo. Seguro tendría programado meticulosamente, cada día de su estancia en Positano.

- Elizabeth, un gusto. Te veo mañana a las tres de la tarde en la mansión según lo acordado. Esta vez no te sorprenderé, puedes estar tranquila.

Y una vez más ese coqueto guiño que empezaba a gustarle.

XI

Una compañía inesperada

No pudo dormir bien. Tal vez la ansiedad por el próximo encuentro o la sensación de estar siendo arrastrada al pantano de la seducción – pensaba mientras un sentimiento extraño comenzaba a surgir en ella -. No le gustaban las situaciones fuera de su dominio, siempre manejaba todos los hilos y esta vez, en apenas dos encuentros con el acaudalado cliente, sentía que perdía poder.

Se levantó temprano para ir a la oficina y revisar, junto a Sofía, aspectos que pudieron habersele escapado en su investigación. Lo primero, era saber cómo pudo entrar en la mansión; esa reja era impenetrable y Elizabeth jamás creyó su metafórica respuesta. El inesperado encuentro de esa noche en el hotel, le impidió preguntar si se hospedaba ahí. Pensó que habría sido impertinente indagar en ello. Tal vez sólo había ido a recoger a la “tal” señorita Marion – se dijo -, pero ¿quién sería ella?. Otra pregunta que Elizabeth tendría que tratar de averiguar, pues nada podía interponerse en la venta y en su futuro como socia de la compañía.

El día estaba agradable: sol, algunas nubes y un refrescante viento. Tomó su motocicleta y condujo directo a la oficina. Siendo las nueve de la mañana, tendría tiempo suficiente para revisar otros aspectos del negocio y conversar con Sofía. Ella era una *positana* de tomo y lomo. A sus cincuenta y nueve años, no había casi rincón de la ciudad que no conociera. Era agradable, divertida y como toda italiana, de personalidad extrovertida. Llevaba quince años trabajando en la empresa, y de los tres que llevaba Elizabeth, siempre habían congeniado bien. Cerrar el negocio, le reportaría, a ella también, un contundente bono.

Al llegar, puso sobre el escritorio el maletín con todos los papeles de la investigación; aún tenía varios por leer. Mientras los sacaba, apareció Sofía alegre como de costumbre:

-*Buongiorno* Elizabeth, tan temprano por aquí.- Sofía usaba con frecuencia una mezcla de su lengua madre con el idioma común.

-Buenos días. Sí, temprano porque quiero terminar de leer tu gran exploración del pasado – dijo riendo - y revisar los detalles legales de la venta, que espero concretemos pronto.

-*¡Sembra perfetto!*

Mientras revolvía el maletín, Elizabeth contó a Sofía del encuentro con Geanpierre en el interior de la mansión:

-*¡Ma questo è impossibile!* – respondió con fuerte voz y asombrada expresión. – Yo misma cerré la gran reja, ¿cómo pudo alguien abrirla? Se necesita una extraña llave para hacerlo y por vieja que esté la cerradura, créeme que es muy segura. Yo tengo la original y tú tienes la única copia que me costó mucho conseguir.

Sacó de un cajón una antigua y vieja llave que le mostró en actitud de enojo, ya que según entendía, no había otra igual.

-Pues ahí estaba él y casi muero del susto. Me gustaría saber cómo logró entrar.

-*Che strano.* A Dios gracias era él y no un ladronzuelo, que poco tienen ahí para robar. De todas formas, es muy raro.

Dando un giro a la conversación, Sofía se acercó a Elizabeth buscando complicidad y esperando que nadie más escuchara:

-Elizabeth, *ho una grande notizia*;, Geanpierre al parecer tiene una noviecilla secreta. Anoche le vieron llegar a “*La Sponda*” con una *bella giovane* El gerente del restaurante es amigo mío, él me lo comentó; también me ayudó con la investigación, gracias a que el antiguo mayordomo de la familia Visconti trabajaba ahí. Me dijo que Geanpierre es cliente frecuente. Tanta coincidencia, ¿no te parece?

Elizabeth levantó una de sus cejas y puso cara de que ya todo era bastante enmarañado en la vida de ese hombre. Tanto secretismo respecto de sus amoríos y ahora hurgando en su pasado. En fin, tendría que acostumbrarse a que, tal vez, irían surgiendo nuevas situaciones y muchas otras cosas que Sofía, probablemente, no habría alcanzado a descubrir.

Retomando los papeles legales del inmueble y con el fin de seguir estudiando cada detalle, se sirvió un café y clavó la vista en la lectura.

Pietro Talone Visconti, noventa años, sin hijos. Esposa fallecida a los setenta y nueve por cáncer de páncreas. Único dueño de la propiedad de via Marconi obtenida en herencia, según testamento, de su primo Gino Visconti.

Ahí estaba; esa última línea confirmaba su hipótesis; Pietro Talone era primo del padre de Geanpierre; ¿sabría él sobre eso? – se preguntó-. Y si sabía, ¿lo habría visitado?, ¿se conocerían?. Lo único cierto era que el inmueble estaba a la venta, y si se conocían, estaba claro que Don Pietro no estaba cediéndole nada en herencia a Geanpierre. Seguro eso le dolería, pensó Elizabeth, pues al fin y al cabo sangre Visconti corría por sus venas. Geanpierre podría exigir examen de ADN y reclamar cuanto quisiera. Tal vez tramaba algo, o simplemente quería demostrar sus logros, exentos de la ayuda de nadie en esa familia; solo su madre y un amoroso padrastro le habían facilitado la situación que hoy ostentaba.

Ya no había más tiempo para seguir leyendo, debía comer algo para llegar a la mansión, al menos, una hora antes de lo acordado. Siendo las dos de la tarde, tragó un delicioso jugo de naranja, un sándwich de pastrami con rúcula y partió. Llevaba consigo el gran manojó de llaves. Esta vez debía encontrar todo como ella misma lo había dejado; cerrado.

No hubo sorpresas; el gran portón de hierro seguía cerrada. Una preocupación menos. Lo abrió y empujó con fuerza para entrar con su motocicleta. Ya estaba familiarizada con esa parte de la propiedad, así es que atravesó directamente hasta el jardín. Avanzó hasta el acantilado donde encontró la pequeña construcción que usaba Gino para recibir a sus visitas nocturnas. Recordó que ahí pasaba gran parte del tiempo con la prostituta de turno, inventando excusas de que revisaba detalles del negocio familiar y leía libros. Pero fue ahí, donde Juliette y Gino, consumaron la más grande de las

infidelidades con Geanpierre como resultado. Hoy nada había en su interior y, a diferencia del edificio principal, ese lugar era de líneas sencillas. Arquitectura simples, un gran salón de entrada, una amplia habitación con vista al mediterráneo y un baño. El lugar podría convertirse en una acogedora cafetería o un salón privado para reuniones de grandes empresas. Elizabeth de nuevo echaba a andar su máquina mental de ideas.

Salió de la pequeña construcción a orillas del escarpado lugar y de sopetón se encontró con Geanpierre; esta vez acompañado por una joven. Era bien parecida, vestía casual y sexy; jeans ajustados, delicada y transparente blusa blanca y cabello recogido desordenadamente. Su piel bronceada resaltaba sus ojos azules y un toque de suave labial hacía brillar su boca. A pesar de que se veía bastante menor que él, no se podía negar que hacían buena pareja. Sintió un extraño sentimiento de celos al verla junto a él, justo cuando Geanpierre rompió el hielo presentándola:

-Vaya, espero no haberla asustado de nuevo. Estaba abierto, así es que nos fue fácil entrar. Señorita Elizabeth, le presento a Marion Bourdeau, de nuestra oficina de arquitectura en París.

-Bueno, ya es habitual encontrarnos así. Mucho gusto señorita Bourdeau, ¿o debo decir señora?.

-Señorita. Mucho gusto señorita Elizabeth, Geanpierre me comentó sobre usted.

-¿Ah sí? Bueno, espero que se haya formado una buena opinión, porque se dice que tengo una afilada lengua – dijo mirando a Geanpierre quien sonriéndole contestó:

-Certera también señorita Elizabeth y eso, en estos días, es importante.

Le gustaba jugar con las palabras. Parecía ser su forma de intimidar y conquistar. Ahora, además, estaba acompañado, y aunque quedaba clara su identidad, no sabía si había algo entre ellos. A Elizabeth le planteaba un nuevo desafío, ya que de seguro ella tendría influencia en lo conveniente o no que podría ser la adquisición de la mansión. Decidió dejar de usar la ironía, al igual que él, y prefirió ser amable; el negocio estaba en juego.

-Espero que haya disfrutado de este imponente lugar, ¿no le parece extraordinario señorita Marion?

-Extraordinario. Realmente tiene muchas posibilidades para transformarlo

en un lujoso hotel que...

-Dejémoslo hasta ahí Marion, no necesitamos aburrir a Elizabeth con nuestras ideas. Además, no estoy tan seguro de que sea factible.

Volvía a ser sarcástico y sembrar dudas respecto a su intención real de compra. Elizabeth tenía que concentrarse; estaba demasiado distraída con lo que sabía sobre él y su forma varonil de manipular. Una y otra vez tenía que esforzarse en volver al propósito central; concretar la venta.

Los invitó a seguir recorriendo el lugar. Había suficiente luz, que permitía apreciar con claridad cada recinto interno y externo. Habitaciones, jardines, salas, cocina, patio interior y de regreso al gran hall de acceso. Estando ahí, Elizabeth les transmitió completa disposición de volver al lugar las veces que quisieran, entendía que se trataba del desembolso de una gran suma de dinero, y quería garantizarles que era una excelente inversión.

-¿Imagino que querrán venir nuevamente?, una inversión como ésta amerita estar muy seguros, así es que, quedo a sus órdenes.

-Qué amable señorita Elizabeth. Lo que tú decidas Geanpierre, ¿qué dices? – preguntó Marion.

Él estaba perdido en la inmensidad de ese hall principal. Miraba las escaleras, la gran lámpara de araña que aún colgaba del centro y su vista se perdía atravesando el ventanal que daba al jardín.

-Geanpierre, ¿quieres volver otro día? – insistió Marion.

-Ah,... sí por supuesto, ...perdón es que estaba pensando en...bueno, no importa. Bien, yo le avisaré señorita Elizabeth, yo le avisaré.

No dio ninguna otra señal; ni aprobación, ni desagrado, ni dudas. Solo dejó flotando en el aire su intención de regresar, pero tampoco dijo cuándo ni con quién. Eso obligó a Elizabeth a ser un poco más enérgica:

-Les pido que me digan cuándo querrán volver, ya que debo regresar a París en los próximos días, tengo otros asuntos que atender.

-Vaya, vaya, mujer ocupada - contestó Geanpierre -. La llamaré más tarde, - y con voz irónica continuó - también debo organizar “otros asuntos que debo atender”. Seguiremos en contacto.

Elizabeth enfureció. La llevaba desde la galantería a la insolencia, aunque debía reconocer que ella tampoco había sido muy agradable al emplazarlos a dar una respuesta. Una vez más, perdía sus cabales. Este hombre le hacía transitar por inestables caminos emocionales; le molestaba de sobre manera sentirse así. Quería, de una vez por todas, cerrar el trato.

Geanpierre tomó por el brazo a Marion y saliendo al encuentro de su auto, se despidió como de costumbre, con un coqueto guiño.

XII

Intentando evadir

Quiso sacar de su mente ese desagradable encuentro. Quería olvidar, por un rato, la razón por la que estaba en esa ciudad y decidió partir a recorrer las estrechas y serpenteantes callejuelas de Amalfi. Estaba a tan solo dieciséis kilómetros de distancia y de seguro, apenas caminara a través de su vida nocturna y pudiera saborear alguna deliciosa pasta italiana, volvería a encontrar la calma que exigía la operación de venta. Amalfi le daba distracción suficiente como para olvidar la visita a la mansión de aquella tarde con Marion y Geanpierre. Quería pensar que su funesta frase final, no había vuelto ese encuentro del todo desastroso. Se sentía algo culpable, pero al menos, todo el recorrido por el lugar había sido relativamente grato. Aunque la presencia de Marion la perturbó, tuvo que reconocer que era agradable, y lo mejor de su presencia en el lugar, había sido la revelación que hizo sobre las intenciones de Geanpierre de convertir la propiedad en un hotel. Él trató de encubrir su propósito, pero el dardo había quedado clavado justo en el centro. Elizabeth tendría que potenciar esa idea y darle forma con toda la fuerza de su imaginación.

Eran apenas las seis de la tarde, cuando se instaló en la *Piazza Dil Duomo*. La Catedral de San Andrés Apóstol, con su estilo arábigo siciliano del siglo IX, lucía gloriosamente iluminada. Toda la arquitectura del lugar no podía ser más hermosa; callejuela de adoquines, mosaicos, construcciones de diseño barroco por doquier y la multitud de turistas disfrutando de un agradable y soleado atardecer. Mientras recorría *Via Lorenzo*, observando sus tiendecillas repletas de artesanías, souvenirs y aromáticas cafeterías, lograba desconectarse por completo. Sintió un poco de *Santorini* en el ambiente. Esa calle empinada, con buganvillas de intenso color rojo, la hicieron recordar algo de esa blanca y azul isla, aunque en realidad Amalfi tenía un sello

completamente romano. Subió y bajó Vía Lorenzo, logrando olvidar su trabajo en la ciudad. Divagó por aquella calle gozando de la gente, de sus risas y envidiando no ser una turista más. Solo quería gastar su tiempo redescubriendo la ciudad y deleitándose con cada uno de sus rincones. Haber vuelto a Positano y Amalfi era, definitivamente, un regalo que quería aprovechar. Pero la venta de la mansión Visconti le impedía hacerlo al cien por cien.

Decidió buscar un buen lugar para comer. Sentada en la terraza de la *Taverna Degli Apostoli*, pidió un plato de pasta mientras observaba a la gente pasar. La soledad no le molestaba en absoluto; le agradaba estar sin compañía en ese momento y ser la espectadora de ese desfile de alegres personas disfrutando del verano y la libertad de sus vacaciones. Saboreó unos *fettuccini Alfredo* rebosantes de salsa de queso y jamón, junto al mejor vino de la Toscana.

Todo era perfecto, hasta que su celular vibró al recibir el mensaje de Geanpierre. Tal como le había dicho, le informaba de su intención de visitar nuevamente la mansión al día siguiente. Elizabeth no podía negarse ni hacerse la ocupada. Toda la prioridad estaba puesta en ello, así es que respondió que, si él no tenía problema, las diez de la mañana era una buena hora para ella. Al instante, Geanpierre respondió con un escueto *OK*.

Definitivamente, ese hombre la descolocaba. Por momentos era cordial, después arrogante y luego un completo seductor. Una parte de ella quería terminar con esto lo antes posible, y la otra quería seguir conociéndolo, saber en qué tipo de persona se había convertido a pesar de su pasado, cómo lo había marcado su infancia y juventud con Grir, Juliette y Don Carlo. A simple vista, su historia lo volvía un poco indescifrable; algo a la defensiva e irónico, luego cordial y conquistador. Se negaba a aceptarlo, pero su trato le gustaba, era un ir y venir de sensaciones contradictorias hacía él.

Pidió otra copa de vino y volvió a conectarse con el tumulto de turistas que seguían fotografiando la imponente catedral. El ruido de sus risas, el flash de sus cámaras y el movimiento constante de esa avenida, la ayudaban a evadir sus pensamientos sobre Geanpierre. Quisiera o no, ese hombre la volvía a provocar recordando se guiño, sus frases irónicas y su penetrante mirada. Tratando de borrar ese recuerdo, prefirió pedir la cuenta.

Bajó a caminar por *vía Lungomare Dei Cavalieri*. Esa avenida, frente al mar, repleta de gente y elegantes edificios, volvía a distraer sus pensamientos. Aún había bañistas disfrutando de las olas y otros reposaban en sus sillas deleitando, de seguro, algún alcohol frutoso. Ya eran las ocho de la noche. Se detuvo en un mirador apartado de la bulliciosa ciudad, en donde se sentó para ver cómo las nubes se volvían amarillas, rojas, lilas y negras. El atardecer era un espectáculo cinematográfico, una increíble obra de arte. Se sumaban un par de gaviotas en vuelo que terminaban por completar el cuadro. Solo faltaba que la sorprendiera él como de costumbre. Casi extrañaba que no apareciera para interrumpir su paz. Aun en ese momento tan suyo y personal, volvía a recordarlo. Le costaba sacarlo de su mente y se resistía a pensar que algún tipo de sentimiento hacía él, podría haberse instalado en su interior. Quería que su preocupación sólo se centrara en el negocio, pero se mentía; sus pensamientos comenzaban a dividirse en el negocio y su cautivadora personalidad. Sacudió la cabeza y cerró los ojos, intentando borrar la imagen de su cara. Inspiró todo el oxígeno que pudo, inflando por completo su pecho, luego soltó el aire con un fuerte suspiro y liberó la presión.

Mientras, Geanpierre había disfrutado una espléndida cena en la terraza del hotel San Pietro junto a Marion. Ella era agradable, linda y una muy eficiente profesional. Llevaba dos años trabajando para él y había logrado mezclar trabajo y sexo a la perfección. Marion no pudo resistir el imán de sus encantos. Geanpierre jamás forzó nada que ella no quisiera y disfrutaba de sus electrizantes besos y caricias más allá de lo apropiado; siempre terminaban en una relación de sexo delirante. A pesar de ello, Geanpierre siempre mantuvo las cosas claras evitando promesas de amor eterno. Seguía su vida de soltero dando claras señales de que nada serio había entre ellos, tan solo placer pasajero.

Marion era una provocadora tentación por lo que en este viaje prefirió mantener sus habitaciones lo más alejadas posible y evitar que las cosas se enredaran aún más de lo que ya estaban. Después de esa grata noche, mezcla de trabajo y flirteo, pidió a Charles que la llevara a su hotel, por esta vez la velada no terminaría en la cama. Marion aceptaba sus condiciones, pero no se daría por vencida tan fácilmente.

Geanpierre recostado en su habitación, pensaba en Elizabeth. Esa mujer le

producía una atracción irritante. Tan altanera y autosuficiente. Su dulce cara, generosos labios, trigueño pelo rizado y sus ojos color miel, alteraban sus pensamientos. Le gustaba jugar con ella incomodándola y haciéndola enojar. Sacarla de quicio, cosa que ella no podía ocultar, le causaba placer. Comenzaban a interesarle las visitas a la mansión en su compañía, y tal vez extendería, intencionalmente, el cierre de la compra. No entendía muy bien por qué se sentía cautivado tan rápido, pero quería dejarse llevar por esa sensación. Ya había superado un fallido noviazgo y quería rehacer su vida amorosa con la persona indicada; sin mentiras ni dobles intenciones. Se declaraba un romántico y seductor incurable y Marion era, por ahora, parte de su imposibilidad de estar sólo.

XIII

La visita

Comenzaba el día y un nuevo encuentro. ¿Iría solo o con Marion?, ¿qué rol tendría ella en su vida?, ¿sería, además de la arquitecto de la firma, la novia de turno?, y ¿por qué se estaba haciendo todas esas preguntas? pensaba Elizabeth enojada consigo misma; le costaba separar emociones y pensamientos profesionales de su cabeza. Ya se había sembrado en ella una especie de virus pasional que le subía por las venas. Le molestaba perder objetividad, pero era inevitable.

Decidió vestirse para la ocasión. Casual pero sexy. Esta vez quería opacar a Marion. El rojo le asentaba y era uno de sus colores favoritos por lo que escogió su blusa de gasa y viscosa que el viento se encargaría de lucir. Jeans gastados bajo la rodilla y sandalias romanas con amarras de cuero color piel. Un pañuelo al cuello con el que cubriría su cabeza para que el viaje en motocicleta no dejara su pelo demasiado revuelto y una pequeña mochila para sus documentos y celular. Geanpierre había contestado a su mensaje de confirmación al encuentro de esa mañana, lo que aseguraba la reunión. Al pensar en verlo, sintió un leve cosquilleo en el estómago; ¿qué pasa conmigo?, parezco quinceañera – reclamaba a solas.

Casi lista para partir, sonó su celular. Al mirar la pantalla, saltó su corazón; era una llamada de Geanpierre:

- Hola – contestó.
- Buenos días Elizabeth – saludaba Geanpierre - te espero en el lobby.
- Pero...cómo...yo... - no alcanzó a terminar.
- Elizabeth no te preocupes, estamos en el mismo hotel, así es que podemos ir juntos, si no te importa, por supuesto.

-Bueno, tenía pensado ir en motocicleta disfrutando del viento, pero está bien, vamos juntos. Bajo en diez minutos.

-Te espero.

De nuevo esa situación de estar bajo su dominio, pero no podía luchar contra eso, él era quien dirigía el negocio y ella debía ser condescendiente con sus deseos. Alcanzó a transmitirle que, a pesar de querer ir sola y disfrutando del viento, iría con él sin más remedio. Y ¿cómo sabía que ella estaba ahí?, ¿cómo se había enterado de eso?. Ella nada le había dicho la tarde en que compartieron un cóctel en la terraza del hotel.

Bajó las escaleras que accedían al hall principal y desde arriba lo divisó, sintiendo al instante un extraño escalofrío. Se veía apuesto, masculino y de nuevo esos ojos que le provocaban una agradable incomodidad. Así era todo con él; contradictorio.

Geanpierre la miró embelesado mientras bajaba. Era la escena de una princesa descendiendo al baile en el gran salón. Elizabeth esbozó una sonrisa y un hola a la distancia.

-Buenos días Elizabeth, te ves radiante.

-Gracias, qué amable. ¿Iremos solos?, o ¿Marion nos acompaña hoy?

-Iremos solos. Ya me reuní con Marion para ver otros detalles, así es que seguramente está trabajando en ellos.

-Está bien - dijo aliviada -. Pensaba usar mi motocicleta para disfrutar del viento, pero ya pasearé más tarde – repitió para dejar claro que tenía otros planes.

-No te preocupes, podrás disfrutar del viento todo lo que quieras.

Salieron al porche de entrada, donde estaba el valet esperando con las llaves de su automóvil. Frente a los ojos de Elizabeth apareció un espléndido Jaguar rojo descapotable, año 1934.

-Espero sea de tu agrado. Podrás disfrutar del viento como querías. Y creo que combina muy bien con tu atuendo de hoy – dijo Geanpierre esbozando una sonrisa

-¿Siempre eres así?

-¿Cómo así? – replicó Geanpierre.

-Extravagante.

-Bueno, nunca me habían calificado de extravagante, prefiero ser sorprendente, suena más cautivador. ¿Y por qué no hacer del trabajo algo agradable?.

Volvió a guiñarle el ojo al terminar su aduladora frase y dirigiéndose a la puerta del copiloto la invitó a subir. Elizabeth se sentó en el cómodo sillón de cuero blanco y agradeció su gentileza. Geanpierre subió y, cruzando su cuerpo sobre el de ella, le abrochó el cinturón. Elizabeth no alcanzó a reaccionar más que con un pequeño gesto de esquivarlo. Él clavó su mirada:

-Tranquila, solo quiero llevarte segura a mi lado.

-Puedo hacerlo sola, no te preocupes – comenzaba a tutearlo con dificultad.

-Soy de la vieja escuela Elizabeth, me enseñaron a ser un protector caballero de damiselas en peligro, lo siento.

-Bueno, gracias pero yo soy de la escuela moderna y puedo abrocharme un cinturón o ¿es que estoy en peligro? – dijo burlándose.

Geanpierre rió. Era un gesto que nacía con total agrado y espontaneidad. Comenzaba a disfrutar de su compañía y le nacía protegerla, pero al parecer Elizabeth no quería recibir sus atenciones y debía ser más cauteloso, pensó.

Elizabeth en silencio, sentía cierto arrepentimiento de haber contestado con dureza. Había sido descortés, pero una y otra vez tenía que pelear contra esa sensación de estar cayendo precipitadamente en sus redes y no entendía bien, cuál era su propósito. No se convertiría en otra de sus conquistas, no pondría en riesgo el negocio y se juraba que nada pasaría entre ambos hasta que todo estuviera firmado.

-¿Estás lista?

-Sí claro. Y ¿qué pasó con Charles, tu chofer? – de nuevo preguntaba para

dejar en claro que le parecía extraño estar arriba de ese auto a solas con él.

-Le di el día libre – dijo con una pícara sonrisa que dejaba traslucir sus intenciones de estar a solas con ella.

El rugir del motor no daba muchas posibilidades de conversar. Elizabeth se había puesto el pañuelo sobre su cabeza y su blusa, tal como lo había ideado, se lucía al viento, dejando ver a momentos un sensual escote. Ocultó su mirada tras unos grandes y oscuros lentes de sol que le permitían mirarlo sin que él se diera cuenta. Él la miraba de vez en cuando, esbozando una leve sonrisa. Manejaba con cautela por los acantilados, haciendo del viaje un agradable paseo. Disfrutaban del paisaje y del tibio viento. De vez en cuando, él le señalaba algún punto en el mar y en los cerros explicándole la geografía reinante.

-Allá se ve parte de Capri – le decía casi gritando. Ella asentía complacida.

Por casi veinte minutos de recorrido, todo se limitó a contemplar las zigzagueantes avenidas y el escarpado entorno. Elizabeth disfrutaba del viaje, pero al mismo tiempo se obligaba a mantener el control de sí misma. No podía caer, no podía fallar. Su futuro estaba en juego.

-Llegamos – y bajó en dirección a abrir su puerta -. Permíteme.

-No te preocupes – respondió en el instante en que ambos accionaban la manilla.

-Definitivamente eres de la escuela moderna.

-Bueno, así son las cosas hoy, igualdad de género – respondió Elizabeth con una mueca de conformidad en su boca.

-Parece que sigo prefiriendo los viejos tiempos. Me gusta rescatar doncellas en peligro. ¿Tendré alguna oportunidad contigo?

Elizabeth, contenida para no seguirle el juego, se acercó al gran portón de fierro, pero él se le adelantó y lo empujó clavando su mirada en ella:

-¿Entramos?

XIV

A solas en la mansión

Geanpierre abrió la gran reja y le cedió el paso. Le gustaba atenderla y jugar con su autosuficiencia. Disfrutaba con malicia evitar que hiciera por sí misma, las cosas que él podía hacer por ella. Era un coqueto juego que realizaba con placer. Elizabeth le brindaba, a cada una de sus acciones, una mirada entre agradecida y molesta.

Entraron al polvoriento hall de acceso y Geanpierre enmudeció. Parecía irse del lugar con la mirada, recreando en su mente la vida de su padre en cada uno de esos rincones. Esa entrada se convertía en su propio acceso al pasado. Imaginaba a su padre caminando por los corredores, subiendo aquella escala o recibiendo invitados. Al mirar a través del ventanal, su mente volvía a verlo caminar por los jardines o zambulléndose en la inmensa piscina. Era un ir y venir de escenas que de seguro formaron parte de las vivencias de esa casa.

Elizabeth lo miraba en silencio respetando ese momento consigo mismo. La invadía una especie de compasión. Conocía su historia y suponía que cada vez que entrara en esos muros, retrocedería en el tiempo como queriendo saber cada detalle de lo que ahí había sucedido.

Después de unos eternos segundos, volvió a conectarse con el presente. Se dio cuenta que Elizabeth estaba bastante más atrás, dándole espacio suficiente para sentir o descubrir lo que fuese que necesitara en ese momento. En su interior, agradecía su distancia y a la vez le extrañaba su delicada condescendencia. Cuando por fin logró regresar, simuló que pensaba en las posibilidades de negocio que le daba el lugar:

-Bueno, definitivamente este acceso es grandioso y sería un espléndido lobby. Marion ya comentó el posible destino de este lugar si concretamos la compra, así es que no es una mala idea transformarlo en hotel ¿no le parece?

-Me parece una excelente idea. Esta casa es imponente y con algunos arreglos quedará aún mejor. Usarla como hotel es ideal. - Elizabeth contestó con vehemencia; era el momento perfecto para empujar objetivos comunes, así es que fue enfática en apoyarlo.

-Que bueno saber que estamos de acuerdo – contestó Geanpierre irónico. Elizabeth se limitó a sonreír – ¿Subimos?

Comenzaron a subir lentamente la escala que llevaba al segundo piso, en el sector de las habitaciones. Cada peldaño crujía de distinta forma, amenazando un potencial desplome, pero la estructura era firme y confiable.

-La sigo - había dicho Geanpierre con la intención de disfrutar de su traslucida blusa que dejaba ver su espalda, y sus atractivos pies de uñas delicadamente pintadas exhibidos en un par de sensuales sandalias romanas. La fuerza con la que esa mujer lo capturaba, comenzaba a perturbarle. Apenas llevaba cuatro días con ella y su magnetismo era penetrante. Tendría que contenerse, ella era arisca y no daba señales de sucumbir a sus encantos. A pesar de eso, le gustaba jugar seduciéndola hasta el enojo.

Al llegar arriba, Elizabeth lo dejó en libertad de continuar la ruta. Hacia ambos lados del hall superior estaban las habitaciones. Él se quedó frente al ventanal y volvió a contemplar el jardín y la piscina. Una vez más, regresó al pasado, imaginó a sus hermanastros bañándose y disfrutando de la vida familiar que su padre les regalaba; esa que jamás tuvo con él. Cada vez que pensaba en esa casa y sus habitantes, se paralizaba. No podía evitarlo. Era capaz de escuchar las voces y risas de todos, el brindis y chocar de copas en alguna celebración, y un piano animando el evento de turno. Sabía que su padre había tenido más hijos, pero su madre jamás le habló de ellos; no sabía ni cuántos eran, ni si eran hombres o mujeres; tal vez existía una Lorena o un Gino, como se llamaba su padre. Ese era otro de sus objetivos; descubrir quiénes eran y dónde estaban. Para lograrlo tendría que visitar a Pietro Talone Visconti muy pronto. Sabía que su salud era estable a pesar de su edad y que mejor que su salud, estaba su memoria. Poseía una mente privilegiada, eso le habían dicho sus abogados cuando iniciaron la oferta.

Una ráfaga de viento lo devolvió al presente. Volvió la mirada hacia Elizabeth, que esperaba su reacción. Volvía a sorprenderle que ella estuviera quieta y atenta a sus movimientos, tal vez era una de sus estrategias de venta, pensaba. De nuevo tuvo que fingir que divagaba entre las alternativas estructurales del lugar:

-Alrededor de la piscina se podría construir una gran terraza para que los turistas pudieran tener mucho espacio para disfrutar del sol ¿qué me dice usted?

Elizabeth, acercándose a él, hizo un movimiento de cabeza dubitativo para despistar y respondió sonriendo:

-Es perfecto para eso.

-Excelente, ya tenemos dos acuerdos éste día.

Ella lo miró con una mueca de disgusto en sus labios al mismo tiempo que le sonreía. Geanpierre la miró coqueto y le guiñó con desmedida sensualidad. Comenzó a caminar hacia la habitación donde se encontraron por primera vez y la invitó a seguirlo. Ahora era ella quien disfrutaba de su espalda ancha y caminar varonil. Vestía una camisa de lino blanca que traslucía sus robustos brazos y un pantalón de tela beige que permitía interpretar una formación de firmes nalgas. Su retaguardia estaba muy bien dotada - pensaba Elizabeth. Pero su concentrado análisis de dorso, se detuvo en seco cuando Geanpierre volteó a mirarla:

-¿Sigues a mis espaldas? – dijo él en voz baja.

-Solo para no interferir con la visibilidad del lugar – contestó Elizabeth haciendo hincapié en que estar detrás de él no significaba otra cosa, más que darle espacio suficiente para que el recorrido fuera de su completo agrado. Ella sabía que cada uno de sus comentarios tenía doble intención, por eso se esforzaba para que sus respuestas no dieran cabida a otro de sus juegos de palabras.

Al llegar a la habitación principal, Geanpierre empujó la pesada puerta de madera, se volvió a mirarla y le cedió el paso. Elizabeth entró evitando

mirarle y concentró su vista en aquel espacio vacío.

-Vaya, vaya...volvimos al origen de nuestro primer encuentro. Venga a ver qué fantástica vista hay desde aquí.

Elizabeth caminó con aire arrogante hacia la ventana donde estaba él, cuando una tabla que sobresalía del piso la hizo tropezar. Sin control sobre sí misma se desplomó sobre el cuerpo de Geanpierre. Él la recibió con fuerza evitándole una dolorosa caída al suelo. Sus caras quedaron a escasos centímetros de distancia y sus miradas se clavaron con una vertiginosa atracción que les electrizó la piel y les empujó al deseo.

-¿Estás bien? – preguntó Geanpierre tiernamente.

-Sí gracias. No vi esa tabla. Gracias, estoy bien.

Poco a poco, y con delicadeza, fue soltándola de sus brazos buscando estar seguro de que ya estuviera bien parada sobre sus pies. Con sus ojos conectados y la cercanía que permite a la voz ser solo un susurro, le dijo:

-Bueno, después de todo, parece que sí podré rescatarte.

XV

En la antesala del pasado

La visita a la mansión dejó a Geanpierre estremecido. Por un lado, Elizabeth y su brioso carácter: esquivada, altanera, segura de sí misma, hermosa y sexy; la personalidad de esa mujer despertaba en él deseos de atraparla, besarla y sumergirla entre las sábanas con desenfreno. Todo en ella lo conquistaba día a día, incluso su dulce y floral perfume. Pero sabía que Elizabeth se resistiría con tenacidad a cualquier posible romance; el negocio se interponía con agudeza entre ambos. Él se encargaría muy pronto de eliminar ese obstáculo, tenía clara su decisión de comprar, solo debía confirmar la oferta y dar inicio a las escrituras, para tenerla también a ella. Nunca había sentido algo así por una mujer y estaba resuelto a ganar su afecto.

Por otro lado, todo en su interior se volvía sombrío y nebuloso al entrar en la enorme propiedad: en cada espacio sentía a su padre cerca, como un murmullo pidiendo perdón, como un espectro acompañándolo. Escuchaba ecos, entre voces y cantos, tal vez sus hermanastros junto a su padre coreando melodías de alguna de las tantas fiestas celebradas en esa casa. Y cuando miraba el gran jardín y lograba divisar el estudio donde su madre había tenido aquellos secretos encuentros con su padre, sentía que se le apretaba el corazón: - cuánto sufriste madre, cuánto te esforzaste por mí y cuán noble fuiste al traerme a este mundo en total soledad – pensaba Geanpierre sobre su madre, quien afrontó con hidalguía un embarazo que solo ella respetó y que Grir y Don Carlo acogieron sin prejuicios. La vida premió su valentía poniéndolos en su vidas.

Hoy, Geanpierre desenterraba algo de sus orígenes, algo de ese padre al que ni siquiera vio en retratos o fotos en blanco y negro. Desde su interior, se movía una fuerza poderosa que lo empujaba a saber más sobre esa familia, que

en parte era también la suya. Hasta ahora sólo sabía de un débil padre que se había quitado la vida al saber de su existencia, apenas en gestación. Nada sabía de los demás, ¿qué era de ellos?, ¿sus hermanastros?, ¿la esposa de su padre en ese entonces?, ¿sus abuelos? – se preguntaba. La determinación por descubrir más de su origen, lo había llevado a organizar un encuentro con Don Pietro Talone. La petición fue transmitida a través de sus abogados, con el pretexto de saber más antecedentes sobre la propiedad y conocer en persona al famoso y exitoso empresario. El encuentro había sido confirmado para esa tarde, a través de una invitación formal que le hicieron llegar a Geanpierre.

Don Pietro era un anciano acaudalado. Vivía a solo tres kilómetros de Amalfi, en Minori, un pintoresco pueblo con aires positanos como todos los pueblos de esa celeste costa italiana. Viudo y sin hijos, se comentaba que su vida la había volcado a sus sobrinos y a los hijos de éstos. Dueño de hoteles de lujo en París, Viena, Heidelberg, Berna y Budapest, gozaba de importantes ingresos producto del negocio que hoy delegada en gerentes. Solía viajar de ciudad en ciudad para supervisar, con sus propios ojos, que se cumplieran los estándares de calidad y satisfacción de los pasajeros hospedados en ellos. De no ser así, aplicaba inmediatas correcciones operacionales a las que muchos temían. En la actualidad, y debido a su avanzada edad, esas funciones las encomendaba a sus managers, quienes informaban a sus asesores y ellos a él. Era una jerarquía piramidal liderada por Don Pietro hasta hoy. Gozaba de una impactante memoria, lucidez e inteligencia, por lo que a Geanpierre no le costaría mucho lograr información de su padre. Sabía muy bien cómo llevar las conversaciones para extraer de ellas lo que buscaba.

Llegada la hora, tomó su auto y condujo ansioso al encuentro del único eslabón que podría unir todo lo que su madre, en parte, le había contado. No delataría su identidad, necesitaba que fuese un encuentro cordial entre vendedor y comprador, bajo la completa ignorancia de sus intenciones reales. Debía transmitir gran interés en las historias del lugar y aprovechar estratégicamente la experiencia de Don Pietro como empresario hotelero, acercándolo al terreno de la complicidad y empatía empresarial. Esperaba, a través de ese camino, establecer algún lazo emocional con el anciano, como una manera de lograr su confianza y completa apertura para hablar sobre su vida pasada y presente. Éste, el primero de tal vez varios encuentros, esperaba

que fuese a solas para conseguir intimar, sin sabuesos protectores. Había dicho a sus abogados le hicieran ver que el encuentro era meramente social, que le admiraba mucho por sus logros en el negocio y que su deseo, al comprar, era implementar alguna de sus impresionantes estrategias de mercadotecnia en el ámbito hotelero. Don Pietro había accedido. Valoraba que un joven emprendedor quisiera aprender de él algo del arte de ese negocio y aceptaba recibirlo con agrado; era un viejo al que le gustaba ser adulado y reconocido. La cobertura mediática, de sus innumerables simposios como expositor invitado a hablar sobre su éxito, eran del dominio público, así como los repetidos premios de excelencia en calidad de servicio para su cadena hotelera. Todo lo que debía hacer Geanpierre era halagarlo y dejarlo hablar. Su astucia dirigiría la plática hacia el logro de sus objetivos.

Al llegar al risco, en donde se ubicaba la empinada casona, atravesó un lustroso arco de adoquines antiguo color gris, que daban la sensación de estar entrando a una ciudad amurallada. Las altas paredes de la misma construcción del gran portal, llevaban a un delgado camino que terminaba en una gran reja. Dos guardias de seguridad controlaban el acceso. Una vez entregadas sus credenciales y habiendo sido observado por una cámara de seguridad suspendida en un pilar interno, continuó la marcha. Al traspasar la reja, el panorama cambiaba drásticamente: un largo corredor de cipreses italianos alineados a la perfección cual soldados, desembocaba en una amplia y espaciosa rotonda decorada ornamentalmente con flores de temporada: crisantemos rojos y blancos rodeaban agapantos morados y dalias azules terminaban por completar un cuadro veraniego de impactante color. Era una recepción alegre para un encuentro nostálgico con su pasado.

Al entrar al salón de recepción, la ansiedad calentaba sus venas. El mármol del piso brillaba de pulcritud y un gran ventanal enmarcaba un jardín de modelados arbustos al estilo Versalles. Una fuente de agua en el centro esparcía el rocío de una cascada, que caía entre rocas y helechos de un fosforescente verde. El mayordomo le esperaba con ceremoniosa paciencia mientras Geanpierre disfrutaba del espectáculo. Por un momento sintió que estaba en la versión restaurada de la mansión Visconti a punto de comprar, cuando la voz del mayordomo lo sobresaltó:

-¿Guardo su chaqueta Señor Sabadini?

-No, muchas gracias.

En el bolsillo de su chaqueta de lino color crema, llevaba una grabadora que haría funcionar desde el primer saludo. Su intención era registrar cada palabra que saliera de su boca, para después escucharla con tranquilidad una y otra vez si lo necesitaba. Su ansiedad podía traicionarlo, y no quería que se le escapara ningún detalle.

Siguió al mayordomo a través de un largo corredor repleto de retratos y obras de arte antiguos. Su corazón se aceleró sólo con imaginar que alguno de ellos podría ser su padre, su abuelo o alguno de sus hermanos. Su imaginación comenzaba a volar cuando llegó a una enorme biblioteca con ventanales que dejaban pasar la luz de la tarde y daban una magnífica vista al mediterráneo. En el lugar reinaba el estilo inglés clásico y la caoba. Cuatro sillones, de altos respaldos en tela rayada roja y beige, eran parte de la decoración en donde destacaba un importante globo terráqueo sobre una mesa de patas torneadas. No había pared que no tuviera un libro; penetraba el olor a madera, tinta, cuero y un toque floral que daba un colorido arreglo de jazmines y rosas blancas en una mesa de centro sobre la cual, de seguro, Don Pietro dejaba la selección de libros que escogía para leer. Todo estaba ordenado con acogedora perfección, invitando a leer una obra maestra de Orwell o Dickens.

Mientras recorría lomo por lomo aquellos libros, Pietro Talone Visconti, tal vez el último heredero de la dinastía, hizo su entrada.

XVI

Don Pietro

Le impresionó verle caminar con paso firme a su encuentro, apoyado apenas en un reluciente bastón de mango dorado. Vestía un pantalón azul de tela delgada y una camisa con rayas blancas y celestes que le hacía juego. Era difícil creer que tuviese casi noventa años. En el umbral del fin de su vida, Don Pietro lucía una calvicie impecable con algunos vestigios de cabellos canos que la coronaban, sin embargo, a pesar de su escasez, lucían brillantes y bien peinados. Su rostro, afeitado al ras, dejaba ver el hoyuelo de su mentón al estilo Kirk Douglas, que por el solo hecho de estar ahí, transmitía un aire simpático e intelectual a su personalidad. Al llegar, saludó con una amistosa sonrisa:

-Buenas tardes Sr. Sabadini, un gusto – estiró su mano y le dio un buen apretón.

-El placer es mío Don Pietro...¿puedo llamarle así verdad?.

-No hay problema – respondió sonriente.

-Es un verdadero honor conocerle en persona.

-Por favor, tome asiento. He pedido a uno de mis abogados que participe del encuentro por si tiene alguna duda específica sobre la propiedad. Lo mandaré llamar para que iniciemos la reunión.

En ese momento recordó la grabadora en su bolsillo a la que puso *rec* de inmediato, y lanzó la respuesta que había preparado. Debía impedir que alguien se interpusiera en la intimidad que quería lograr en la conversación.

-Por favor, no se moleste; - dijo con énfasis Geanpierre, tomando asiento en el sillón más cercano a Don Pietro - los detalles legales pueden manejarlo a la perfección nuestros abogados, de eso estoy seguro. Mi intención es

confirmar, con usted, mi compromiso de adquirir la propiedad. Espero que, si la oferta le parece adecuada, cerremos el trato – y extendió un sobre de gran tamaño con todos los detalles que tenían que ver con la propuesta económica. – Mediante estos documentos, le hago entrega formal de mis intenciones.

Don Pietro, sorprendido y sin hacer amagos de recibir el sobre, inclinó su cuerpo hacia delante como encarando su inapropiada acción.

-Usted sabe que estos temas están en manos de Renard & Phillips Property Brokers, no debería entregármelos a mí, Señor Sabadini.

-Lo sé Don Pietro, y le pido me disculpe si no procede de esta forma, pero el respeto que siento por usted me lleva a dejar en sus manos mi compromiso de compra antes que en cualquier otra persona. Lamento si esto le incomoda – y mantuvo su mano estirada con el sobre, esperando que el anciano lo recibiera. Fueron tan aduladoras sus palabras que Don Pietro no pudo dejarlo con el brazo extendido y lo tomó:

-Agradezco su consideración, pero de seguro la Señorita Elizabeth estará muy enfadada con usted, al fin y al cabo, este sobre pasará a sus manos.

Solo escuchar su nombre, le produjo un placentero escalofrío, un hormigueo recorrió su espalda. Esa mujer, aun sin estar presente, lo alteraba de forma insospechada.

Don Pietro tenía razón. Elizabeth estaría enfurecida al saber que no había sido incluida en el proceso – pensó Geanpierre – pero en su propósito nadie se interpondría.

-Lo entiendo Don Pietro, y tiene usted mucha razón; la señorita Elizabeth Bellerose estará bastante molesta por no haber sido informada, sin embargo para mí, usted es el principal implicado en este proceso y el que merece todo mi respeto – usaba inflexiones de voz que iban desde la disculpa con una mirada gacha, a mirarle de nuevo a los ojos, con admiración.

-Bueno señor Sabadini, yo entregaré esto a quienes corresponda para ser revisado y espero logremos un acuerdo final.

-Agradezco su comprensión y su generosa recepción – volvió a estirar su mano para estrechar la de él – espero lleguemos a buen puerto.

Don Pietro, demorándose algunos segundos, accedió a estrechar la de él

mirándole a los ojos y esbozando una mueca entre simpatía y conformidad.

Geanpierre se sintió aliviado, había logrado que aceptara el sobre y que la conversación fluyera. Acomodándose en el sillón, levantó su pie derecho para apoyarlo sobre la rodilla y en posición relajada esperó que él iniciara la conversación:

-Bueno, ¿qué más lo trae por aquí Señor Sabadini?

-Qué gentil en preguntar Don Pietro, la verdad es que me encantaría, si nos es abuso de confianza por supuesto, conversar sobre su éxito empresarial en el negocio hotelero. Como usted sabe, he tenido buena fortuna en la industria de la moda, una gran herencia de mi madre, sin embargo intento incursionar en el mercado del turismo, y la compra de la mansión Visconti, será mi debut en esa área.

-Así fui informado por mis abogados. Supe que su intención es convertir la gran casona en hotel.

-Así es, mi deseo es transformarla en un hotel boutique sin escatimar en lujos y servicios de primer nivel.

-Bueno, no solo con desearlo se logra la calidad señor Sabadini, requiere de mucho trabajo, supervisión y capacidad administrativa.

-Justamente, eso es lo que me gustaría compartir con usted, si no le molesta que le robe algo más de tiempo, por supuesto.

Ya había logrado evitar que se hiciera presente cualquier asesor u abogado personal, y lo estaba situando en el plano del conferencista experto al que le gusta dar inicio a su nutrido discurso de conocimientos únicos. Su estrategia estaba funcionando.

-Han sido años de arduo trabajo, aguda gestión financiera, exhaustivo análisis del personal a contratar y mucha, pero mucha supervisión.

-Entiendo, usted ha estado muy presente en su negocio, eso es bien sabido en las esferas empresariales. He leído mucho sobre usted en revistas especializadas de la industria y negocios.

-Ah, pues me halaga saber que le interesa mi experiencia en esto.

-Me interesa y muchísimo. Realmente es un ejemplo inspirador para mí. Me encantaría saber cómo llegó a esto.

-Pues, es una larga y algo triste historia.

Justo en ese momento, entró una sirvienta con aire de años treinta: delantal

negro planchado a la perfección, pechera blanca con vuelos y toca en la cabeza. La sonriente mujer, de edad madura, dejaba sobre la mesa de centro una bandeja con tazas de porcelana inglesa. Acompañaba, una cesta de refinadas galletas y una tetera humeante.

-¿Se sirve una taza de té? – preguntó Don Pietro.

-Encantado, muchas gracias.

Una vez servidas ambas tazas de un aromático té a limón, la sirvienta hizo una pequeña reverencia y se marchó.

Geanpierre necesitaba retomar el hilo de esa última frase, era clave que lo hiciera, no quería que Don Pietro pudiese perder el impulso de contar aquello que en la historia de su negocio, según él mismo había dicho, fue triste. Esa palabra quedó clavada en su mente y sabía que podía ser la puerta de entrada al origen de su vida. Esperaba ansioso continuar la conversación:

-En fin, ¿cuáles son sus dudas señor Sabadini?

Se dio cuenta que había perdido el curso de la conversación y se vio obligado a guiarlo de nuevo a ella. Revolviendo su taza de té prosiguió:

-Le preguntaba cómo había llegado al negocio hotelero y me comentó que era una larga y a la vez algo triste historia. Espero, que a pesar de lo difícil que pudo ser, haya tenido sus recompensas.

-Bueno, como puede ver, mi situación económica me permite vivir con todas las comodidades, sin embargo haber llegado hasta aquí no fue tarea fácil a pesar de mi legado familiar. No todo lo que brilla es oro señor Sabadini, el dicho tiene mucho de cierto – explicaba Don Pietro mientras la cuchara hacía sonar la porcelana humeante en sus manos.

-Sin duda. El sacrificio y los costos que se pagan por llegar a la cima, a veces son muy altos – confirmaba Geanpierre.

-Esa, es una verdad irrefutable. Y en mi caso, créame que así fue.

-Lamento escuchar eso y debo confesar que empatizo mucho; tampoco me ha sido fácil llegar donde estoy – respondía cómplice Geanpierre.

Con sutileza, la conversación iba al lugar donde Geanpierre quería. No le estaba dando mucho trabajo comenzar a sumergirse en la historia de la

mansión, quiénes habían vivido ahí y de su padre en especial.

-Vaya, ¿un joven como usted ya ha tenido que vivir penurias para ser millonario?. Tenga cuidado, a veces no es lo que más importa. Mi vida da testimonio de ello. ¿Seguro que tiene tiempo para escucharla?

-Nada me honraría más que conocer algunas claves de su éxito y, tal vez, poder evitarle a mi vida algo de dificultades en este negocio.

-Pues no solo se trata del negocio, se trata también de cuidar a los que están a su alrededor – decía Don Pietro con voz taciturna.

-Perdón que pregunte, pero ¿a qué se refiere?

-¿Tiene familia señor Sabadini?

-Aún no, pero espero tenerla algún día si encuentro a la mujer adecuada – dijo Geanpierre, sonriendo con picardía.

-A eso me refiero, a no convertir el negocio en el centro de su vida.

-Espero no perder la ruta en ello, por eso, saber de su experiencia sería un verdadero privilegio para mí.

-Creo que necesitaría más de una tarde y una taza de té para compartir conmigo la profundidad de mis casi noventa años, y realmente, no sé si tendrá usted el tiempo para...- no alcanzó a terminar la frase, cuando Geanpierre lo interrumpió con el fin de evitar que se desanimara:

-Disculpe que lo interrumpa Don Pietro, pero nada me gustaría más que obtener alguno de sus sabios consejos y de seguro su historia está repleta de ellos. Tengo todo el tiempo que usted generosamente quiera regalarme.

Don Pietro, bastante sorprendido por un impetuoso Geanpierre ávido de conocimiento, lo miró inquisitivo:

-¿Qué es lo que tanto desea saber de mí señor Sabadini?

-Quiero aprender de usted, Don Pietro. Todo lo que benévolamente desee enseñarme, con humildad lo recibiré.

Geanpierre trataba de usar el máximo de cortesía en sus palabras. Debía ser respetuoso y adulator, así, cumpliría su propósito. Sabía que estaba bien encaminado, por lo que reforzaba una y otra vez su posición de aprendiz frente a su admirado maestro, con ello tendría la llave de acceso a su confianza; solo debía dejarlo hablar haciendo las preguntas adecuadas.

-Bueno, ¿cómo llegué a tener el imperio que tengo?, en parte, por mi esfuerzo y mi trabajo, y por otro lado, por el legado de mi primo y socio Gino, que en paz descanse.

Cuando Geanpierre escuchó el nombre de su padre, su sangre se congeló.

XVII

Eslabón del pasado

Mientras Geanpierre comenzaba a introducirse en el oscuro océano de la vida de su padre, Elizabeth había pasado la mañana entera esperando alguna llamada o mensaje de él; no daba señales, y la ansiedad por saber qué decisión había tomado sobre la compra de la mansión, la tenía como animal enjaulado. No lograba sentarse en el escritorio; paseaba de lado a lado frente al ventanal de la oficina en calle Pasitale. Desde ahí, contemplando las casas de la ciudad, que parecían estar colgadas de aquellos acantilados verdes, lograba desviar sus pensamientos que dibujaban una y otra vez la cara de Geanpierre y su penetrante mirada. Por momentos, lo imaginaba con Marion y eso encendía en su interior el calor de unos celos sin sentido; no había nada entre ella y él, era ridículo ese sentimiento, se decía. Después, lo imaginaba maquinando algún tipo de estrategia comercial sobre la compra de la propiedad y le irritaba pensar, que al parecer, disfrutaba dilatando el negocio, – esa arrogancia de millonario con aires de dios se hace intolerable – le había comentado a Sofía, quien después de haber desenterrado parte de la historia de Geanpierre, la impulsaba a tener calma.

-Estos negocios, querida Elizabeth, se ganan con paciencia, nada lograrás perdiendo tus cabales - le decía Sofía en su mejor español - *pazienze e calma*.

-Lo sé. Lo que no logro entender es que, si ya hizo su oferta y Don Pietro manifestó su interés, por qué razón demora la firma de los papeles. Ya van varias visitas a la mansión, además de las que seguramente hizo en forma clandestina o tal vez acompañado de Marion, su amiga arquitecto que...

-¿Su amiga arquitecto? – la interrumpió Sofía – *ma che cosa, ¿amico?, ¿amiga?, ¿ma come amico?*, esa es entonces la *giovane* con la que lo han visto.

-¿Cómo, tú sabes algo más? - preguntó Elizabeth casi fuera de sí. Se

acercó rígida a Sofía instándola a una respuesta inmediata.

-*Buono, buono, tranquilla* querida Elizabeth, tal vez fue un error.

-¿De qué error me hablas? – apoyó sus manos en el escritorio de Sofía y la instó a contar lo que sabía.

-Mi amigo Vittorio, gerente del restaurante La Sponda, del cual Geanpierre es cliente frecuente, ¿recuerdas que te comenté de él?...

-Sí, sí, claro, ¿qué pasó?.

Elizabeth no lograba contener su ansiedad, y casi con rabia en la voz, empujaba a Sofía ir rápido al punto. Sofía la miró sorprendida, esbozó una mueca de incomprensión y con su entrecejo fruncido por la reacción de Elizabeth y prosiguió:

-Pues, vio a Geanpierre y a la misma *signorina* de la cual te comenté la primera vez, muy animados y tiernos cenando. Me contó que la *signorina* había olvidado su chaqueta en el ristorante y que cuando llamaron a Geanpierre para informarle, lo escucharon decir ese nombre: “*Sí, es de la Señorita Marion, por favor envíemela al hotel San Pietro, ella está conmigo*”.

-¿Marion? ¿Y ella estaba con él? –murmuró Elizabeth, como hablándose a sí misma con voz derrotada.

-Eso fue lo que Vittorio me comentó y lo recordé porque acabas de mencionar su nombre. Al parecer, está hospedada con él.

-No, no – contestó con énfasis Elizabeth, mientras Sofía la observaba intentando interpretar su reacción - ella está en otro hotel, lo sé porque la primera vez que nos topamos en San Pietro, su chofer le avisaba que venía llegando Marion y que le esperaba en el auto. Él la había mandado a buscar.

-Ah, *bene*, pero parece que ahí hay algo.

Con un sigiloso suspiro Elizabeth confirmó: - Así parece... ahí hay algo – y se sentó abatida en su escritorio. El día laboral ya terminaba y no había noticias de Geanpierre.



La biblioteca de la mansión Talone, comenzaba a teñirse de luz dorada con el atardecer mediterráneo entrando por los ventanales. Don Pietro continuaba relatando cómo se había gestado su imperio y Geanpierre expectante, había grabado en su cabeza las palabras: - *...mi primo y socio Gino, que en paz descanse.*

Esa frase lo dejó inmóvil por unos segundos, hasta que una especie de corriente lo empujó a preguntar:

-¿Su socio? –se limitó a decir Geanpierre guiándolo a continuar. Se incorporaba en el sillón y tomaba un sorbo de té disimulando con esfuerzo su ansiedad por mantener a Don Pietro en el curso de la conversación.

Don Pietro se levantó del sillón y caminó, con lentitud, hacia la puerta de cristal cuadriculado que conectaba con un balcón y mostraba un sol muriendo lentamente en el horizonte. Los colores de la tarde se tornaban rojos y el salón comenzaba a oscurecerse.

-Los atardeceres siempre me ponen melancólico y la oscuridad me lleva a las trincheras – continuó Don Pietro con voz triste, casi olvidando la presencia de Geanpierre. Éste, sin hacer movimiento alguno y sentado a las espaldas de Don Pietro, sintió compasión por un anciano solitario que viajaba a su pasado a través de otro día que terminaba. Sin hacer ruido, le dejó espacio para continuar. De pronto se volvió a Geanpierre y recorriendo uno de los muros repletos de libros, siguió:

-Sí, mi socio. Gino Visconti era mi primo hermano, mi gran amigo y mi socio. Un hombre inteligente; brillante diría yo, pero con un gran defecto: un mujeriego.

Después de escuchar esa palabra, Geanpierre expulsó el sorbo de té que acababa de tomar. Tuvo que pedir disculpas y limpiar su cara y camisa con las servilletas que estaban sobre la mesa. Escuchar la palabra mujeriego, asociada a su padre, le produjo una mezcla de ira y decepción que remeció su

cabeza como batiendo los pensamientos que se había formado sobre él. Esa no fue la imagen que había dibujado sobre un padre que jamás conoció. A pesar de haberse suicidado antes de que él naciera, dejando con ello una huella de cobardía en su vida, había sido un hombre amoroso y protector, le había dicho su madre. Su trabajo en inteligencia como espía militar en los años de guerra, lo habían llevado a negarles el uso de su apellido con el afán de protegerlos; esa era la versión que conocía; ¿sería eso cierto?, o ¿estaba rumbo a conocer la realidad guiado por la voz de Don Pietro?. Geanpierre se hacía preguntas con ansiedad y temor, tal vez descubriría algo que no sería grato saber. Pero la verdad se estaba haciendo presente de forma rotunda y, al parecer, ninguna mentira del pasado podría falsificarla. La historia fluía y por nada quería interrumpirla. Su mente divagaba con la palabra *mujeriego* entre la imagen de su padre y la de él mismo, al aparecer en sus pensamientos Marion y Elizabeth. La voz de Don Pietro lo hizo regresar a la biblioteca:

-¿Está usted bien? –preguntó Don Pietro al verlo toser.

-Disculpe Don Pietro, el té tomó un camino equivocado. Por favor continúe, su relato me es del todo interesante.

-Bueno, usted no llegaba a este mundo señor Sabadini, cuando un 24 de octubre de 1917, con apenas veinte años, Gino y yo fuimos llamados al frente. La maldita Primera Guerra Mundial, y perdone que use esa palabra, pero ese infierno no puede llamarse de otra forma;... esa maldita guerra marcó nuestras vidas. En principio, como de seguro debe saber, pertenecíamos a la alianza central, sin embargo con el correr de la guerra los alemanes no cumplieron con sus promesas y terminamos peleando en su contra.

Las batallas del río Isonzo agotaban las fuerzas de las tropas y el desastre de Caporetto terminó por desmoralizar a los hombres. El avance austro-alemán nos aniquilaba, pero logramos huir cruzando el río Tagliamento. A Dios gracias, el general Cadorna fue destituido y reemplazado por el general Díaz, quien logró reorganizarnos. Pero nuestras bajas fueron incalculables, miles de amigos y compatriotas dejaron su sangre en esas aguas. Casi se perdió Venecia, ¿se imagina Italia sin Venecia? – miró con agudeza a Geanpierre, quien estaba perplejo escuchando su historia y movía la cabeza de lado a lado contestando con un silencioso “no”. La palabra “*mujeriego*” seguía incrustada en su cabeza, mientras Don Pietro caminaba apesadumbrado

recordando y relatando esos años:

-Solo nuestra posición en el río Piave logró contener la invasión. Cada noche, el ruido de bombas y metralletas nos llenaba de pánico. Al menos estábamos juntos en la misma trinchera, y eso nos hacía sentir menos desamparados. Fue entonces cuando nos juramos permanecer unidos y no ser nunca pobres, porque la guerra nos dejaría sin nada. Si sobrevivíamos a esa carnicería, nuestra lucha sería cuidarnos el uno al otro y trabajar duro para que no nos faltase nada. Para cuando las cosas se calmaron, sólo nos quedaba como herencia nuestro apellido: Visconti.

Debo agradecer una infancia alegre, en una familia repleta de tíos, primos y mis infaltables nonas, que junto a nuestras madres bordaban cada día una nueva conversación y se empolvaban con las harinas más selectas para hacer exquisitas pastas. Tengo hermosos recuerdos de esos tiempos, cuando celebrábamos fiestas en la gran mansión de Vía Marconi. Ahí, creo que a los quince años más o menos, fue cuando Gino y yo soñábamos con ser magnates, igual que nuestros padres. Ellos ostentaban de una buena posición, pero la guerra siempre se encarga de borrar gloriosos momentos. También fallecieron en combate, y nosotros retamos al destino en igual suerte. Sobrevivimos, pero repletos de incertidumbre. En pleno conflicto, la familia que nos quedaba emigró, sin dejar rastro, a tierras más seguras. Las comunicaciones eran muy complicadas ¿sabe?, no como hoy que casi falta privacidad. A comienzos de 1919, había que empezar a reconstruirlo todo, desde tu propia vida, hasta cada ladrillo de la ciudad.

Geanpierre, seguía con la mirada el recorrido del anciano quien, paso a paso, parecía ir dando vuelta una tras otra, las páginas de un libro de historia, de esos que abundaban en el lugar. Don Pietro relataba su biografía como dando lectura al más preciado de sus volúmenes, y cada descripción que hacía, incluía a su padre. Él, no articulaba palabra y permanecía casi inmóvil, con el afán de no interrumpirle. Si preguntaba algo o respiraba fuerte, quizás fracasaría en el propósito de obtener toda la información de su padre. Por el contrario, le daba espacio para contar todo, y pensaba que de seguro, el de hoy, no sería el primer encuentro.

XVIII

Post I Guerra Mundial
(1919-1942)

Por segunda tarde consecutiva, Don Pietro había recibido a Geanpierre para continuar el relato sobre la historia del inicio del gran negocio hotelero. Cada vez revelaba más y más detalles de la vida de su padre. En cada visita, Geanpierre grababa la conversación para volver a escucharla con tranquilidad en cualquier otro momento. Y, junto al único hombre que lo conectaba con su progenitor, volvía a viajar al pasado.



-Primo, es un milagro que saliéramos vivos de ésta. Ha pasado poco tiempo desde que terminó la guerra y aún me parece increíble que sobreviviéramos – decía Pietro mientras esperaban en una interminable fila para entrar al ayuntamiento.

-Lo sé Pietro, pero si es así, tal vez algo mejor nos espera – respondía Gino con voz cansada.

Al regresar a Positano, con horribles cicatrices en el alma y en el cuerpo, concentraron sus esfuerzos en averiguar con qué contaban. El ayuntamiento recibía a centenares de personas en busca de familiares desaparecidos, ayuda económica para levantar casas, y mutilados a la espera de un techo donde dormir. El panorama era desolador; aún escuchaban los estallidos de las bombas en sus cabezas y veían bayonetas cercenando cuerpos de amigos y enemigos.

Gino había perdido algo de movilidad en su hombro derecho por una herida de bala, sin embargo su recuperación fue buena. Pietro sufrió cortes profundos en muslos y brazos, que fueron suturados como a un saco de papas, en manos de una dulce enfermera. Los dolores los suavizaban con cualquier alcohol que tuvieran a mano.

La guerra dejaba huellas de una lucha que les había permitido sobrevivir, y solían decirse que si estaban con vida, algo bueno tendría que pasar.

-Maldita y enferma guerra.

-Pietro, no soy hombre de mucha fe, pero si hay alguien a quien mis padres me hicieron admirar, fue a San Pedro: ese hombre dudó, negó, pero finalmente se entregó a la lucha por conquistar almas. No es que quiera conquistar almas, pero quiero salvar la tuya y la mía tratando de ser optimista y creyendo que tenemos un futuro mejor – respondió Gino colocando su mano sobre el hombro de Pietro en un intento por consolarlo. La espera en esa fila, día tras día, se hacía insostenible. – Tu nombre, querido primo, algo tiene que augurarnos en todo esto, ¿no crees?

-Lo sé, y no faltaré a mi promesa. Es que ver tanta desolación remueve mis entrañas hasta las náuseas. Ver a toda esta gente vagando, igual que nosotros, en busca de alguna señal que te diga por dónde empezar... – decía abatido.

Era mayo de 1919, cuando dos soldados huérfanos de la guerra debían enfrentar el desafío de reconstruir sus vidas. Habían hecho un juramento; no abandonarse el uno al otro jamás. El apellido Visconti era su único capital, con ello podrían ir en busca de lo que pudiera quedarles. Recordaban una niñez acomodada en grandes casonas, por lo que de encontrar algo, tal vez podrían transformarlo en dinero.

El propósito de las visitas a la Alcaldía, era rescatar antecedentes familiares. Sabían que podría existir alguna propiedad a nombre de sus padres, y de ser así, serían los herederos legales. Se proponían encontrarla para convertirla en refugio, o tal vez venderla para hacer algo de dinero y empezar de nuevo.

Las últimas tres semanas había sido un ir y venir en busca de lo que fuera que pudieran encontrar. Carla, la secretaria del gobernador, les ayudaba con generoso desinterés. Era una chica joven de cara triste pero amable. Su trabajo era todo lo que le quedaba después de haber perdido a los suyos en combate. Había logrado despertar compasión en Pietro, quien a lo largo de repetidos encuentros en bodegas repletas de archivos polvorientos y navegar en su dulce mirada, sucumbió en su ternura. Carla era delicada, de sonrisa amplia, algo tímida y coqueta a la vez. Pietro se dejaba arrastrar por el lazo de su voz que lo atraía con suavidad al deseo de tenerla. En ella, encontraba la calma que la guerra le había arrebatado.

Gino, con algo de envidia, miraba y respetaba la relación que había nacido entre ambos, pero él solo tenía ojos para los cerros de papeles amarillos que, día a día, revisaba con la esperanza de encontrar el tesoro escondido, ese que les permitiera salir de la miseria en la que habían quedado por culpa de la guerra. Sus deseos pasionales los saciaba en brazos de la prostituta de turno que se le ofrecía en alguna taberna. No quería pensar en nadie más que en él y en Pietro. No eran tiempos para adquirir compromisos de más bocas que alimentar, pensaba. Vivían en una habitación pequeña, en la que apenas cabían dos estrechas camas y un pequeño cajón que les servía de velador. No tenían luz, y la escasez de agua para bañarse, sólo les permitía estar limpios cada dos días. Vivían en una deteriorada hospedería que a duras penas seguía en pie.

Después de tres meses de insistente búsqueda, una de las tantas mañanas en las que rigurosamente se presentaban en el ayuntamiento, Carla, sonriente, los hizo pasar al despacho del gobernador. Era él quien lideraba los temas de títulos de propiedad y herencias de la posguerra. El rostro de Carla les auguraba buenas noticias, había encontrado un antiguo cartapacio de cuero sucio y bastante roto, que contenía los títulos de propiedad de dos inmuebles de la ciudad: la Mansión Visconti de vía Marconi, a nombre del padre de Gino, y la gran casona del acantilado de vía Laurito, a nombre del padre de Pietro.

Para cuando les hicieron entrega oficial de ambas propiedades, Pietro y Carla se habían comprometido. Gino, seguía alternando amoríos sin nombre

y abocado a levantar las ruinas de las que ahora eran dueños.

A los meses de recibir la mansión de vía Marconi, el trabajo como obreros en la reconstrucción de la ciudad, les había dejado una buena suma de dinero para refaccionar dos habitaciones, un baño y el área de la cocina de aquella casona. Entonces, con esos espacios apenas habilitados, decidieron mudarse, con el fin de continuar reparándola y devolver la grandiosidad que había tenido cuando vivían en ella junto a sus padres y abuelos. El haberse convertido en obreros, les daba la capacidad y conocimientos para saber lo que debían hacer al levantar muros, reparar alcantarillados y conectar la electricidad.

Mientras vivían, entre ruinas y un abandonado glamour que se dejaba ver en algunos pisos de mármol conservados, trabajaban por refaccionar también, la gran casona de vía Laurito. Esa propiedad, en mejores condiciones que la mansión Visconti y enclavada en la punta del acantilado, podrían convertirla, con mayor rapidez, en hospedería u hotel. En esos años, muchas familias adineradas volvían a reinstalarse en la ciudad, pero mientras lograban recuperar sus tierras y levantar sus casas, buscaban un buen lugar donde quedarse. Les costó dos años de gran esfuerzo y trabajo habilitar siete habitaciones, un gran comedor y la cocina. En aquel entonces, Carla se había sumado a la sociedad de los Visconti con unos pequeños ahorros y un grupo de amigas con necesidad de trabajo y dinero. Su capacidad organizativa, culinaria y su sólida relación amorosa con Pietro, sumada a las labores de difusión de Gino, dieron vuelo al inicio del primer hotel de mediana categoría de la costa amalfitana. Habitaciones sencillas con camas de madera y colchón de lana, cubiertas con sábanas blancas de poca pretensión, ofrecían al huésped un techo seguro y abrigado para pasar las noches.

Lo llamaron “Hotel San Pietro”, homenajeando a los padres de Pietro, que fueron sus dueños y en recuerdo del apóstol venerado por ellos. San Pedro había levantado un imperio espiritual y para ellos esa era la consigna: levantarse de nuevo y construir un imperio comercial que los salvara de la pobreza. No era una meta religiosa, pero una buena situación económica les daría un mejor pasar.

El Hotel San Pietro representaba la oportunidad de salir adelante. Los

clientes llegaban sin interrupción y el engranaje del negocio generaba ingresos que les permitían ir mejorando las instalaciones, y a su vez, terminar de reconstruir la mansión Visconti.

El matrimonio de Carla y Pietro inyectaba vitalidad y compromiso a la empresa. Sin haber podido concebir, habían decidido concentrar sus mentes en el negocio, y no pasar la vida apesadumbrados por la infertilidad. Ella era en extremo preocupada de los detalles que hacían acogedor el lugar: flores aromáticas en las habitaciones, jabones franceses conseguidos de contrabando con mercaderes de baja reputación, y detalles decorativos de buen gusto que iban haciendo lucir cada vez más refinado y elegante el lugar. Pietro estaba abocado al mantenimiento estructural y a la negociación de precios con proveedores de alimentos; Gino, por su parte, se encargaba del orden contable, la difusión publicitaria y el trato con los huéspedes.

Ya en 1935, después de veinte años de arduo trabajo juntos, el negocio fluía a la perfección. El personal contratado trabajaba bajo la supervisión de Carla y el resto de las áreas estaba en manos de Pietro y Gino.

Los tres eran una familia, unidos por el amor y los negocios. Decidieron vivir juntos en la mansión Visconti, para ese entonces, habilitada con bastante lujo. Pietro y Carla usaban el lado oeste y Gino el este, en donde pasaba noches desenfrenadas con las amantes del momento. No había mujer que pudiera conquistarlo. Rehusaba tener sus alas de galán, atrapadas en la jaula de alguna mujer.

Con casi cuarenta años y a pesar de los persistentes conflictos bélicos que auguraban una nueva guerra, Pietro y Gino habían adquirido un par de pequeños hoteles en París que les sumaban ingresos y les obligaban a ir y venir de Italia a Francia. Gino era quien más viajaba para evitar que Pietro dejara sola a Carla.

Fue, en uno de esos tantos viajes, donde Gino conoció a Anett.



Geanpierre mantenía su celular apagado, y aunque ya había visto varias llamadas perdidas de Elizabeth en el curso de esos días, no las devolvería. Sólo retomaría los detalles del negocio, una vez que supiera toda la historia; estaba a punto de conocer, a quien había sido la esposa de su padre: Anett.

XIX

Anett, Gino y la sombra de Juliette

Geanpierre, sorprendido por un Don Pietro en extremo abierto a compartir cada episodio de su vida, seguía ávido por saber más anécdotas de esos tiempos. En esa, su cuarta visita a la gran casona, había sido invitado a almorzar. El momento transcurrió en una espléndida terraza donde nada se interponía con la vista al Mediterráneo. El amplio jardín, rodeado por arbustos de pequeña altura y flores rastreras, enmarcaba un espectáculo de olas en suave movimiento que parecían llegar hasta ellos. Apenas soplaba el viento, y una sombrilla los cubría del sol. El día les entregaba un escenario propicio para retomar aquella conversación sincera y fluida. Se comenzaba a gestar un sutil lazo de simpatía entre ambos.

Su rol de comprador se desdibujaba en cada encuentro. Por alguna razón desconocida, Don Pietro compartía con él detalles íntimos de esos años. Tal vez su edad le permitía soltar todo sin temor a nada; con su longevidad ¿qué podía importar?, se decía Geanpierre. El anciano no tenía hijos, y al parecer, tampoco hermanos. Tal vez, algunos sobrinos que no estaban muy presentes en su vida, ya que de ellos, nada mencionaba aún.

Don Pietro dejaba claro que el imperio hotelero del cual era dueño, había sido forjado con mucho esfuerzo; martillo y pala en mano, Gino y él, Levantaron cada muro del hotel San Pietro y la Mansión Visconti; eso, sumado a la fidelidad que ambos mantuvieron por el compromiso de seguir unidos en busca de alcanzar una situación acomodada, había sido la fórmula del éxito.

Sin embargo, también hubo costos emocionales que pagar por llegar ahí. Esa era la parte del relato que a Geanpierre más le interesaba escuchar; era la puerta de entrada a la relación de sus padres, y tal vez ahora podría descubrir

la razón por la cual su padre no había sido capaz de afrontar su llegada al mundo.

-Bueno mi estimado Geanpierre, sus frecuentes visitas se han transformado en una grata compañía, espero no estar aburriéndolo demasiado - dijo con una cariñosa sonrisa.

-De ninguna manera Don Pietro, al contrario, es un privilegio para mí escuchar sus apasionantes vivencias, me generan una profunda admiración. Qué momentos más duros vivieron usted y Don Gino; a pesar de enfrentar periodos de guerras y pérdidas desgarradoras de amigos y familiares, lograron salir adelante y levantar este gran negocio.

Cuénteme; ¿usted y Doña Carla permanecían en Positano mientras Don Gino estaba en París?, ¿él se quedó viviendo allá al conocer a Doña Anett? – Geanpierre astutamente volvía a retomar el hilo de la conversación anterior que iba camino directo a sus intereses.

-Ah, sí claro, como le contaba, Gino conoció a Anett en París...



-Vaya, vaya... ¿qué tenemos aquí?

Gino, con aires de donjuán incansable, se había parado frente a un grupo de atractivas mujeres que conversaban animadas en el bar. Las chicas lo miraron, mezclando sonrisas y caras de cínica molestia, lo que les abría paso a unirse a la tertulia. Gino y Christoff, el gerente de turno de los hoteles Visconti de París y compañero de parrandas nocturnas, entendieron el mensaje.

-¿Entonces, podemos acompañarlas? – preguntó Gino, seductor como siempre, mientras tomaban asiento junto a las sorprendidas señoritas – acá hay dos galanes de grata conversación.

Para Gino, era una noche más de juerga y conquista, sin embargo jamás pensó que esa delgada y refinada mujer de pelo castaño, labios pequeños y menuda figura, le haría perder parte de su furtivo instinto de cazador de

hembras. Después de ese encuentro, Anett se transformó en su presa. La persiguió con insistencia; mientras más difícil se hacía cazarla, más perseveraba en adueñarse de ella.

Anett era una italiana de buena familia que impartía la carrera de filosofía en la universidad de La Sorbona. Con veintisiete años, su aspecto de niña la hacía parecer más joven e ingenua de lo que realmente era. Gino sintió por primera vez un deseo genuino de pertenecerle a alguien y de que ese alguien fuera también suyo. Fue un trofeo difícil de lograr, sin embargo después de algunos meses, comenzaron un romance formal. Las invitaciones a casa de sus padres se sucedían una tras otra, logrando también conquistarlos. Sus viajes a París se hicieron frecuentes, más que para controlar la labor de Christoff, para estar con Anett. El negocio andaba sobre ruedas a pesar de la guerra. Esta vez, esa batalla, no la pelearon.

Después de un año de virtuoso cortejo, cosa casi impensable para Gino, se casaron. La ceremonia se celebró en Positano, en el hotel San Pietro. Fue un evento sencillo e íntimo; el número de cercanos, familiares y amigos no abundaban en épocas de guerra, pero el escenario que regalaba la magnífica vista del lugar, lograba coronar un momento único en la vida de ambos. La virginidad de Anett era algo que consumía en deseo a Gino, quien había vivido años en brazos de mujerzuelas y amoríos de los que huía. Algo en su interior le decía que con ella podría sentar cabeza. Con sincero afán, deseaba formar una familia y terminar con una vida de libertinaje y desenfreno.

Decidieron vivir en la mansión Visconti, junto a Carla y Pietro. La fortuna de ambos estaba aún en proceso de consolidación, como para desviar recursos en otra casa. El lugar ofrecía el suficiente espacio para ambas familias, que hasta ese momento, solo se componía de dos miembros cada una. Sobraba espacio para cuatro personas, más algo de personal de servicio.

A pesar del estallido de la II Guerra Mundial, pudieron mantener sus propiedades y aunque los ingresos se hicieron más lentos, no sufrieron escasez. Para esos años Anett ya era madre de dos niños, Lorena y Alessandro. Sus vocecillas comenzaban a llenar espacios vacíos que lograban distraer, con su inocencia y alegría, tanta miseria reinante por

culpa de la lucha armada.

Por fortuna, la codicia territorial se concentraba en las fronteras del norte, así, la costa Amalfitana no era foco de conflicto y en Positano parecía reinar una tensa calma.

Para Gino y Pietro, el estrés de la guerra, la angustia por mantener a salvo a la familia y cuidar todo lo que habían logrado hasta ese momento, los llevaba de regreso a la incertidumbre y al miedo. No estaban dispuestos a pasar otra vez por los horrores de la guerra.

Pietro se evadía concentrando sus pensamientos en las tareas diarias del negocio y en Carla, pero Gino, desestabilizado emocionalmente con el nuevo conflicto bélico que lo llevaba a delirar pensando en su propia muerte, empezó a caer en sus antiguos rituales de sexo y alcohol. La inseguridad mundial y el terror nocturno que lo acechaban en sueños de bombas estallando a su alrededor, lo empujaban a vivir, cada día como si fuera el último, sin medir las consecuencias,. Olvidaba esposa e hijos enredándose en brazos de mujercitas que lo ayudaban a escapar de la realidad. Siempre tuvo una aguda inclinación por el sexo, y aunque había logrado ser fiel a Anett por algunos años, la adrenalina que le provocaban aquellos oscuros amoríos lo desconectaban por completo de lo que sucedía a su alrededor.

Intentando distraer su estrés, en bares de ordinaria popularidad, conoció a Juliette, una prostituta de gran belleza. Tenía veinticinco años y lo había perdido todo. Su única opción era el uso de su cuerpo para subsistir. Juliette fue un destello que lo dejó cegado perdiendo juicio y responsabilidades. Ella se transformó en el alivio de sus miedos y el quiebre de su rutina. En eso se había convertido su relación con Anett, una especie de fastidioso y repetitivo vaivén de vida que intentaba romper con un sorbo de alcohol y erotismo superficial. Pero Juliette fue más que sexo pagado, fue una inyección de energía que lo revivió, haciéndole perder el temor a bombas y fusiles. Gino se rindió; su belleza y cada lujurioso encuentro terminaron por conquistarlo, y durante un año y medio fueron amantes.

-Juliette, no puedo prometerte nada. Sabes que soy casado, tengo dos hijos y una esposa abnegada. No te mentaré, me importan mucho, pero tú

provocas sensaciones y deseos que desconocía podría llegar a sentir.

-Gino, no te pido nada, me haces feliz. Por primera vez siento que pertenezco a algún lugar, y aunque sea en la clandestinidad, estar en tus brazos me da paz; te amo.

-Quiero que seas solo mía, no quiero que nadie más te toque, te quiero solo para mí – la besaba con desesperación y de nuevo comenzaban a hacer el amor.

-Soy tuya y de nadie más – le susurraba al oído.

El sexo era apasionado; el vientre de Juliette esperaba deseoso ser poseído y para Gino, recorrer su cuerpo en una interminable caricia que sin vergüenza tocaba lugares secretos, era un placer adictivo. Ella retribuía el éxtasis sin pudor. Aunque le sobraba experiencia para volver locos a los hombres en la cama, con Gino recorría caminos que también le eran desconocidos.

La casa del risco, en la mansión Visconti, se transformó en la guarida de sus encuentros pasionales. Cada vez que Gino lograba escapar de Anett, con disimulada intención, se encontraban para darle rienda suelta al desenfreno que el sexo producía en ellos. La obsesión de Gino por hacerla su propiedad lo llevó a ponerla a trabajar en el hotel como mucama; fue la estrategia perfecta para sacarla del negocio nocturno. Juliette trabajaría y viviría ahí.



Geanpierre se sintió mareado y una náusea recorrió su garganta. Por un momento dejó de escuchar la voz de Don Pietro, que seguía relatando algo que se escuchaba a lo lejos sin entender palabra. En su cabeza sólo se repetía la frase “...una prostituta de gran belleza”. Enterarse de que su madre había sido una mujerzuela revolvió su estómago. No desconocía sus desvelos y cuidados, pero imaginarla encamada de hombre en hombre, era una verdad desagradable de tragar. Estaba absorto en ese incómodo pensamiento cuando Don Pietro quebró su paralizada postura:

-¿Está usted bien señor Sabadini?, está como ido; ¿le pasa algo?

-Oh, perdón, disculpe usted mi desconcentración, es que de pronto pensé

que podía ser tarde y yo sigo aquí molestándole.

-No se preocupe, en estos días no tengo mucho más que hacer.

-De todos modos, creo que ya le robé suficiente tiempo por hoy, será mejor que me vaya. Puedo regresar mañana si usted prefiere. – se levantó sin darle posibilidad a que insistiera en quedarse.

-Perfecto, lo espero en la tarde, ya me estoy acostumbrando a su compañía.

-Así será. Gracias de nuevo por su hospitalidad y por tan agradable almuerzo.

Geanpierre le dio un rápido apretón de manos y se despidió casi con brusquedad, tratando de disimular su vahído; necesitaba huir del lugar para evitar delatarse. Su mente, perturbada por la verdad que acababa de descubrir, le causaba un desagradable malestar. Subió a su auto y condujo algunos kilómetros bordeando la costa. Al llegar a un claro, se detuvo a recuperar el aliento. Se bajó y tomando grandes bocanadas de aire, intentó eliminar el asco que sentía: dos imágenes lo aturdían con punzante intensidad; la de una madre prostituta y un padre suicida.

XX

El karma de una pasión

Otro día más sin saber de Geanpierre. Elizabeth estaba realmente molesta; Bruno, el albacea de Don Pietro, había aparecido con un sobre que detallaba la formalización de la compra de la mansión. Los documentos ya estaban firmados por ambas partes. Enterarse así de que el negocio estaba cerrado, le pareció en extremo una falta de protocolo por parte del magnate; ella era la responsable principal de que todos los detalles estuvieran en completo orden; eso, era de su única competencia.

-De seguro Geanpierre lo hizo a propósito para demostrar superioridad – comentaba en voz baja Elizabeth con Sofia para que Bruno no la escuchara, y frunciendo el ceño con molestia le dijo:

-Don Bruno, dígame a Don Pietro que revisaré los documentos para estar seguros de que todo esté en orden. Envíele mis saludos y dígame que no se preocupe de nada.

Bruno salió de la oficina mientras la tarde caía y llegaba un mensaje de Geanpierre a su celular:

-Hola, ya debes haber recibido el sobre con los documentos que formalizan la compra. Necesito nos reunamos próximo jueves a las siete de la tarde para afinar últimos detalles. Te veo en dos días en San Pietro junto a un cóctel en la terraza; sería muy grato. Saludos.

-¿Y este hombre quién se cree que es? Disponer de mi tiempo imponiendo una reunión sin siquiera consultar si puedo, ¿qué pretende? – Elizabeth refunfuñaba impotente por no llevar el control de la situación, pero en el fondo

sabía que era Geanpierre quien lideraba el curso del negocio. Su rabia más bien pasaba por no haber sabido de él en varios días y elucubrar escenas románticas con Marion a su lado.

-Elizabeth calma, ¿por qué reaccionas así? En estricto rigor, él dirige este proceso y nosotros solo colaboramos. Ya hemos logrado el cometido, ahora a celebrar amiga querida, *ja festeggiare!* – Sofía trataba de calmarla sabiendo que el enojo delataba sus sentimientos; se estaba enamorando y se resistía a ello.

A casi una semana de repetidos encuentros entre Don Pietro y Geanpierre, la relación se hacía cada vez más cercana y el anciano agradecía la paciencia de escucharlo. Geanpierre se sentía algo avergonzado, su labor no era la del buen samaritano escuchando a un pobre anciano abandonado, muy por el contrario, se aprovechaba del viejo para obtener todo lo que quería saber sobre su padre. Ya había llegado casi al fondo de la historia y no iba a detenerse en sentimientos de culpa, llegaría hasta el final.

Ese día volvieron a reunirse en la elegante biblioteca. Era un lugar acogedor y de seguro repleto de recuerdos para él. Sin más tiempo que perder, Geanpierre volvió a retomar el curso de la conversación:

-Don Pietro, usted me dijo que llegar a su posición implicó un costo muy alto y también me preguntó si tengo familia; ¿a qué se refería?, si es que puedo preguntar sin incomodarlo por supuesto.

-Pues justamente a eso me refiero señor Sabadini, a valorar las cosas importantes, cuidarlas, apreciarlas. Y no me refiero al dinero, sino a las personas que nos rodean. Hoy, ya voy de salida en el manejo de este imperio que alguna vez administré, pero lograrlo significó perder a un casi hermano. Gino era eso para mí. Por desgracia, desvió su camino intentando olvidar los horrores de la guerra y su rutinaria vida; se enredó con esa prostituta, y aunque no dudo que la amó, pues así me lo confesó, su muerte me obligó a cargar con los pesados muros de los hoteles y con el dolor de una familia sin padre.



Gino comenzaba a desconectarse del negocio y olvidar sus responsabilidades como gerente. Tener a Juliette trabajando de mucama en

el hotel facilitaba sus encuentros. Con el pretexto de ir a supervisar al personal, se escabullía con ella usando cualquier habitación desocupada para dar rienda suelta a sus deseos de tenerla. Su comportamiento era el de un quinceañero que descubría el sexo por primera vez, buscando siempre, la oportunidad para satisfacer su libido.

Pietro cubría sus ausencias, intentando que las cuentas, pagos y cobros se mantuvieran ordenadas, pero lo increpaba cada vez que podía.

Sus recurrentes desapariciones de la oficina y las tristes conversaciones con Anett, quien le hacía ver la distancia que había entre ella y Gino, le confirmaba que no solo faltaba al negocio, sino que también a su fidelidad matrimonial.

Una noche, ya cansado de enfrentar a Gino en reiteradas charlas y reprimendas, le fue a buscar a la casa del acantilado. Era casi de madrugada, pero Pietro no podía conciliar el sueño sin terminar de decirle unas cuantas verdades. Irrumpió con energía llamándolo a gritos:

-Gino, Gino, sé que estas aquí. Ya estoy cansado de tu forma de actuar, dónde estás, despier...

Pietro quedó frío al abrir la puerta del dormitorio. Ahí estaban Gino y Juliette revolcándose y jadeando el climax de una desenfundada relación. Con ira lo emplazó a salir del cuarto:

-¿Gino, qué pretendes? ¿Qué estás haciendo? Lo sabía, sabía que no solo eran noches de lectura y revisión de cuentas lo que te traía hasta acá. ¿Hace cuánto que estás con esta puta?, ¿A cuántas más has metido en esta cama?, Anett no merece esto, no lo merece, eres un cobarde.

Pietro, con indignación, lo agarró con fuerza de la solapa de la bata y levantando su mano empuñada tomaba fuerza para golpearlo. La voz de Juliette frenó su furia:

-Por favor, no lo haga, es mi culpa – suplicó Juliette vistiendo la camisa de Gino, lo único que logró ponerse para evitar la pelea.

-No Juliette, no es tu culpa. Es verdad, soy un cobarde, no he sido capaz

de enfrentar lo que siento por ti, y Anett no lo merece. Pietro, por favor, no digas nada. Ya veré cómo soluciono esto, lo siento, de verdad lo siento, pero amo a Juliette.

Gino se mostraba abatido y vencido al ser descubierto en su traición. Con la vista en el suelo y ojos arrepentidos pedía perdón a ambos.

-Me decepcionas Gino, con pedir perdón nada solucionas. Una vida basada en el engaño no es vida. Yo no hablaré, pero púdrete tú y tu puta de turno. - Les dio la espalda y salió pateando una silla que se interponía a su paso.

Pietro había descubierto su infamia y aunque jamás abrió la boca, a diario lo emplazaba a enmendar camino. Anett nada sabía de su traición y no sería Pietro quien lo delatara. A pesar de estar en contra de su comportamiento, no se inmiscuiría. Lamentaba que Anett pasara por ello. Era una buena mujer, dedicada y amorosa, no merecía ser engañada. Pero Gino volvía a su esencia de mujeriego incurable, aunque esta vez Juliette era en verdad, su gran amor.

Con el transcurso de algunas semanas la relación entre ambos se hacía cada vez más tensa. Pietro se relacionaba siempre con molestia hacia Gino y ya el ambiente en casa no era el mismo. Las alegres cenas contando anécdotas de turistas y saboreando los deliciosos platillos que preparaba Carla, se habían convertido en miradas cargadas de desprecio entre Pietro y Gino. Éste, hacía esfuerzos por retomar la normalidad de las conversaciones, pero Pietro respondía en monosílabos: sí, no, claro. Odiaba ser cómplice de Gino en su infidelidad, pero lo único que podía hacer era empujarlo a tomar una decisión.

Gino estaba con la cabeza perdida y cada vez más aislado de la familia, para cuando Juliette le contó lo de su embarazo, esa noticia terminó por hundirlo en un pozo de oscuro demonios que lo arrastraron a poner fin a su vida.



Don Pietro seguía narrando lo sucedido y Geanpierre no podía dejar de estremecerse. Aunque ya sabía que su padre se había suicidado, saberlo con ese detalle le causaba una mezcla de pena, rabia y decepción que dolía como si una espinosa hiedra subiera por sus pies.

-En la nota de su suicidio me dejaba en herencia la mansión y me pedía cuidar de su familia. Anett estaba destrozada y decidió volver a París. No resistió vivir en esa casa. De la mujerzuela nunca más supimos, sepa Dios que fue de ella y del niño que llevaba en su vientre.

Carla y yo también huimos de ese lugar. El recuerdo de Gino en ese acantilado no me dejaba dormir, y la soledad que sentíamos en esa inmensidad nos estaba destruyendo. Desde entonces la mansión está abandonada – la voz de Don Pietro sonaba taciturna. - Con Anett, Lorena y Alessandro, mantuvimos contacto los primeros meses después de que se fueron. Yo les enviaba dinero, pero Anett era de buena familia y su herencia le daba un excelente pasar. No lo necesitaba y al parecer tampoco quería seguir conectada a mí; yo le recordaba la traición, pues de seguro intuía que yo estaba al tanto y lo protegía. No estaba lejos de la realidad. Yo seguí manteniendo el hotel San Pietro y los hoteles en París, de los cuales hoy oficio solo como director, ya no participo de la labor gerencial, no tengo edad para eso.

Geanpierre contenía un impulso poderoso de revelar su identidad, pero ¿qué ganaría con eso?, ¿cómo explicar que era el hijo bastardo de una relación que cubrió de infelicidad a todos?. Con delatar quién era no obtendría nada, o peor aún, llevaría al anciano a aborrecerle; él era el producto de una infidelidad abominable que llevó a un hombre sin coraje a quitarse la vida en vez de enfrentar una realidad, que por dura que fuese, incluía niños que necesitaban su presencia.

Caía el telón de la obra teatral que exponía su vida con un dramático final; su llegada al mundo cobraba la vida de uno de sus protagonistas y con ello se confirmaba una cruda verdad. No había sido fácil recibir el golpe, sin embargo levantar el manto que cubría su origen, le tranquilizaba.

Tenía frente a él, a un leal amigo de su padre; Don Pietro había sido fiel a la amistad entre ambos, a pesar de su fatal engaño.

A Geanpierre solo le faltaba una cosa: conocer la cara de su padre.

-Qué lamentable final para una historia de tanto esfuerzo y lucha. Qué pena que todo haya terminado así.

-Por eso mi estimado Geanpierre, no todo lo que brilla es oro. La herencia de mi primo fue una herencia basada en una tragedia. ¿Me hice rico con él y más aún, después de él?, sí, así fue, pero habría preferido ser menos rico y tener a mi lado a Carla, a mis sobrinos, a Anett y a mi gran amigo Gino.

Se levantó de la silla, hurgó un cajón de una de las estanterías de la biblioteca y sacó una fotografía color sepia. Sin pedirlo, Geanpierre tendría la imagen que anhelaba ver:

-Aquí estamos los cuatro. Fue en 1935. Fueron los mejores años de nuestras vidas.

Geanpierre escuchó la voz entrecortada del anciano y casi sin reparar en su nostalgia, miró la ajada fotografía que mostraba la cara de su padre. Para no delatar el impacto que esto le causaba, tomó una gran bocanada de aire que llenó sus pulmones y lo fue liberando suavemente.

Al fin su vacío tenía cara. Sintió deseos de quedársela, pero tampoco se trataba de la imagen de un héroe como para querer atesorarla. Se la quedó mirando unos segundos más y al devolvérsela sintió estar soltando al viento la última hoja de un árbol en otoño; caería al pasado, la pisaría el futuro y la lluvia y el barro terminarían por sepultarla. Así quedaría su historia, enterrada por siempre.

XXI

La embestida del presente

Esa tarde Geanpierre se despidió de Don Pietro con afecto. Con ambas manos le daba un cordial y amistoso apretón, que cerraba días de amena charla. Sabía que tal vez tendría un par de encuentros más relacionados con el cierre del negocio, pero del anciano ya había obtenido todo lo que necesitaba:

-Don Pietro, no sé cómo agradecer lo amable que ha sido al compartir conmigo su historia. Me causa gran admiración la fuerza con la que enfrentó esos difíciles años. Es un gran ejemplo para mí. Seguiré sus consejos; no todo es dinero en la vida. Todo mi respeto y seguiremos en contacto.

El anciano lo había acompañado hasta la puerta y amablemente le daba un par de golpecitos en la espalda:

-Un agrado señor Sabadini. Nos vemos pronto.

Durante los días que estuvieron reunidos, Geanpierre se mantuvo incomunicado; había delegado en sus abogados la coordinación de todos los aspectos que tenían que ver con el cierre de la transacción. Por su parte, Don Pietro había hecho llegar a Elizabeth, el sobre entregado por Geanpierre con la formalización de compra. Ahora necesitaba procesar a solas las duras verdades de su vida.

Al llegar al hotel, se recostó. Estaba cansado y con los músculos apretados. Con la mirada clavada en el immaculado techo blanco de la habitación, divagó en sus recuerdos de niño; su madre y Grir siempre trabajando entre coloridos géneros de texturas suaves y vaporosas con los que

iban forjando un mejor futuro para todos. La llegada a sus vidas de Don Carlo, un hombre cariñoso y cuya generosidad no cuestionó pasado alguno de su madre, amándola hasta sus últimos días. Pasaban por su mente escenas navideñas de gran contraste; en casa de Grir, esa humilde pero acogedora cabaña de madera que siempre crujía y cuya chimenea albergaba durante las tardes, una olla con humeante sopa, siempre hubo un pequeño pesebre que recordaba el nacimiento de Cristo. No habían obsequios a su alrededor, pero nunca faltó la deliciosa cena de Nochebuena. Fue un cálido refugio para él y su madre al huir de Italia. Luego, esas esplendorosas navidades en el palacio de Don Carlo con un gran árbol al centro del salón repleto de luces y plagado de regalos. Esa larga mesa decorada en verde, rojo y dorado, con un frondoso arreglo de dalias y por lo menos cuatro copas de cristal por invitado.

Sus lágrimas brotaban espontáneas humedeciendo la almohada al recordar aquellos momentos. La sensación de orfandad lo hacía sentir pequeño, insignificante y con deseos de ser abrazado por su madre una vez más. Pese a todo, para él había sido una gran mujer y la mejor madre de todas. La soledad en la que estaba inmerso volvía gélida la cama y las sábanas blancas se hacían interminables, convirtiendo el lugar en un gran témpano. Por un momento, al voltear su mirada, deseó tener a su lado a Elizabeth, para abrazarla y sentirse protegido. Secó sus ojos, suspiró y decidió concluir con esa etapa de su vida. La verdad había sido dicha y le daba paz. A pesar de saber su real procedencia, retomaría, sin tormento, el curso de las cosas. Aunque su madre había omitido el tema de su reputación, la perdonaba. No era algo fácil de contar a un niño pequeño que solo sentía admiración por quien había dado todo por protegerlo y educarlo.

Completaría el negocio de la mansión, convirtiéndola en parte de ese nuevo comienzo. Llenaría el lugar con turistas, impregnando sus paredes con risas, conversaciones y anécdotas de extranjeros que logran borrar las huellas de lo vivido allí. Ese sería su triunfo sobre sentimientos que lo atormentaron por años. Sus raíces estaban en Provins, más que en ningún otro sitio, y con esto, terminaba por responderse todas las preguntas que por largo tiempo le causaron dolor.

Se incorporó y revisó su celular. Elizabeth no había contestado y volvió a preguntar:

-Hola de nuevo, no tengo novedades tuyas y deseo confirmar nuestro encuentro del jueves. Por favor avísame, ya que tengo otros asuntos que atender.

Oscurecía y Elizabeth flotaba en una tibia bañera de espuma. Sumergida en burbujas, daba rienda suelta a la estrategia del próximo encuentro con Geanpierre. Tendría que ser muy profesional e ir bien preparada para contestar y enfrentar todas las preguntas irreverentes que sin duda le haría. Tenía que mostrarse segura de sí misma. Él la hacía titubear y se odiaba por eso. En lo profesional, siempre había sido capaz de resolver situaciones complejas, pero ahora se enfrentaba a una mezcla entre sentimientos y trabajo, que la perturbaban.

Seguía molesta por sus infructuosos intentos de hablar con él; continuos buzones de voz en su teléfono móvil, la irritaban. Tampoco había sido informada de sus visitas a casa de Don Pietro, sin embargo, el cliente era él y debía tragarse el sabor amargo de su falta de protagonismo.

Solo saber que el negocio llegaba a buen término amortiguaba el golpe. El proceso de cierre estaba en curso, con el respectivo y succulento cheque de su comisión. El resto, requería de algunas reuniones extras con los involucrados, pero su jugosa ganancia y el sueño de convertirse en socia de R&PH era ya una realidad. Esteban, en París, preparaba las escrituras que la harían parte oficial de la firma de corretaje. Esta posición le daba libertad para desligarse de Geanpierre, pero ¿quería realmente olvidarse de él?, ese sentimiento comenzaba a surgir al término de este proceso. Al parecer, a casi tres semanas de encuentros, llamadas y reuniones, se había acostumbrado a su sensual jugueteo.

Mientras pensaba en ello, su celular vibró sobre la mesita que sostenía también un fresco Martini. Lo tomó, le dio un buen sorbo y revisó el mensaje. Geanpierre preguntaba una vez más sobre el encuentro del día jueves. Le daba placer su ansiedad. Su sensación de pequeña venganza comenzó a transformarse en nerviosismo al tener que elucubrar una buena respuesta. Tenía muchas ganas de decirle lo molesta que estaba por no haber sido incorporada en las reuniones con Don Pietro y por su descortesía al no responder sus llamadas y mensajes, pero en realidad, eso sólo delataría parte de sus deseos por saber de él. Decidió ser cordial y escueta:

-OK, ahí estaré a la hora acordada. Saludos.

Geanpierre, que había salido al balcón de la habitación para relajarse con un atardecer ventoso que refrescaba sus ideas, escuchó la campanilla del mensaje de Elizabeth, confirmando el encuentro.

Esa mujer le gustaba y mucho y aunque no tenía certeza de lo que ella pudiese sentir por él, se sabía un seductor indiscutible. Su comportamiento había sido arrogante como parte del juego que acostumbraba a usar con las mujeres lindas como ella; pero esta vez quería ser diferente. Si bien tendría que finiquitar los detalles de la compra, también quería conquistarla, cautivarla e intentar, por esta vez, construir algo verdadero. Para eso, debía ser honesto con Marion y terminar esa relación, que aunque no era formal ni seria, los tenía enredados por casi un año, en un juego bajo sábanas sin compromiso y rumbo alguno.

Las palabras de Don Pietro resonaban en su cabeza:

“No todo lo que brilla es oro. Cuide lo más importante que tenga a su alrededor señor Sabadini, y eso de seguro son las personas que lo rodean y lo quieren”

Geanpierre vivía un cúmulo de procesos internos; por un lado, la importante inversión que estaba llevando a cabo aumentaría su patrimonio y el ámbito de sus negocios, y por otro, descubrir la reputación de su madre era un golpe emocional que lo entristecía. Era como ver desmoronarse una bella escultura sobre su plataforma. La prostitución era una de las profesiones más viejas del mundo y él también había sido parte de ella como asiduo cliente. Por su vida desfilaron mujeres de alta y baja tarifa, solo buscaba distracción y placer. Jamás se preguntó qué las llevaba a ello, nunca le importó, pero ahora, saber que su padre había sido un mujeriego y su madre una mujer del comercio sexual, removía su propia vida. Era como mirar su reflejo en un antiguo espejo que mostraba su existencia, y eso le hacía sentir rechazo de sí mismo. Ese rasgo paterno no lo quería emular. Lo que sentía por Elizabeth podría salvarlo de esa inclinación, y tenía un deseo profundo de re direccionar su camino.

Pero si quería partir desde cero con su nueva vida, debía enfrentarse a Marion. Ella había sido leal como pareja, empleada y le debía respeto. No fue

fácil invitarla a cenar sabiendo lo que tenía que decir. Ella con certeza aparecería feliz y dispuesta, como siempre, a compartir lo que él quisiera ofrecerle.

Geanpierre escogió el restaurante Rada. Lo conocían poco en ese lugar y nunca antes había ido con ella, lo que haría más fácil controlar la situación. La reserva era en la terraza, donde la tenue luz de la tarde teñía de dorado las pequeñas embarcaciones de pescadores. La decoración, en azul y blanco, le daba un toque griego al lugar y los faroles con velas encendidas sobre las columnas de las barandas, volvían más cálido el ambiente. Notas de piano a lo lejos se mezclaban con las suaves olas que rompían en los muros de la construcción. Geanpierre ya había pedido un gin tonic. Estaba frente a una situación nueva y debía prepararse. Nunca antes había tenido que terminar una relación, porque después de ser engañado y abandonado por su novia, todas las relaciones que sucedieron a esa, habían sido simples juegos de una o dos noches. La relación con Marion no llevaba ni títulos ni ceremonias, pero el paso del tiempo le había entregado, por derecho propio, algo de seriedad. Geanpierre estaba nervioso por la reacción que ella pudiera tener. A pesar de ser una mujer tranquila y centrada, no había vivido momentos complejos con ella, pero éste sin duda sería difícil, como difícil es para cualquier mujer escuchar a un hombre decir: “ya no te quiero”.

Siendo las ocho de la noche, Marion apareció deslumbrante. Una vaporosa falda blanca hacía juego perfecto con una ajustada blusa color celeste que traslucía sus generosos pechos. Su pelo suelto caía sobre el sugerente escote. Lo saludó con ternura acariciando su cuello y dándole un pequeño beso en los labios:

-Hola, me sorprendes con este lugar, no habíamos venido antes.

Geanpierre, sin querer que se hiciera una idea equivocada sobre su elección, se limitó a responder con amabilidad:

-Así es, no habíamos venido.

-Supongo que no es cuestión de negocios lo que nos trae aquí. Ya

revisamos todos los planos y diseños de la mansión. Seguro celebraremos el cierre de la compra y el inicio del proyecto, ¿o tienes alguna noticia que darme?.

Marion albergaba la secreta esperanza, de que después de tanto tiempo trabajando uno al lado del otro y de la relación que tenían, tal vez Geanpierre podría sentar cabeza con ella. Quizás no sería matrimonio, pero la idea de vivir juntos sería un comienzo.

-¿Qué te gustaría tomar Marion? - el frío e impersonal tono de voz de Geanpierre aniquiló su ilusión y su respuesta fue igual de distante y funcional:

-Vino blanco, bien helado por favor.

XXII

Un corte radical

A pesar del glamour reinante, el ambiente era tenso. La verdad dolía como viento polar; la cara de Marion se transformaba de una indiferencia fingida, a una pena estrangulada. Geanpierre necesitaba ser honesto, aunque fuera doloroso. Al fin y al cabo, era mejor cortar la cuerda que los ataba en una relación ilusoria y dejar que Marion tuviera la oportunidad de amar a alguien que le correspondiera. Ella lo merecía.

El fin del romance la obligó a renunciar. Sin escándalos y con la educación que caracteriza a los franceses, Marion fue radical y decidió poner término también a la relación laboral, que por más de dos años los había mantenido unidos. No le faltarían oportunidades para encontrar un nuevo trabajo; era una destacada arquitecto y Geanpierre se encargaría de recomendarla en su círculo de contactos, así repararía, en parte, el sufrimiento que le causaba.

-Marion lo lamento, nunca quise herirte y lo sabes. Siempre supiste que no era hombre de compromisos, nunca te prometí nada.

-No sigas Geanpierre, cada palabra aumenta el daño.

-Lo siento.

-Yo también – esquivó su mirada para no delatar sus ojos vidriosos y mientras contemplaba el ocaso del día que se llevaba consigo el vínculo entre ambos, tomó fuerza para terminar la frase. - Será un hasta nunca entonces, en eso me conoces bien, soy radical. Lo que se rompe, está roto para siempre. Te deseo lo mejor.

Geanpierre se levantó al mismo tiempo en que Marion se ponía de pie. La tomó del brazo con el fin de abrazarla e intentar ablandar la dura frase de adiós que acababa de lanzarle. Marion logró evitarlo dando pie atrás:

-¿Intentas suavizar el golpe con un abrazo que alivie tu conciencia Geanpierre?. Soy capaz de resistir esto y mucho más, qué poco me conoces en verdad.

-Marion...

-Suerte Geanpierre...y adiós.

Ver cómo su figura se desdibujaba a través de las tenues luces del lugar, era como visualizar la metafórica imagen del desvanecimiento irreversible del lazo que los unió. Geanpierre sintió un relativo alivio pues, a pesar de liberarse, ella era una mujer con valores que admiraba, además de una belleza infantil que había disfrutado. Se volvió a sentar y pidió uno, dos y tres whiskys hasta llevar la velada a su inconsciente más profundo. Mirando el oscuro infinito que tenía ante sus ojos, apenas iluminado por las estrellas, se sintió miserable.

Despertó en su cama con una fuerte resaca. La luz de la mañana se clavaba en sus ojos. Agradecía tener un día más para recuperarse, antes del encuentro con Elizabeth. Solo pensar en ella confirmaba su decisión de haber dejado ir a Marion. Lamentaba haberla herido, pero agradecía ser libre para conquistar a quien, por primera vez, encendía un sentimiento poderoso.

Su cuerpo se hacía muy pesado para salir de la cama. Intentando estirar su cuello, no lograba recordar cómo había llegado al hotel esa noche. El alcohol había hecho su trabajo casi por completo, sin embargo, aún tenía la imagen triste de Marion en su mente. Iba camino a la ducha, cuando escuchó la campañilla de su celular. Volvió a sentarse a orillas de la cama para leerlo:

“Anoche no fui capaz de hablar mucho e imagino entenderás las razones. Escribo para informarte que hoy mismo regreso a París y abandono en forma inmediata mis funciones en tu empresa. Agradezco la oportunidad profesional y espero me hagas llegar lo que se me adeuda.

Marion”

Su racionalidad no le llamaba la atención. Era fría y calculadora para situaciones que no requerían mucho análisis. Geanpierre no olvidaría sus compromisos contractuales, jamás faltaría a sus obligaciones como empleador. Al menos, la relación laboral la terminaría de la mejor forma posible. Le

molestaba el mensaje, pero no tenía derecho a juzgarla, más bien estaba obligado a dar por terminado el contrato en forma impecable. Pidió a su abogado que ordenara todos los documentos necesarios, e incluso solicitó que se emitiera el pago de un bono contundente para demostrar su agradecimiento por los servicios profesionales prestados.

Lamentaba que se hubiese sentido usada, pero lo tranquilizaba saber que había sido sincero. Jamás puso un título a la relación y eso le permitió violar muchas veces, el valor de la fidelidad entre ambos. Pensar en eso lo llevaba a recordar el actuar de su padre, y la similitud con él le daba náuseas. Apenas alcanzó a llegar al baño para vomitar la noche anterior: mezcla de whisky y auto decepción.

Había decidido quedarse en la habitación todo el día para descansar. Ya en la tarde, un poco más repuesto, planificó su encuentro con Elizabeth. Esta vez quería causar mejor impresión y usaría los trámites pendientes de la compra de la mansión, como pretexto para ir acercándose más a ella. La firma final se llevaría a cabo en París. Había acordado con Don Pietro reunirse en las oficinas de sus abogados en dos semanas más y allí dar por terminada la venta. Aprovecharía ese viaje para plantear a Elizabeth una idea que venía manejando hace días. Su capacidad de gestión, sus aires de gerente, que además plasmaba en una impecable labor, lo llevaban a desear hacerla parte del proyecto de transformación de la Mansión en hotel boutique. Sería la herramienta perfecta para tenerla cerca y reorientar su estrategia de conquista. Le ofrecería una jugosa remuneración y la haría partícipe de la sociedad en este nuevo negocio. Esperaba que su ambición fuese tan poderosa como para aceptar la oferta sin titubeos, y dar inicio al plan. Tenía certeza de sus capacidades, ya había sondeado de forma secreta su amplio currículum. Tendría que superar cualquier otra propuesta, por eso, convertirla en partner del proyecto era punto obligado para que aceptara.

Llegaba el día del encuentro. Elizabeth se había preparado con inteligencia militar para cada uno de los temas que abordaría con Geanpierre; la revisión del sobre con la oferta formal de compra, los detalles del protocolo de las firmas en París, los plazos para la entrega de la escritura con la cual sería el nuevo dueño, el traspaso de algunas llaves de la propiedad y el cierre definitivo del negocio con la entrega, en el salón imperial del Banco de

Francia, del millonario cheque que daría por terminada la gestión. Cada detalle estaba en su cabeza, cotejado con Sofía y los abogados de la firma. Estaba tranquila y segura de poder manejar sin inconvenientes la reunión. Tampoco se dejaría encandilar por un encuentro rodeado de un ambiente romántico y seductor como lo sería, sin duda, la sola presencia de Geanpierre, junto al atardecer, en la terraza del Hotel San Pietro. Ese posible hechizo ya lo había analizado con sensatez para evitar que embriagara su mente y la hiciera tropezar hacia sus encantos. Tampoco vestiría elegante o demasiado sexy, para evitar darle una idea equivocada de que iba en son de conquista, aunque eso la tentaba. Una parte de ella lamentaría dejar de ver sus galantes ojos verdes que, con un solo guiño, la estremecían; debía resistirse a ellos. Él la confundía; por un lado estaba segura de que sus propios encantos femeninos habían causado una atracción en él, pero al mismo tiempo, esos días de indiferencia le daban inseguridad y reafirmaban su concepto de hombre mujeriego que disfrutaba del flirteo permanente. Ese era el perfil que había elaborado sobre él en su mente. Estaba cansada de esos juegos masculinos, no seguiría perdiendo tiempo con hombres que solo buscan el placer de algunas noches sin compromisos.

Por su parte, Geanpierre, consciente de sus encantos físicos y de su personalidad cautivadora, estaba resuelto a usarlos con un propósito honesto; lograr que Elizabeth se enamorara de él, porque él ya lo estaba de ella. No dejaría nada al azar. Poco le importaban los detalles comerciales de la compra, su foco estaba puesto en generar algo de confianza en Elizabeth, volver a impregnar la relación de romance, e intentar que lo viera como un hombre serio que no buscaba jugar con ella. Esa percepción, de seguro creada en sus primeros encuentros, estaba resuelto a borrarla.

Después de una relajante ducha con la que se preparaba para el encuentro con Elizabeth, Geanpierre buscaba en el closet la ropa adecuada. Con la toalla en su cintura, que dejaba ver su musculoso cuerpo, miraba camisas y pantalones, tratando de seleccionar el vestuario ideal para la reconquista.

Escogió una sencilla camisa blanca muy bien planchada, que le ayudaba a resaltar su bronceado. Dejó sin abrochar los primeros botones exhibiendo su pecho velludo. Se puso unos pantalones de lino azul marino que resaltaban su bien formado trasero. Cinturón de cuero negro y zapatos del mismo color, completaban la tenida con la cual esperaba recuperar el interés de Elizabeth.

Se perfumó con la fragancia herbal y amaderada, que según él, nunca fallaba y mirándose al espejo con agudeza, se dio una orden: *esta vez, haz las cosas bien.*

Envió a Elizabeth un último mensaje avisando que la esperaba en la terraza. Él, bajó quince minutos antes de lo acordado para pedir al mesero el mejor y más helado champagne. A pesar del dominio que tenía en el plano de los encuentros con mujeres, éste en particular lo tenía nervioso; síntoma claro de su deseo de no cometer errores. Elizabeth generaba en él cosas que nunca nadie antes le hizo sentir. Estaba como un adolescente, con en el estómago apretado. Quería tenerla entre sus brazos disfrutando de su seductor perfume y besarla. Soñaba con un romance fogoso y al mismo tiempo real y honesto.

-Buenas noches señor Sabadini.

La voz de Elizabeth lo hizo regresar de golpe desde el sueño en el cual estaba sumergido mientras la esperaba. Con la torpeza que delataba su sobresalto, se levantó tambaleando.

-Buenas noches Elizabeth. Lo siento, ayer tuve una intensa noche, estoy algo soñoliento aún.

Elizabeth pensó que de seguro había sido una noche de parranda con Marion o alguna otra mujer de sus redes de conquistas, con las cuales celebraba el término del negocio.

-Seguro festejando la compra de la mansión ¿verdad?.

Su voz dejaba entrever una pícaro insinuación de ironía, frente a la cual Geanpierre no pudo más que sonreír mientras le acomodaba la silla para que se sentara.

-Bueno, es un gran paso el que acabamos de dar – dijo mientras tomaba la botella de champagne y le servía una copa.

-¿Acabamos de dar?, eso suena a muchas personas más.

-No sé si serán muchas personas más, pero sí espero que sea, al menos, una persona más quien se sume a este gran paso.

Geanpierre se la quedó mirando con una ceja en alto y alzó su copa invitándola a brindar.

XXIII

La propuesta

Su mirada varonil y decidida, la confundía y le gustaba sobre manera; “esos malditos ojos verdes que me cautivan”, solía decirse en tono de reproche. Era incapaz de luchar contra la atracción que ejercían sobre ella. Debía concentrarse una y otra vez por mantenerse firme e impenetrable a su influencia; le era difícil. No entendía bien a qué se refería al decir que esperaba que al menos una persona más se uniera al proyecto. Tampoco se atrevía a preguntar, no quería demostrar curiosidad. Prefirió hacerse la indiferente y aceptar el brindis sumándose a su satisfacción por el cierre del negocio.

-Pues, salud señor Sabadini. Le deseo mucho éxito. Tenemos que afinar los detalles del viaje a París para la firma de las escrituras y...

Geanpierre no la dejó terminar . Aunque su plan era esperar hasta París para hacerle la propuesta de sociedad, la belleza de Elizabeth y su deseo por retenerla, lo empujaron a concretar, en ese momento, la estrategia para mantenerla a su lado. Ya había lanzado la idea, así es que lo diría directamente. Acercándose a ella, como para hacerle una confidencia de algo importante, con voz seria y susurrante, dejó ver sus intenciones:

-Elizabeth, estoy seguro que todo el papeleo lo tienes bajo control, y en realidad es lo que menos me preocupa. Tú dirás cuándo y a qué hora partimos a París, ahora, quiero plantearte algo más importante.

-Vaya, me intriga señor Sabadini, espero que no haya surgido ningún contratiempo.

-Por favor, dime Geanpierre, solo Geanpierre.

-Tú dirás, Geanpierre.

Elizabeth contenía sus nervios con un esfuerzo silencioso. Intentaba manejar su ansiedad, pero el deseo de saber lo que tramaba, hacía latir tan fuerte su corazón, que temía fuese oído por él. Apoyó su espalda en la silla para alejarse, pero su perfume seguía alterando su razón.

-¿Entonces?, ¿de qué se trata? –se acomodó de brazos cruzados denotando indiferencia.

-Bueno, sé que eres una mujer con grandes capacidades profesionales. Lo has demostrado en estas semanas y lo sé por tu impecable currículum.

-¿Has estado investigándome? – soltó en tono molesto.

-Es algo que todos hacen antes de ofrecerle a otra persona ser parte de un buen negocio – dijo Geanpierre, haciendo girar el champán en su copa.

-¿Negocio?

-Iré directo al grano Elizabeth – Geanpierre se incorporó en la silla y habló sin más titubeos. – Quiero que seas mi socia en el proyecto Visconti.

-¿Cómo? – le espetó Elizabeth con una sonrisa incrédula.

-Lo que escuchaste. Quiero que lideres el proyecto. Convertir la mansión en hotel boutique y ponerlo en marcha tomará al menos un año o dos. Necesito a alguien como tú: aguda, inteligente, capaz. Quiero que el lugar sea perfecto y sé que tú podrás impregnar los detalles que para eso se requieran.

-Pero...

-No partas con “peros” frente a mi proposición Elizabeth. - Geanpierre no la dejaba terminar sus frases por temor a que se negara. No aceptaría un no como respuesta. – Deja que termine mi oferta. Pedirte que seas mi socia involucra una jugosa suma de dinero, eso lo tengo claro. – Geanpierre hablaba con énfasis para darle seguridad de que esto iba en serio.

-Es que... - Elizabeth no podía aceptar de lleno. La propuesta de Esteban en R&P ya tenía forma y aunque nada había firmado aún, era algo seguro. Al hombre que tenía en frente en realidad no lo conocía, le era difícil confiar en un mujeriego. Estaba confundida y sus palabras se entrecortaban. - ...bueno yo, para ser honesta, tengo otra oferta muy contundente Geanpierre, y no creo querer rechazarla.

-Pero de seguro ésta es superior Elizabeth, sé que lo es.

El sueño de vivir en Positano cobraba vida para Elizabeth con la propuesta de Geanpierre. Esa posibilidad era más poderosa que la oferta en dinero que pudiera hacerle. Hacía años que acariciaba la idea de vivir en esa

ciudad y sabía que la oferta de Esteban la recluirla en la oficina central de R&P en París. Había disfrutado por años los encantos de la ciudad de la luz, pero hace tiempo que estaba tratando de reorientar su vertiginosa vida e instalarse en un lugar más pequeño y costero. Positano se había transformado en una obsesión desde su primer viaje a ese lugar en compañía de unas amigas universitarias. El mediterráneo y esa acantilada ciudad, la tenían atrapada desde entonces en el deseo de instalarse ahí. No podía creer que pudiera estar haciéndose realidad a través de Geanpierre.

-Geanpierre, me tomas por sorpresa. No esperaba para nada esta oferta. Tampoco nos conocemos.

-Elizabeth, sé de ti lo que necesito. Sé que tienes capacidad de sobra para lo que te propongo. No quiero que me contestes ahora. Quiero que recibas esto, lo leas, lo medites y cuando sientas estar segura me respondas. Debemos ir a París a encontrarnos con Don Pietro y dar por terminada la transacción. Espero que para esos días podamos celebrar nuestra sociedad.

-Pues... – respondía Elizabeth con una sonrisa nerviosa – déjame analizar los detalles y veremos. De todas formas, agradezco tu confianza, no me lo esperaba.

-Ojalá lleguemos a un buen acuerdo para trabajar juntos en hacer realidad este proyecto.

Geanpierre alzó su copa y Elizabeth no tuvo más remedio que volver a brindar. Tal vez el sonar de los cristales auguraba un sí como respuesta.

Aunque la velada transcurría de forma agradable y el frescor de la noche enfriaba el nerviosismo de Elizabeth, todo era extraño; Geanpierre no dejaba de sorprenderla. Por primera vez dejaba los sarcasmos a un lado y se transformaba en una grata compañía. Entre sonrisas, coquetos guiños y varios brindis que empezaban a superar su capacidad de alcohol en la sangre, Elizabeth se sentía cómoda, relajada y disfrutaba plenamente de la cena. Ya no necesitaba estar alerta a sus frases de doble sentido. Geanpierre se tornaba diáfano y gentil.

El momento flotaba junto a una agradable luz de un pequeño farol al centro de la mesa que iluminaba sus caras con un destello dorado que hacía resaltar el brillo de los ojos.

-¿Qué piensas, Elizabeth? Esos ojos algo traman.

-Debo reconocer, que además de sorprenderme una vez más, ha sido una agradable cena.

-Me alegro. Pero me hará más feliz el que aceptes mi propuesta. Sé, que haremos un buen equipo, y no quiero desperdiciar la oportunidad de contar contigo.

-Lo pensaré, aunque...

-A veces las mejores cosas son las que se hacen espontáneamente, no lo pienses tanto. - Geanpierre la miraba casi sin parpadear, la contemplaba. - Confía en mí, no suelo arriesgarme en vano en estas cosas; tú eres la indicada.

Elizabeth percibió la doble intención de la última frase y se sintió algo incómoda, pero al mismo tiempo adulada. Decidió dar por terminado el encuentro antes de perder la cabeza y caer de lleno en las interpretaciones errónea de las frases. Tal vez simplemente era el alcohol en su cabeza el que quería darle un significado distinto a lo que le decía. Ese hombre simplemente la hipnotizaba y no podía caer en su campo minado. También estaba la sombra de Marion, que rondaba en su cabeza como un fantasma, acechándola para darle un buen susto, ¿qué habría entre ellos?, ¿cuál sería su intención real?. Comenzaban a aparecer esas preguntas en su mente, que enfriaban sus venas y la llevaban de regreso a la racionalidad de una relación comercial entre ambos.

-Bueno, ya es tarde. Te agradezco la exquisita cena. Mañana coordinaré nuestro viaje a París. Debo hablar con Don Pietro y te haré saber lo antes posible día y hora.

Geanpierre se desconectó de sus ojos y volvió de golpe al tema del negocio. Aunque eso era de vital importancia para él, lo era más aún la respuesta de Elizabeth a su propuesta:

-Fue un placer Elizabeth, ha sido una agradable noche. Ojalá tengamos más noches como éstas saboreando el éxito de nuestra sociedad. Espero que los próximos días se encarguen de jugar a mi favor.

-Ya veremos, por ahora debo concentrarme en terminar de hacer bien lo que vinimos a hacer – decía Elizabeth, mientras se ponía de pie. Geanpierre quiso llegar a su silla para ayudarla a levantarse, pero solo alcanzó a quedar frente a ella para decir buenas noches:

-Tienes razón y te respeto por eso. No insistiré por ahora en mi oferta. Te esperaré con paciencia; si hay algo que tengo, es paciencia para lograr las cosas que valen la pena. Buenas noches Elizabeth, que descanses.

Ella volvió a mirarlo, entre desconfiada y halagada.

-Buenas noches Geanpierre.

Geanpierre se acercó y le dio un beso en ambas mejillas. La vio caminar hacia el lobby y volvió a sentarse. Tomó un trago de whisky para volver a saborear la velada, y siguió mirando la espalda de Elizabeth. Se sentía confiado, sabía que lograría su propósito.

Mientras ella caminaba a la recepción, sentía su fuerte magnetismo, que aún sin mirarlo, casi tocaba su piel. Al llegar a la quietud de su habitación, recién pudo liberarse de su influencia, aunque el sobre con la propuesta, quemaba sus manos de la sola agitación por leerlo de inmediato. Antes de hacerlo, quería estar del todo relajada para tener sus sentidos alerta para lo que tendría que leer.

“Estimada Elizabeth:

La siguiente propuesta pretende obtener una respuesta afirmativa con el fin de que seas mi socia en el proyecto Visconti. En la siguiente página se establecen las condiciones. Espero tu respuesta.”

Algo ansiosa, dio vuelta la página.

En ella solo había un encabezado y un gran espacio en blanco a completar:

“Yo, Elizabeth Bellerose, acepto ser socia del proyecto Visconti según las siguientes condiciones:”

Al final de la hoja estaba la firma original de Geanpierre.

“Yo, Geanpierre Sabadini, acepto las condiciones antes enumeradas por la señorita Elizabeth Bellerose y la hago parte como socia del proyecto Visconti”.

Firmado

Geanpierre Sabadini.

XXIV

Desconfianza

Elizabeth enfureció. Geanpierre había llegado demasiado lejos. Era capaz de aceptar juegos de doble sentido con sus coqueteos, pero burlarse así, no lo permitiría. Con furia lanzó las hojas sobre la cama y salió al balcón para enfriar el calor que la ira de la situación le causaba. Malhumorada, respiró profundo, intentando refrescar sus pensamientos. Al bajar la mirada para contemplar el acantilado y la piscina del hotel, aún iluminada por los focos que hacían ver su agua cristalina, reparó en la presencia de Geanpierre, que seguía sentado en la misma mesa en donde habían cenado. El corazón le dio un vuelco y retrocedió para no ser vista. Sigilosamente lo siguió mirando. Estaba con el celular en las manos y escribía un mensaje. Pensó que podría ser a Marion. Sólo pensar en eso, hizo hervir su sangre. Otra vez su sombra. Y ese papel en blanco, ¿podría ser tan infantil y capaz de jugar con algo tan serio?, Elizabeth elucubraba esas preguntas mientras lo miraba escribir. Desilusionada por tener que tratar con un hombre como él, regresó a la habitación. Justo en ese momento, sonó la campanilla de su celular que estaba sobre la cama, junto a las hojas desparramadas de la propuesta.

“Elizabeth, tal vez estés sorprendida por la oferta de sociedad que te hago. Imagino que ya abriste el sobre y de seguro estarás incrédula frente a él, pero quiero que sepas que el documento en tus manos tiene total validez legal, por lo que te pido tomarlo con seriedad. Ya tiene mi firma y timbre de la oficina de abogados. Una vez que lo completes y firmes, yo deberé cumplir con lo que en él estás demandando. Confío plenamente en ti y en el éxito de nuestro proyecto”.

Quedó desconcertada. No podía contestar el mensaje en ese momento, pues no sabía qué decir y tampoco estaba preparada para hacerlo. Dejó el

teléfono en el velador y volvió a tomar las hojas que había lanzado sobre la cama. Al confirmar que su firma era manuscrita, de seguro con tinta de su más elegante pluma, y acompañada del timbre legal, confirmó la autenticidad de la oferta; no jugaba con ella, el tema iba en serio. No lograba convencerse: era como sostener un cheque en blanco y firmado, al cual sólo debía ponerle la suma de dinero que quisiera. Ese era el mensaje: a todo lo que ella pidiera, Geanpierre accedería.

Jamás se había enfrentado a algo así. Las ofertas laborales siempre iban acompañadas por el detalle de un salario, beneficios y porcentajes de participación según ventas, pero esta vez, se enfrentaba a una página en blanco donde ella debía establecer sus condiciones. Era en extremo insólito y a la vez muy tentador; un desafío a la honestidad y al buen juicio.

Llegaba la hora de correr riesgos. Ante sus ojos había una puerta abierta a cumplir parte de sus anhelos; vivir en Positano y ser dueña de un proyecto inmobiliario que le daría un contundente ingreso, ese que ella misma debía precisar. Era demasiado difícil llenar esa página. Una vez más Geanpierre había sido astuto. Qué y cuánto pedir eran preguntas complejas de responder, cuando se da rienda suelta a la ambición. Sabía que Geanpierre tenía dinero suficiente como para pagarle un suculento sueldo, pero tampoco podía aprovecharse de la situación. Ella no era así.

No sabía ni cómo reaccionar, ni qué debía hacer frente a ese papel vacío, tampoco qué palabras usar para dar una respuesta lógica. Estaba frente a un escenario por completo desconocido.

Prefirió no darle más vueltas al asunto esa noche y descansar. Tal vez un reparador sueño la ayudaría a tomar una buena decisión. Se puso su camisola de seda rosa y se dejó abrazar por el blanco y suave algodón de las sábanas. Al simple contacto con la almohada, se durmió.



El viento soplaba en sus oídos con un silbido agudo y doloroso. Intentaba

caminar con fuerza en contra del ventarrón, pero cada paso que daba era empujado por una nueva ráfaga que la hacía retroceder lo poco que avanzaba. Insistía. Nada la haría volver atrás, nada impediría llegar a esa puerta enorme y vieja que le daría refugio una vez la traspasara. Con sólo pasar al otro lado, terminaría su lucha contra esa masa invisible que la obligaba a volver sobre sus pasos para de nuevo intentar llegar a ese portalón, que apenas se movía a merced del viento.

Las hojas se levantaban del suelo con violencia estrellándose en su cara, golpeándola como bofetadas a las que tenía que esquivar. Se protegía con las manos, con el pañuelo que llevaba al cuello, pero aun así, algunas llegaban a su boca hiriéndola como alfileres. Otras se transformaban en cuervos que intentaban atacarla y que al pasar, casi rozándola, desaparecían. Aleteaba para protegerse y seguía luchando por avanzar. Al final, después de caer al suelo varias veces y de aferrarse a un árbol viejo para evitar ser empujada hacia atrás, logró alcanzar el picaporte oxidado de esa añosa puerta astillada. Pudo descansar por un momento de aquella agotadora batalla. Respiró varias veces para recuperar fuerzas, y al empujar el pesado y macizo roble, éste se desvaneció igual que los cuervos que la atacaban. Ante sus ojos apareció un pulido y brillante piso, coronado por dos escalas laterales. En ese espacio ya no rugía el viento, ya no volaban ni hojas ni cuervos que la embestían. Todo lucía perfecto: una gran lámpara colgaba del techo con cristales que brillaban con la luz del sol, el piso de madera encerado y reluciente exhibía su trabajo de marquetería; los ventanales enmarcados en largas cortinas de seda beige se mecían suaves con la brisa que entraba desde los jardines. Subió la escalera y descubrió un pasillo que parecía infinito. La intensa luz del día caía sobre los cuadros que acompañaban el largo camino a la habitación del fondo. Los ojos de los retratados la seguían con la mirada, esbozando muecas sarcásticas. Siguió avanzando sintiendo sus miradas y escuchando el sonido de sus burlonas y contenidas sonrisas. Al empujar la única puerta de aquel pasillo interminable, entró en la habitación principal. Al centro, una cama señorial de alto respaldo de la cual bajaba una delicada gasa color damasco. Las sábanas, de un albo puro, se sentían suaves de solo verlas lisas y perfectas. Cuando la puerta se abrió por completo, divisó tras ella una silueta a contraluz que se acercaba. Sin saber quién era, pudo escuchar una voz que dijo “te esperaba”. Al llegar a su lado y sin el encandilamiento de la luz, pudo ver sus ojos verdes y sentir su abrazo. Mientras la besaba con pasión, sus manos recorrían su

cuerpo y desabotonaban su vestido, rozando la suave piel de sus pechos.



Despertó sobresaltada, con el cuello sudoroso y el pulso agitado. Tenía la cara de Geanpierre fresca en su memoria y sentía sus labios en los de ella aún reales. Se sentó bruscamente en la cama buscando romper el lazo con ese sueño, mezcla de cansancio y placer. Aquel vívido beso y sus manos tocando su cuerpo lo había disfrutado, pero un impulso la despertó alterada; su subconsciente lo deseaba y rechazaba a la vez.

Comenzaba a amanecer, y su sueño se tornaba premonitorio de un dilema que debía enfrentar. Tenía que tomar una decisión: aceptar ser socia de Geanpierre y correr el riesgo de enamorarse de un hombre difícil de descifrar, o rechazarlo a él y a su irresistible oferta. Ya no era indiferente a sus encantos, él despertaba en ella un erotismo al que de seguro sucumbiría si dejaba de racionalizar cada encuentro. A la vez, sabía que si él se enamoraba de ella, la protegería con la ternura que dejaban ver sus ojos.

Era una lucha constante, igual a la que había enfrentado contra el viento de su sueño. Quería llegar a él y al mismo tiempo la fuerza de aquellas ráfagas la hacían retroceder. Si aceptaba, traspasaría la puerta, esa puerta que sin duda era la de la mansión Visconti. Allí, caería en sus brazos irremediamente. El sueño de aquella noche resumía con claridad el reto: aceptar, era aceptarlo también a él.

Caminó hacia la ventana donde un amanecer anaranjado teñía las laderas repletas de casas. El mar apenas se movía al vaivén de una leve brisa que rozaba la superficie. Contemplando aquel infinito, sin horizonte de tierra alguno, decidió contestar al mensaje que Geanpierre le había enviado aquella noche, era inútil hacerse la desentendida. Estaba obligada a enviar alguna respuesta, por corta que fuese.

Antes de hacer cualquier movimiento equivocado del cual pudiese

arrepentirse, entró a la ducha a refrescar su cabeza. Quería sacar de su cuerpo aquel sueño ardiente que la despertó con una sensación de placer y temor. El agua calmaba su pulso acelerado e intentaba borrar la sensación de haber sentido sus manos acariciándola. Mientras se secaba y buscaba la ropa adecuada para ir a la reunión acordada con Don Pietro, logró reunir la lucidez para enviarle unas pocas palabras.

-Buenos días Geanpierre. Tu oferta ha sido muy original. Como te dije, debo terminar lo que vine a hacer y considerar mi situación en R&P. Te aviso sobre viaje a París.

Su réplica dejaba en claro que no respondería nada sobre la oferta hasta terminar con su trabajo. Corta, precisa y sin atisbos ni de un sí, ni de un no. Tampoco transmitía asombro ni ansiedad y dejaba en claro que el cierre de la compra de la mansión era su prioridad.

Estaba por abrir la puerta para partir al encuentro de Don Pietro, cuando llegó un nuevo mensaje:

- Mientras espero, sé que hoy tendremos un excelente día.

-¿Tendremos?, ¿hoy? – se preguntó Elizabeth y el celular resbaló de sus manos.

XXV

Reunión con Don Pietro

Este hombre se volvía cada vez más impredecible. Sin tiempo para pensar en su mensaje, debía partir al encuentro con Don Pietro en la mansión Talone; la reunión había sido establecida en agenda días atrás para coordinar viaje a París y finiquitar la venta. Tenía un torbellino en su cabeza, pero aún le quedaba algo de cordura para no olvidar nada de lo que debía llevar. Tomó el cartapacio con los documentos y bajó al estacionamiento subterráneo donde estaba la motocicleta. Disfrutaba de esa vespa celeste que había alquilado para desplazarse sin contratiempos por las callejuelas de la ciudad.

Con todo guardado en las alforjas de cuero, partió. De cara al viento lograba distraerse de los asuntos laborales y de ideas inquietantes. El día se auguraba soleado. Apenas algunas nubes sobre las colinas que se desplazaban con suavidad gracias a la naciente brisa de la mañana. A pesar de ir montada sobre aquel vehículo, vestía una cómoda falda-pantalón de viscosa, que llegaba hasta su rodilla y se movía con gracia al viento. Sobre su cabeza, un pañuelo de seda evitaba que se desordenara su pelo y unos grandes anteojos oscuros la hacían ver a lo Jacqueline Onassis.

A velocidad prudente, volvía a enamorarse de aquella ciudad. Recordó que, de aceptar la oferta de Geanpierre, podría gozar de ella cuanto quisiera. Sus pensamientos la llevaban de regreso a la decisión que debía tomar.

Al cruzar el gran portón de la casa de Don Pietro, divisó a lo lejos el descapotable de Geanpierre. Su corazón palpitó acelerado, mezcla de emoción por volver a verlo y nerviosismo por su desconcertante presencia. Qué hacía ahí y por qué, eran las preguntas que asaltaban su mente. Una vez más, él y sus sorpresas inesperadas, pensó.

Cinco minutos antes de lo acordado, tocó a la puerta de la mansión Talone. Le abrió el sonriente mayordomo asiático, quién la invitó a seguirlo hasta la biblioteca. El acogedor lugar, dónde ya se había reunido un par de veces con el anciano, tenía sobre la mesa de centro una bandeja con tazas de porcelana floreadas y un platillo con galletas.

Mientras giraba sobre sí misma para contemplar el centenar de libros que cubrían los muros, entró Don Pietro acompañado de Geanpierre. El corazón le llegó a la boca del fuerte latido que dio al verlo. Aunque ya sabía que estaba ahí, su presencia ejercía contradictorias sensaciones de placer e incomodidad. El destino empujaba a ese hombre a aparecérselo en todas partes sin previo aviso.

Sintió que se ruborizaba e intentó disimularlo, dejando sobre una mesa lateral, los documentos que tenía en sus manos. Cuando en escasos segundos volvió a tener control de sus impulsos, se adelantó a saludarlos haciendo caso omiso de su grata pero indeseada presencia. Aparentó completa frialdad.

-Buenos días señorita Elizabeth, siempre un agrado verla.

-Buenos días Don Pietro. Para mí un placer. Agradezco su delicada hospitalidad.

-A una dama siempre debe atendérsela con delicadeza, aunque sea un encuentro de trabajo. Ya conoce al señor Sabadini, por lo que las presentaciones sobran ¿verdad?.

-Claro, nos conocemos. Buenos días señor Sabadini –extendió la mano para saludarlo y él la tomó entre las suyas en señal de afecto y protección.

-Geanpierre, solo Geanpierre. Buenos días Elizabeth, siempre un placer volver a verte – le regaló una sonrisa amable y su acostumbrado guiño.

Su corazón latía acelerado; sentir que sus manos cubrían la de ella, le erizaba la piel. Agradecía tener los brazos cubiertos con su chaqueta, para evitar delatarse. Lo miró esbozando una mueca y regresó su foco de atención al anciano.

-Por favor tomemos asiento – invitó Don Pietro.

-Don Pietro, he traído todos los documentos necesarios para su firma final. Ya están todos debidamente revisados. No sabía que estaría con nosotros el señor Sabadini, pero mejor aún, así podremos discutir cualquier duda de

manera inmediata – miró a Geanpierre de reojo esbozando falso agrado.

-Sin duda la presencia de Geanpierre nos ahorrará tiempo, él ya está al tanto de todos los detalles. Compartimos largas horas de plática hace varios días y creo que está todo claro, ¿no es así Geanpierre?

-Efectivamente, Don Pietro. Los detalles están claros – y devolvió a Elizabeth su mismo gesto irónico.

-He pedido a mis sirvientes que nos dejen a solas. Disfruto de atender invitados en reuniones más íntimas y prefiero no tener a nadie respirando a mis espaldas. ¿Una taza de té?.

Don Pietro tomó la caja seccionada donde había un amplio abanico de refinadas bolsas de hierbas aromáticas. Con gentileza le fue ofreciendo una a una:

- Aquí tiene té verde, negro, manzanilla, lavanda y tila. Le recomiendo éste último, es muy relajante y le ayudará a tener un reparador sueño por la tarde.

Elizabeth lo miró agradecida y recordando el sueño de aquella noche, aceptó su sugerencia. Colocó la infusión en su taza y cuando iba a tomar el humeante jarro de agua hervida, Geanpierre se adelantó para servirle.

-Permíteme – había despertado de su letargo contemplativo y le sirvió con cuidado. Cruzaron la mirada y ella le agradeció con una venia. Geanpierre le sonrió y aprovechó de atender también a Don Pietro y servir también el suyo.

-Por favor, sírvase – le dijo Don Pietro indicando las galletas de mantequilla inglesas azucaradas y los pequeños alfajores cubiertos de chocolate que estaban sobre la mesa.

-Muchas gracias – dijo Elizabeth tomando una de las galletas - entonces, Don Pietro, el único tema pendiente sería el viaje a París, al Banco de Francia. – Elizabeth se expresaba con total soltura a pesar de la tensión que le causaba la complicidad de Geanpierre con Don Pietro. No entendía la cercanía que había logrado con él y de alguna manera la envidiaba, pues debió ser ella, quien como asesora garante de la venta, debía tener la mayor conexión con el longevo magnate.

-Así es señorita Elizabeth, pero esta vez yo no iré. Ya estoy algo viejo para viajar por negocios, por lo que allá los esperarán mis encargados.

-Entiendo su agobio por viajar a un asunto tan doméstico. Los aviones cansan a cualquiera. Lamentaré no contar con su grata compañía, pero puede

estar tranquilo, hemos estudiado en profundidad los detalles – decía Elizabeth mientras revolvía su té.

-Lo sé, en eso confío, por eso los elegí a ustedes para esta transacción.

-Agradezco su confianza... - continuaba diciendo Elizabeth y sentía como Geanpierre volvía a su estado de aturdimiento. Relajado en el sitial de caoba y felpa, apoyaba su codo en el brazo de la silla, y su mentón sobre su mano derecha. En esa actitud disfrutaba de no tener que decir nada, mientras, recorría con la mirada el sugerente escote de la blusa de Elizabeth. Continuaba su viaje a sus piernas entrecruzadas, que terminaban en unos sensuales y delicados pies con sandalias romanas. Disfrutaba de su belleza e inteligencia. Proyectaba aquella escena en futuras tertulias que tendrían, si lograba que fuera su socia - ...y la tuya Geanpierre – dijo Elizabeth con voz fuerte y mirándolo con agudeza para romper el estado de hibernación en que se encontraba. Con una ceja en alto, esperaba su respuesta. Su actitud lo obligó a despabilarse. Se acomodó en la silla y respondió con gesto sarcástico:

-No agradezcas mi confianza Elizabeth, se dio por hecho gracias a tu manejo profesional del asunto.

-Cierto señor Sabadini – interrumpió Don Pietro enfático, reforzando lo dicho – usted ha hecho muy bien su trabajo señorita Elizabeth, por lo que me quedo tranquilo sabiendo que lidera esta misión.

-Entonces, sólo queda definir la fecha del viaje para dar por terminada la venta, señor Sabadini.

-Geanpierre, sólo Geanpierre. Bien, cuando dispongas. Mi avión privado puede llevarnos cuando tú digas. Incluso podemos ir por el día si lo prefieres. Es un viaje corto. Coordinamos los trámites para la mañana, almorzar allá y regresamos.

-Me parece ideal regresar dentro del día. Con eso damos por cerrada la transacción, ya que debo regresar a París lo antes posible.

Geanpierre la miró con gesto de sorpresa y antes de que pudiera hacer la pregunta, Don Pietro se le adelantó:

-Pero cómo, ¿regresará a París?. Supe que el señor Sabadini le ha hecho una buena oferta de negocio. Yo que usted lo pensaría bien. No todos los días se tienen oportunidades así señorita Elizabeth.

Sorprendida y algo molesta de que el anciano estuviera al tanto de la

oferta, esbozó una forzada mueca de indiferencia y no respondió cosa alguna. Tomó los papeles que Don Pietro debía firmar y se acercó a él con la pluma en la mano.

-Bueno, ya veremos qué depara el futuro. Necesito su firma aquí y aquí; es el último papel que deben formalizar las partes.

Una vez firmado por Don Pietro, se acercó a Geanpierre, y con cierto desdén le extendió su mano con la pluma para que firmara. Se le quedó mirando con aire incómoda, mientras él, fijaba sus ojos en ella:

-¿Dónde firmo? – preguntó fingiendo ignorancia para mantenerla cerca.

-Aquí – y le indicó con el dedo para evitar más de sus jugarretas. Esperó a que terminara y guardó el documento. – Gracias. Estamos listos. Solo debemos acordar día del viaje.

-Perfecto. Más que un té, deberíamos brindar con champaña, pero me temo que es muy temprano para ello. Tal vez a vuestro regreso podríamos almorzar y celebrar el cierre de este negocio y el comienzo del de ustedes – dijo Don Pietro con picardía.

-Me encantaría celebrar doblemente y seré yo quien invite – dijo Geanpierre reforzando la idea.

Elizabeth no quiso mirar a Geanpierre, pues sabía que de hacerlo se encontraría con una mirada anhelante de un sí como respuesta y de su tradicional y seductor guiño, que cada vez le gustaba más. Para no ser descortés, levantó su taza de té y le dio un sorbo en señal de brindis.-Bueno, hecho lo que venía a hacer, y siendo tu presencia bienvenida en este encuentro Geanpierre, debo abandonarles; tengo otro compromiso – se puso de pie. - Respecto del viaje a Paris, el miércoles sería ideal, así damos tiempo al resto de los involucrados para organizarse, ¿están de acuerdo?.

-De acuerdo – dijeron al unísono Don Pietro y Geanpierre, al tiempo que se paraban.

Ella tomó el cartapacio que estaba sobre la mesa y se despidió.

-Ha sido un placer verlos. Seguimos en contacto. Don Pietro, que tenga un excelente día – le estrechó la mano haciendo una pequeña venia.

-Geanpierre, nos contactamos para afinar detalles del viaje – y extendió su

mano. Geanpierre volvió a tomarla entre las suyas acariciándola.

-Te avisaré más tarde a qué hora tomaremos el vuelo a Paris. Nos vamos juntos al aeropuerto.

-Gracias, espero tus novedades. – Soltó su mano y una vez más sintió como su piel reaccionaba al solo tacto de la suya.

Llamado por Don Pietro, apareció el sonriente mayordomo de ojos rasgados para acompañarla hasta la puerta.

Había sido una mañana tensa. Tener que fingir falsa impavidez la agotó, y descubrir que el anciano sabía de la propuesta, le causó recelo. La cercanía entre ambos le llamaba la atención. Se preguntó si Don Pietro ya sabía que era su sobrino; si Geanpierre habría tenido el coraje de confesarle quién era. Tal vez eso les hacía verse tan cercanos. Tampoco podría despejar esa duda haciendo preguntas; no estaba en sus manos inmiscuirse en esa relación, ni en su pasado.

Estaba por subir a la motocicleta cuando escuchó su nombre. Al voltear, vio que Geanpierre se acercaba sonriéndole:

-Olvidaste esto. Estuve tentado a quedármelo, así podría verte antes de lo planeado – le dijo mientras le entregaba el pañuelo de seda.

-Gracias, qué descuido – contestó indiferente al recibirlo.

-No te preocupes, yo te cuido – le dijo con su verde y penetrante mirada al mismo tiempo que la besaba en la mejilla para despedirse.

XXVI

Consejos de Sofía

Esa tarde en la oficina, habló con Sofía sobre la inesperada e incómoda presencia de Geanpierre en casa de Don Pietro. Que estuviera allí había facilitado la obtención de su firma, pero había frustrado la posibilidad de estar a solas con aquel anciano gentil, y saber su parecer respecto de la oferta de Geanpierre. Para su sorpresa, él ya estaba al tanto y la alentaba a aceptar. Elizabeth pretendía pedir su consejo y lograr algo más de información sobre ese hombre que seguía volviéndose un desconcierto permanente. Siempre sucedía algo nuevo que desequilibraba el escaso perfil de personalidad que había logrado formar sobre él. Ahora tendría que seguir descifrando por sí misma a ese hombre. Sus intenciones seguían algo confusas. Le costaba confiar. Sus miradas burlonas, sus indirectas y su constante coqueteo, la hacían sentir insegura. Le era difícil pensar en trabajar a su lado. Por otra parte, tenía grabada en su cabeza la imagen de ese papel en blanco ya firmado, esperando que definiera sus propias condiciones para aceptar su oferta.

-Elizabeth, es una oportunidad maravillosa. Siempre has dicho que sería un sueño vivir aquí y si eso viene de la mano de un negocio increíble, qué te puedo decir; te envidio – decía Sofía con ímpetus.

-Sí, pero lo conozco tan poco Sofía, me cuesta saber a qué atenerme con él. Y también está la oferta de Esteban. Haber completado la venta de la mansión me asegura ser socia de R&P. - Por un segundo se instaló en su mente la imagen de Esteban, cariñoso, preocupado y galante por años.

-¿Y eso quieres?, ¿vivir en París?

-Estoy confundida, realmente confundida.

-*Cara mia*, concédete unos días de reflexión. Viaja a París a cerrar el negocio y lánzate a la aventura – reía Sofía al aconsejarla – eres joven, sin compromiso de familia e hijos y puedes correr ese riesgo. ¿Qué puedes perder?.

-No se trata de perder Sofía, se trata de que además este hombre me..

-Te gusta, ya lo sé. Lo veo en tú mirada. Y qué más da Elizabeth. Estoy segura que tú también le gustas a él.

-Pero he esperado años para ser socia de Esteban y él es un hombre que cumple sus promesas.

-Y tú ¿qué quieres?. Te vuelvo a preguntar, ¿te quedarías en París teniendo la posibilidad de hacer realidad tu sueño de vivir en Positano?. Deja de racionalizar demasiado las cosas Elizabeth, y por una vez en tu vida arriégate.

Ecos de esa palabra sonaron en su cabeza; “arriégate, arriégate”. Sabía que después de París tendría que decidir. Ese viaje la obligaba a dar una respuesta. Tendría que sincerarse con Esteban y responder a Geanpierre.

-¿Qué harías en mi lugar Sofía? – volvía a preguntar buscando reafirmación.

-¿Yo?, *ma che cosa*, saltaría feliz a ese abismo repleto de sorpresas. Algo me dice que será una aventura envidiable.

Elizabeth reía por lo histriónica de sus respuestas, que eran acompañadas de aleteos de brazos, como emulando un clavado al mar desde la muralla de *Polignano a Mare* y cantando la famosa canción de Domenico Modugno “Volare”,.

-Vola, mia cara, vola.

La distrajo el sonido del teléfono con un mensaje de Geanpierre:

-Hola Elizabeth. Salimos el miércoles a las 7:30hrs., llegando a París a las 9:45hrs. En el Banco de Francia estarán esperándonos los abogados de Don Pietro. El regreso está programado para las 17:45hrs. Quedo atento a tu respuesta.

Volvió a su mente el recuerdo de Marion. No comprendía muy bien por qué, pero el modo plural de su información la hizo sentir que no estarían solos. Tal vez llegaba el momento de verlos juntos una vez más. Recordó que

ella trabajaba en los planos del proyecto y que, de formar parte del negocio, tendría que lidiar con su presencia. Aún no lograba descifrar la relación entre ambos, pero tendría que enfrentarlo.

Le respondió con un simple “perfecto”. Su mensaje apenas terminaba de salir, cuando entraba la llamada de Geanpierre.

-Hola Elizabeth, prefiero escuchar tu voz – de nuevo su tono cautivador.

-Hola Geanpierre, dime – contestó fría y formal.

-Sólo quería asegurarme que hubieras recibido el mensaje, ya que debo confirmar con el piloto.

-¿Con quién?...ah, sí, el piloto, por supuesto, no hay problema. Para mí está bien – contestaba en tono formal.

Sofía miraba atenta su cara. Ya había detectado que se trataba de Geanpierre y le hacía morisquetas para hacerla sonreír. Elizabeth la miraba, haciendo cruzar su dedo índice de un lado al otro de su cuello; la distracción le impedía concentrarse.

-A las 6:45hrs. estaré en recepción – contestaba Elizabeth.

-Nos vemos el miércoles entonces, será un interesante vuelo – respondía él.

-Nos vemos, gracias por la coordinación – sólo se limitaba a contestar sobre los asuntos del viaje haciendo caso omiso de sus recurrentes sarcasmos. Ya estaba acostumbrándose a ellos y sabía, que de reaccionar a cualquiera, quedaría atrapada en sus habituales maniobras de doble sentido.

-Hasta entonces, Elizabeth

-Adiós, Geanpierre.

Sonriendo y con ojos saltones miró a Sofía:

-Pero mujer, ¿qué pretendes?, casi no puedo contener la risa.

-Esa era la idea, que hablaras sonriendo. ¿Cuál es el problema de ser algo más gentil con ese hombre?. Recuerda que su vida tampoco fue fácil.

-Lo sé, pero tú no has estado con él y no sabes cómo abusa del sarcasmo. Debo estar atenta a no caer en esa red.

-*Cara mia*, un poco de humor en la vida no le hace mal a nadie. Empieza a dejar tu pelo al viento – y pasando a su lado, para ir por un café, le desordenó

la cabeza.

Era otro de los tantos consejos que le daba Sofía, siempre revestidos de optimismo. Admiraba esa parte de su personalidad y habría deseado tener un poco más de ese ingrediente en su ADN, pero su ascendencia francesa inclinaba la balanza hacía una forma de ser más racional.

Ordenó su cabello y regresó al trabajo. Debía informar a Esteban de la reunión del miércoles; él era uno de los involucrados. La felicidad de haber logrado la venta, se volvía una difusa encrucijada. Mientras escribía el mail con los detalles, se mezclaban en su cabeza sus propias interrogantes: aceptar la oferta de Geanpierre o aceptar la oferta de Esteban; riesgo o seguridad. Era un péndulo que iba entre esos dos extremos.

Tendría todo el martes para pensar, y tal vez por primera vez en su vida, haría caso a las palabras de Sofía; dejaría su pelo al viento.

Al día siguiente decidió ir a Capri. Necesitaba relajarse antes del viaje a París y había decidido recorrer la isla con calma. El ferry tomaba media hora en llegar y el clima era perfecto para disfrutar de la playa y el océano. El mediterráneo estaba tranquilo y reflejaba el intenso azul del cielo. Disfrutó de la travesía sentada en popa, donde observaba al medio centenar de turistas que parloteaban y se tomaban fotos. Le gustaba ese espectáculo multicultural que la hacía inventar historias sobre sus vidas; enamorados en viaje de placer, chinos deslumbrados con una geografía desordenada que capturaban en innumerables tomas fotográficas, musulmanes perplejos con los cuerpos expuestos de mujeres en sus bikinis y rusos enrojecidos por falta de bloqueador solar. El acento de cada uno le ayudaba a identificar sus orígenes y formaba parte de su entretención mientras se acercaba a aquella masa de tierra que parecía flotar en medio del mar Tirreno. Al llegar a Marina Grande, decidió dar una vuelta rápida por las tiendas para después ir a la playa. El escarpado paisaje de Capri tenía gran similitud con Positano y por momentos la hacía sentir como si no se hubiera trasladado de lugar. Solo las altas formaciones rocosas y sus pronunciadas cuevas, que se lograban ver desde la orilla, le recordaban dónde estaba.

Después de dar una vuelta superficial, por negocios repletos de artesanías y souvenirs, alquiló una sombrilla, se instaló en una reposera y se dispuso a disfrutar. Con suficiente protección solar, se tendió en la silla y se puso los audífonos conectados al celular, donde tenía una selección de su música favorita. Cerró los ojos bajo sus lentes oscuros que le permitían disminuir la fuerte luz del mediodía, y se dejó llevar por los acordes de Jean-Michel Jarre. El descanso adormecía sus sentidos y el bullicio y melodía comenzaban a alejarse para caer en su inconsciente. Sumida en aquel pozo de silencio, sólo sentía el calor de las piedras en la planta de sus pies y la brisa tibia que calentaba su cuerpo.

-Elizabeth...Elizabeth – insistió una voz.

Escuchar su nombre la hizo retomar la música y el parloteo de la gente. Le pareció que había dormido mucho, pero apenas habían pasado veinte minutos desde que miró por última vez la hora en su reloj. Al abrir los ojos, algo exaltada por regresar de forma abrupta a la vida desde aquel abismo de un dormitar pasajero, quedó atónita. No podía creer tener en frente a Geanpierre. Había cruzado a esa isla precisamente para eliminar la posibilidad de topárselo, y ahí estaba, parado a su lado, de traje de baño azul y camisa de lino blanca. Se incorporó en la silla, se sacó los audífonos, los lentes y sin más remedio se levantó a saludarlo.

-No puedo creer esta coincidencia Geanpierre. ¿Qué haces por aquí?

-Al parecer, lo mismo que tú, buscando distracción. Al fin y al cabo, este lugar no está tan lejos de Positano y es visita obligada, ¿no te parece? – se había sacado los lentes y dejaba ver sus seductores ojos verdes.

-Definitivamente es visita obligada. Esta isla es maravillosa.

Elizabeth contestaba terminando de despabilarse y tratando de ser coherente. Se amarró el pareo calipso a la cintura y dejó al descubierto un torso generoso y bien formado. Geanpierre la recorrió con la mirada y volvió a ponerse las gafas oscuras para ocultar el descarado análisis que hacía de su cuerpo. A ella pareció gustarle aquel examen y también cubrió sus ojos para hacer lo propio.

-Y entre toda esta gente, ¿cómo me reconociste?

-No conozco a nadie con ese bello rostro – suavemente tomó su mentón y

la miró a los ojos por eternos segundos.

Elizabeth giró despacio su cara con una leve sonrisa intentando alejarse de aquella caricia que comenzaba a abandonar su mejilla. No pudo articular palabra y agradeció esconder su mirada tras sus anteojos de sol.

-Vine de paseo con unos amigos en mi yate. Almorzaremos aquí y regresaremos más tarde a Positano. Sería un placer que te nos unieras.

-Te lo agradezco, pero venía con intenciones de estar a solas.

-Una mujer como tu jamás debería estar sola.

-Gracias, pero en verdad quiero descansar. Mañana tendremos un día intenso.

-Espero que así sea; intenso. – de nuevo jugaba con el doble sentido de las palabras usando su pícaro guiño. – No quiero importunar, pero no dejaré que vuelvas sola. Nos juntamos en el puerto a las cinco de la tarde. No aceptaré un no como respuesta.

Tomó su mano, la besó y se fue dejándola con la palabra en la boca.

XXVII

El Yate

Geanpierre estaba en el muelle conversando con el capitán, cuando Elizabeth llegó a la hora acordada. El crucero era magnífico. Una embarcación a motor de más de doscientos pies.

-Bueno, aquí estoy – dijo al llegar. - Si no venía, seguro habrías llamado a la guardia costera para ir por mí – dijo burlándose de su imposición de regresar con él a Positano.

-A la guardia costera, la marina y a toda la infantería si hubiese sido necesario. No me habría perdonado dejarte a merced de un ferry – se acercó para besarla en ambas mejillas.

-Llegué en ferry y volvería en ferry. Agradezco tu aventón, pero sé cuidarme sola, ya soy grande – respondió sarcástica.

-Grande en belleza Elizabeth, y eso, hay que cuidarlo. Te presento al capitán de nuestro crucero, Vitto Capraro; Vitto, la señorita Elizabeth Bellerose.

La presencia del capitán le impidió contestar su adulator comentario. Ya estaba acostumbrada a ellos y se esforzaba por ser indiferente. Una vez cerrados los trámites en París, lo enfrentaría. Su cortejo y oferta la abrumaban y quería dar por terminado de una vez, el constante jugueteo.

-Mucho gusto capitán. Imponente embarcación tenemos aquí.

-A su servicio señorita – y la invitó a subir por la pasarela.

Geanpierre la siguió, disfrutando de su espalda desnuda. Al llegar a la cubierta, los esperaba un mayordomo de corbatín negro, con dos copas de espumante bien helada sobre una bandeja.

-¿Gustas Elizabeth? – ofreció Geanpierre.

-No gracias – respondió con educación y burlona sonrisa. No tomaría ni un gramo de alcohol que pudiera ponerla en peligro.

Geanpierre tomó la suya y le hizo una seña con el brazo para seguir avanzando.

El living de popa al aire libre, con sillones de madera relucientes y tapizados en cuero blanco, prometían un cómodo viaje. El jacuzzi, junto a la terraza, burbujeaba al ritmo de los chorros del hidromasaje encendido, tentando a una zambullida. La intención era demasiado evidente, y mientras pensaba en ello, Geanpierre se acercó a apagarlo.

-Disculpa, había dado instrucciones de preparar el jacuzzi para mis amigos, a no ser que... - dijo invitándola a usarlo.

-¿Y dónde están tus amigos? – preguntó con tono de sospecha e indiferente a su invitación.

-Decidieron quedarse en Capri dos días más. Yo debo regresar, pues tengo un compromiso ineludible mañana – dijo mirándola con malicia.

-Por supuesto, el deber se impone – respondió sin hacer caso a sus palabras. La ausencia de sus amigos de seguro era otro de sus trucos, pensó.

-Ponte cómoda Elizabeth. Podemos disfrutar de los próximos cuarenta y cinco minutos a bordo, aunque podría ser un poco más, me gusta navegar lento para disfrutar el paisaje. Éste no es un ferry, ya sabes.

-Pues, te agradezco el tour.

-¿Quieres refrescarte o cambiarte de ropa? Puedo facilitar lo que necesites.

-Estoy muy cómoda así, gracias – contestó decidida a no entrar en ningún camarote. No accedería a insinuaciones de transformar el trayecto en algo más que solo eso: un viaje de regreso a Positano.

-Okey, como gustes. Vuelvo en seguida – y se fue dando un gran sorbo a su copa de champagne.

A solas y aliviada por su ausencia, observó con detención las maniobras de zarpe. El movimiento era suave como una imagen en cámara lenta. Tomaba a lo menos unos diez minutos estar fuera de la bahía, desde donde se lograba una vista panorámica del lugar. A esa distancia aparecía imponente la silueta del monte Solaro, la mayor elevación de la isla.

-Desde aquí se ve toda su belleza – la sorprendió Geanpierre.

-No cabe duda, es una isla hermosa – respondió y volteó a mirarlo. Disfrutó su presencia envuelta en un perfume herbal. Su pelo mojado y desordenado combinaban a la perfección con su atuendo; camisa beige abotonada a medias que dejaba ver parte su pecho y un deslavado jeans azul marino que terminaba en sus pies descalzos exhibiendo una bien alineada formación de dedos.

-Disculpa la demora, pero necesitaba una ducha. El tour con mis amigos me dejó exhausto.

-No te preocupes, estás en tu casa, ...bueno en tu yate - dijo con una irónica sonrisa. Regresó la mirada al paisaje y elevó los ojos al cielo implorando ayuda divina para no sucumbir a su seductora presencia.

Geanpierre caminó hasta ella y se sentó lo suficientemente cerca como para poder disfrutar de tan solo mirar su piel. El recuerdo de la suavidad de sus manos, era la antesala de lo sedoso de su cuerpo.

-Y bien, ¿estás cómoda? – le preguntó intentando atraer su mirada.

-Muy cómoda. Quién no lo estaría rodeado de semejante lujo. – Elizabeth sacó de su bolso un delgado suéter blanco para cubrir su espalda y brazos. El día comenzaba a terminar y refrescaba.

-El lujo sin compañía puede ser muy incómodo.

-Entonces aprovechemos el lujo y la compañía, ¿te parece?

-Claro -dijo Geanpierre sorprendido con la respuesta de Elizabeth - se me ocurren algunas ideas.

-A mí también.

-A ver, empecemos con las tuyas – Geanpierre sabía que de ninguna manera la travesía incluiría sexo. Pensó que jamás accedería a eso teniendo asuntos pendientes.

Justo antes de la mampara de cristal, que daba acceso al living interno, había un pequeño bar. Elizabeth se levantó para ir por un vaso de refresco que aliviara la tensión que comenzaba a sentir. En el interior se dibujaba una gran mesa de vidrio rodeada de amplios sillones de felpa azul. La decoración era moderna, con espejos que ampliaban el ya enorme espacio. El interior del yate enfrió su mente y regresó dispuesta a sonsacar todo lo que pudiera durante el tiempo que les tomara llegar a destino.

-Hablemos sobre ti; de tu infancia, tus padres, tus estudios; de cómo llegaste a ser quien eres – cual artillería, Elizabeth lanzó todas las preguntas posibles, esperando que le fuese difícil esquivarlas todas.

-Vaya, son demasiadas preguntas para un viaje tan corto – dijo Geanpierre asombrado.

-Pues empezamos hoy, y continuamos mañana.

-Muy astuta.

-¿Entonces?

-Es una larga historia.

Geanpierre apoyó su espalda en el respaldo del cómodo sillón y desvió por un instante la mirada hacia el paisaje.

-Toda historia, por larga que sea, tiene un comienzo – insistía Elizabeth.

-A veces hay comienzos que es mejor olvidar – respondió de manera inconsciente a la frase de Elizabeth. Sus preguntas lo llevaban de regreso a su pasado, mientras la nostalgia se hacía sentir junto a las primeras nubes enrojecidas de la tarde.

Intrigada por su respuesta Elizabeth arremetió - Nadie olvida su niñez Geanpierre, así es que soy todo oídos.

-Y toda agudeza – dijo conectándose de nuevo con ella - ¿Por qué mejor no hablamos de mi propuesta?.

-Porque hay cosas que finiquitar. Negocios primero.

-*Touché*

-No me evadas. Hablemos de ti. Tú ya sabes de mí, más de lo que tal vez yo misma sé. Tus indagaciones seguro te dieron toda la información que querías.

-Aún tengo algunas interrogantes – y la miró como acechando a una presa.

-Pero antes de despejar las tuyas, equilibremos las dudas. Yo tengo muchas más sobre ti, que tú sobre mí.

-Está bien, lo justo, es justo; pregunta – y muy relajado se dispuso a comenzar con el interrogatorio.

Elizabeth, sentada frente a él, dio inicio a las preguntas con las cuales pretendía corroborar todo lo que sabía de él hasta ahora.

- Bien. Dónde naciste.
- En Provins Francia.
- Tus padres ¿viven? – Elizabeth sabía que ambos habían muerto, pero era la forma de llegar a ellos.
- No, ambos fallecieron hace años.
- Los míos también partieron hace ya algunos años – dijo tratando de ser empática -¿Y cómo se llamaban?.
- Juliette y Carlo.
- ¿Y sus apellidos?
- Juliette Renard y Carlo Sabadini
- ¿Ambos italianos?.
- Mi madre era francesa –contestaba Geanpierre con veracidad a cada una de sus preguntas, lo que le iba dando confianza y seguridad a Elizabeth. Tal vez sí podría arriesgarse con él, pensaba. Y continuó.
- Qué profesión tenía tu padre.
- Terrateniente y heredero de una gran fortuna.
- ¿Y tu madre?
- Modista –Geanpierre omitió su reputación y Elizabeth tuvo que intentar empujarlo de forma indirecta a ser franco.
- ¿Siempre viviste en Provins?
- Siempre.
- De ahí tu manejo del idioma.
- Así es.
- Pero tu padre era italiano, ¿Por qué Provins?, es un pueblo muy pequeño para un terrateniente acaudalado – preguntó Elizabeth, a sabiendas que Don Carlo era su padrastro y en busca de la verdadera respuesta.
- Perdón Señor Sabadini, pero el capitán lo requiere en el puente de mando – interrumpió el contraamaestre.

Haciendo un gesto de disculpa, se levantó. Sintió alivio de no tener que responder a su última pregunta y tener tiempo suficiente para improvisar alguna réplica creíble. Era muy pronto para hacer confidencias sobre su madre; una prostituta que huyó de Italia en busca de refugio para ella y un hijo bastardo. Tal vez algún día podría confesarle su origen. No podía negar que le daba algo de pudor.

Para cuando regresó, Elizabeth se veía entumecida, así es que llamó a la

mucama de la tripulación para que la acompañara a buscar ropa de abrigo.

-No te molestes – dijo ella tratando de evitar tener que ir al interior del crucero.

-Me molesta verte pasar frío. Gina, por favor acompaña a la señorita a buscar algo para abrigarse.

Geanpierre evitó ir con ella por no incomodarla y menos hacerla pensar que aprovecharía el momento para seducirla. Esa conquista la manejaría con mucho cuidado.

-Está bien, gracias – Elizabeth aceptó su preocupación y siguió a Gina.

La opulencia de la embarcación se dejaba ver en cada detalle; el pasillo, que antecedió a las habitaciones, tenía una esponjosa alfombra que invitaba a andar descalza de sólo sentir cómo sus pies se hundían al caminar. El dormitorio contaba con una cama circular rodeada de un escalón, también alfombrado, que ayudaba a subirse en ella. La cubría un immaculado plumón gris marengo coronado por una sábana blanca doblada a la perfección. Sobre ella, dos almohadas atiborradas de plumas de ganso.

Gina abrió una de las hojas del closet con puertas de espejo y su interior se iluminó de forma automática. Elizabeth pudo ver abundante ropa de mujer que colgaba en perfecto orden de sus percheros; prendas elegantes, deportivas e informales que de seguro cubrieron las necesidades de todas sus habituales invitadas, pensó. Su primer instinto fue rechazar el uso de alguna de ellas, pero con eso evidenciaría los celos que le provocaba ese armario. Decidió elegir lo más simple; un corta vientos deportivo. Eso y su suéter, sería suficiente.

Regresó a popa y escuchó a Geanpierre que hablaba por celular. Estaba de espaldas y contemplando la maniobra de fondeo.

-Estoy decidido. Sí claro, no tengo dudas, ella es la indicada.

Se giró y vio que estaba ahí.

XXVIII

La indicada

A pesar de que las condiciones de navegación eran óptimas, la travesía había tardado más de lo habitual. Nunca sabría si fue intencionado, como tampoco quién era la indicada y para qué. Eso fue lo último que le escuchó decir.

Al volver al living de popa, él se despidió de inmediato de quien estaba al otro lado de la línea, y actuando con completa normalidad, le informó que habían llegado.

-Bueno, a salvo de regreso. Te queda muy bien esa chaqueta – dijo adulator.

-Gracias, te la devuelvo mañana.

-No hay prisa.

-Entonces, a las 6:45hrs. en la recepción del hotel – dijo ella en forma impositiva.

-Exacto, a esa hora comienza la última etapa de este negocio y espero que el inicio del nuestro.

-Gracias de nuevo por traerme, nos vemos mañana – respondió haciendo caso omiso a otro de sus ya habituales comentarios y caminando rápido al punto de desembarque.

-¿Tienes cómo irte al hotel? - dijo Geanpierre mientras caminaba tras ella siguiendo su paso acelerado.

-Sí, no te preocupes – y descendió rápido la rampla a tierra firme.

-Hasta mañana, que descansas – le dijo casi gritando debido a lo lejos que ya se encontraba.

Elizabeth tomó la motocicleta estacionada en el puerto y se marchó

esperando no saber más de él hasta el día siguiente. Haber escuchado su conversación la había alterado hasta el punto de la descortesía. No pudo evitar que se le revolviere el estómago de solo pensar que la indicada pudiese ser Marion. Necesitaba con urgencia despejar esa maldita duda que la acechaba con insistencia.

A pesar del impasse, logró una reparadora noche. Había puesto el despertador a las cinco treinta de la mañana para levantarse con calma y enfrentar el día pausadamente. Quería estar en todos sus cabales para enfrentar dos horas de vuelo, que tal vez serían en compañía de aquella mujer. Se arregló de manera sencilla y formal; pantalón de tela azul y chaqueta del mismo color, blusa blanca y un pañuelo rojo de seda al cuello. En su maletín llevaba todo lo necesario y a las 6:45hrs. en punto llegó a la recepción. Geanpierre ya la esperaba.

-Buenos día Elizabeth.

-Qué tal Geanpierre.

-¿Dormiste bien? – y se acercó a besarla en ambas mejillas.

-Perfectamente, gracias. Aquí está la chaqueta, gracias de nuevo – sonaba fría y nerviosa a pesar de sus esfuerzos por haber madrugado con el propósito de tener control y lucidez en sus acciones.

Geanpierre le entregó la chaqueta a Charles para que la guardara en la cajuela y le abrió la puerta a Elizabeth

-¿Nos vamos?

-Si claro, estoy lista.

Subieron al mercedes con rumbo al aeropuerto de Salerno. Durante el trayecto, Geanpierre fue gentil como siempre, pero ella no podía dejar de pensar en otra cosa que no fuera en las personas que estarían en la pista del aeropuerto esperándolos. Contuvo su nerviosismo con gran trabajo hasta llegar al avión. Sólo ahí despejaría sus dudas.

Al llegar, Geanpierre se despidió de Charles dándole instrucciones de que los recogiera en el mismo punto al atardecer.

El avión tenía su escalinata desplegada y lista para abordar. Nadie más había hasta ese punto, y sólo una vez que abordó el avión pudo despejar esa duda clavada en su cabeza:

-¿Nadie más irá con nosotros? – preguntó Elizabeth mirando a su alrededor
-Nadie.

-Pensé que Marion podría unírseos en este viaje. ¿No estaba ella trabajando en el desarrollo del proyecto?

-Marion ya no trabaja con nosotros. Renunció hace algunos días.

El sobresalto que invadió a Elizabeth hizo que cayeran algunas hojas del cartapacio que llevaba en sus manos.

-¿Estás bien? – preguntó Geanpierre, mientras le ayudaba a recoger los papeles.

-Creo que tropecé con algo. Perdona mi torpeza.

Elizabeth se disculpó como pudo de lo que en realidad había sido su reacción al enterarse de que Marion ya no trabajaba con él. Estaba feliz de poder eliminar su fantasma. Aunque le pareció extraño. La curiosidad por saber la razón volvió a ahogarla. No se atrevió a hacer preguntas pues tampoco le competía hacerlo. Apenas la había visto una vez, sin embargo sabía que habían tenido algo que ver por la información que Sofía le había dado tiempo atrás. La duda se instaló de nuevo; tal vez ya no tendrían una relación laboral, pero quizás la relación amorosa no había terminado.

El jet privado tenía capacidad para doce personas, pero solo estaban ellos y la tripulación: piloto, copiloto y sobrecargo. Se acomodaron en sus respectivos asientos, uno frente al otro separados por una pequeña mesa. Una vez alcanzados los once mil pies, les sirvieron un desayuno con pequeñas tostadas, mantequilla, mermelada y café, cuyo agradable aroma inundaba la cabina. Para romper el silencio reinante, Elizabeth decidió retomar el hilo de la última frase dicha en tierra.

-Así es que Marion no trabaja más contigo – dijo Elizabeth mientras se acomodaba en el avión y soltaba de su cuello el pañuelo de seda.

-Así es – respondió Geanpierre mientras revisaba su celular.

-Y puedo preguntar por qué.

-Debido a otros intereses. Decidió retomar un proyecto personal – Geanpierre omitía el hecho de que había terminado esa relación. Tampoco tenía por qué decírselo, al fin y al cabo ella no estaba enterada. Al recordar aquella noche en la que rompió con ella, se sintió incómodo, pero al volver la vista a Elizabeth supo que había tomado una buena decisión. La mujer que tenía frente a sus ojos, remecía de manera fulminante sus sentimientos.

Una vez ordenados los aspectos laborales que los esperaban en París, dejó su teléfono y se prestó a aprovechar la hora de vuelo. Tenerla prisionera en ese espacio, era un privilegio que disfrutaría. Los mismos pensamientos pasaban por la cabeza de Elizabeth; usaría el momento para profundizar más en su vida y tal vez visualizar que era lo que en verdad pretendía.

-Ayer fuiste rescatado de responder la última pregunta que te hice – dijo Elizabeth en tono más ameno.

-Pues aquí estoy, atrapado y disponible solo para ti. No tengo escapatoria esta vez.

-Así parece – respondió mirando por la ventana la altura que ya habían tomado.

-Pues dispara, aquí es imposible esquivar tu fuego – replicó Geanpierre coqueteando como siempre.

Elizabeth, arreglando el cuello de su blusa para dejar sobre él su ondulante pelo, retomó el interrogatorio que había sido interrumpido por la llegada a puerto.

-Bien, aquí vamos de nuevo. Estábamos en Provins y la pregunta fue, ¿por qué Provins? ¿Tu padre no era un acaudalado terrateniente italiano?.

-La muerte de mi verdadero padre sumió a mi madre en un dolor profundo. Él fue espía durante la guerra y mi madre usó su apellido de soltera para protegernos. Para no correr riesgos, decidió huir de Italia a esa pequeña localidad de Provins, muy cerca de Paris. Fue ahí donde conoció a Don Carlo Sabadini, quien se convirtió en un verdadero padre para mí. Nunca supe la identidad de mi padre biológico, pues murió antes de que yo naciera y mi

madre murió antes de que pudiera decírmelo.

Geanpierre relataba con fluidez su historia, tal cual le había sido contada en sus años de infancia y antes de que su madre, en su lecho de muerte, se sincerara.

Elizabeth sabía que ocultaba el hecho de ser un hijo bastardo producto del amorío entre una prostituta y un amante aristocrático. Entendía que lo escondiera, ya que, a pesar de ser un hombre maduro, de seguro aún sufría por haber sido rechazado por un padre débil incapaz de reconocerlo.

-Vaya, complicada situación vivieron ambos. ¿Y qué hicieron en Provins, a qué se dedicaba tu madre? – preguntaba Elizabeth con cierta dulzura en la voz como compadeciendo su difícil vida y dolorosa pérdida.

-Mi madre fue una excelente modista. Vistió a duques, princesas y toda la alta sociedad que pasó por su atelier. Junto a una mujer maravillosa llamada Grir, construyeron un imperio que después fue apoyado financieramente por mi padrastro, Don Carlo. Él le dio el empujón final para convertirlo en lo que fue. Como puedes ver, logramos salir adelante.

-Veo que me harás un resumen de la historia.

-Es el resumen que interesa contar Elizabeth, porque finalmente lo que importa es el presente, ¿no crees?

-Si claro, aunque nuestro pasado nos marca.

-Jamás negaré mi pasado, al contrario, me enorgullezco de él y en especial del empuje de mi madre, pero hoy debo construir mi propia vida y honrarlos manteniendo el negocio que potenciaron juntos. Ése es mi legado.

-Cierto – dijo ella evitando ser inquisidora de una triste historia.

Elizabeth no tenía intención de transformar el vuelo en una sesión de preguntas unilaterales. Guardó silencio y dio paso a que él tomara la iniciativa de preguntar. Sintió cierto recelo a que, por lógica, preguntaría lo obvio; si aceptaría o no su oferta.

Incorporándose en el sillón y relajando un poco el cinturón de seguridad, Elizabeth clavó sus ojos en él - Bien, ahora dispara tú.

-¡Ah! Es mi turno, qué suerte la mía.

Dejó los papeles a un lado, cruzó los dedos de sus manos sobre la pequeña mesa enfrente de ambos, y mirándola con cierta ternura enunció su pregunta:

-¿Qué es lo que te detiene?

XXIX

Perspicaz

Mientras el vuelo transcurría sin turbulencias, en París aguardaba un ansioso Esteban. Se acercaba el final de un proceso que esperaba se inclinara del todo a su favor. Había llamado a Elizabeth varias veces en el transcurso del tiempo que estuvo en Positano, con el afán de que no lo olvidara ni a él ni a su tentadora propuesta.

Por otro lado, Elizabeth era sorprendida por la sagaz pregunta de Geanpierre. No parecían ser de su interés las cuestiones tradicionales sobre la familia, hermanos, estudios, o lugar de nacimiento. Geanpierre había declarado que el presente era lo importante y sobre eso, indagaba astutamente.

-Vaya, vaya, esa sí que es una pregunta.

-Espero no la eludas.

-No tengo escapatoria a once mil pies – sonrió nerviosa.

-Qué suerte la mía – la miró arqueando una ceja.

-Intuyo a qué te refieres y frente a eso, nada me detiene. Soy libre para tomar mis propias decisiones y concretar los sueños y desafíos que yo misma me he propuesto.

-¿Y cuáles son esos desafíos o sueños que quieres lograr? – Geanpierre no perdía tiempo. Le devolvía con habilidad sus propias respuestas.

-Al parecer esto se transformará en un psicoanálisis.

-Creo que las respuestas a cuestiones profundas son las que nos ayudan a visualizar mejor el camino por delante.

La conversación fluía directamente hacia dónde él quería llevarla, sin embargo Elizabeth no se dejaría arrastrar a ella por ahora.

-Sueños y desafíos siempre hay en la vida, de lo contrario nada tendría mucho sentido. Levantarnos por la mañana ya es el primer desafío, nos invita a enfrentar lo que el nuevo día nos depara - su réplica era intencionadamente filosofía barata.

-Okey, por lo que oigo, tu réplica será conceptual.

-Disculpe Don Geanpierre, estamos iniciando el descenso a Charles de Gaulle – interrumpió el copiloto. El anuncio liberó a Elizabeth de continuar con la plática.

-Gracias Louis. Estamos listos. – Volvió la mirada a Elizabeth con una sonrisa de labios fruncidos que expresaban haber perdido la oportunidad - ahora te salva a ti la voz del capitán. Ya retomaremos. Aún cuento con dos horas de regreso.

Elizabeth sonrió tomando revancha de aquel día en el yate, y miró por la ventanilla disfrutando la luz de la mañana que pintaba de un rosa suave la hermosa ciudad de París.

Tocaron tierra a la hora programada; nueve de la mañana.

Un Peugeot último modelo los esperaba para llevarlos directo al Banco de Francia. Allí estarían los ejecutivos y Esteban.

El encuentro estaba fijado a las nueve treinta. Geanpierre revisaba sus notas, sus mensajes en el celular y miraba la hora. Ella ordenaba los papeles que habían caído antes de embarcar y miraba de reojo el accionar de él. Llegaban al final de éste camino. La seriedad de Geanpierre la ponía nerviosa. Su silencio era extraño.

A pesar de que ya deseaba cerrar el capítulo, no quería renunciar a sus encuentros sorprendidos, sus preguntas, sus guiños sexys y sus agudos ojos verdes. La atracción era innegable y la idea de no verle más la empujaba a correr el riesgo de aceptar su oferta. Por otro lado, Esteban ya le había dado detalles de lo que significaría ser su socia: una nada despreciable suma de dinero y beneficios adicionales muy seductores. Con Geanpierre, era ella quien definiría las condiciones de sociedad, cosa que también complicaba el escenario ya que cuánto y qué, eran cuestiones complejas de acotar.

-Bueno, llegamos a la recta final – rompió el silencio volviéndose hacia

ella a la espera de alguna respuesta.

-Así es, hoy se cierra un capítulo y comienza otro – contestó Elizabeth mientras terminaba de ordenar el cartapacio y evitaba su mirada.

-Espero que el comienzo de ese otro sea contigo.

Elizabeth lo miró sonriente, se puso los anteojos de sol que sacó de su cartera y, soltando un suspiro de relajación, alabó el esplendoroso día parisino – tenemos un lindo día de sol para finalizar el negocio.

-Así es, augurio de buenos tiempos.

El solemne salón marmoleado del Banco impregnaba de formalidad el momento. Esteban había sido el primero en llegar y Elizabeth realizaba las presentaciones:

-Esteban, te presento a Geanpierre Sabadini.

Al verlo, Geanpierre sintió por primera vez que su propuesta podría fallar. Esteban era un tipo elegante, bien parecido y seguro de sí mismo. Lo más probable es que alguna vez hubiese mirado a Elizabeth con intenciones más allá de un jefe y subalterna y que el cierre de este negocio también podría significar algo más para él. Aunque era un poco mayor, su estampa podría poner en riesgo su oferta.

-Finalmente nos conocemos. Ha sido un largo e interesante negocio. Espero esté satisfecho – dijo Esteban mientras le daba un cordial apretón de manos y examinaba sus movimientos.

-Lo estoy. Aunque espero estarlo aún más– dijo volviendo la mirada a Elizabeth.

Esteban clavó sus ojos en Elizabeth, justo en el momento que entraban los abogados de Don Pietro. Una vez más, era salvaba de enfrentar alguna pregunta aclaratoria. Esteban sorprendido por aquella frase de Geanpierre, que encubría sus dobles intenciones, no tuvo más remedio que quedarse con la duda del ardid entre ambos.

La reunión transcurrió según lo esperado, y al cabo de una hora los portafolios se cerraron por última vez. Estrechando manos nuevamente, cada una de las partes se despidió. Elizabeth sintió que desde ese momento todo se volvía hacia ella. Las miradas de Esteban y Geanpierre la acechaban desde la mampara que daba paso a su huida y antes que cualquiera esbozara palabra se adelantó:

-Pues bien, creo que el negocio ha sido sellado a entera satisfacción de las partes. – Volvió su mirada a Geanpierre y expresándose rápido e indiferente le dijo que no regresaría con él, debido a asuntos pendientes en París que debía atender.

El rostro de Geanpierre cambió de inmediato. Su decepción por no volver con ella a París se marcó en un leve arqueado de cejas que no pudo evitar gesticular. Y aunque la presencia de Esteban logró inhibir una respuesta contundente, lanzó al aire una de sus acostumbradas frases intrigantes que la obligaran a responder:

-No hay problema Elizabeth, aunque no olvides que aún espero una respuesta.

Esteban de nuevo miró con sorpresa a Elizabeth, quien se sintió obligada a despejar la duda que acababa de sembrarse.

-No dejaré de cumplir mis compromisos Geanpierre. Solo te pido un par de días. ¿Nos vamos Esteban?

-Sí, sí... claro – respondió Esteban con voz entrecortada evidenciando la curiosidad que le causaban las indirectas entre ambos. – De nuevo, mucho gusto en conocerte Geanpierre. Te deseo mucho éxito con tu nueva propiedad.

-Gracias, así lo esperamos – y regresó su mirada a Elizabeth.

-¿Nos vamos Esteban?.

Buen viaje de regreso Geanpierre. Seguimos en contacto - y estiró su mano para despedirse.

Geanpierre la miró levantando una ceja, tomó su mano, la besó y cruzó el

umbral de la puerta.

Esteban, que en posición rígida sostenía la manilla de aquel portalón de vidrio, miró a Elizabeth a la espera de algún gesto. El momento dejó una innegable tensión en el aire. El sonido de los tacones sobre el mármol, encubrían el latido acelerado del pecho de Elizabeth. Comenzaba a expresarse el nerviosismo de enfrentarlo. Era el momento de tomar una decisión final. Su desasosiego era legítimo; Esteban era seguridad y protección y Geanpierre un misterio no resuelto aún. A pesar de ello, había un halo de sinceridad en su mirada que la empujaba a confiar, junto a una avalancha de sentimientos que ya no podía controlar. Se sentía irremediabilmente atraída hacia ese hombre; su trabajo de seducción había logrado su propósito y pensar en no verlo más ensombrecía su prominente futuro en París, ese que en definitiva ya no anhelaba.

En el auto hacia la oficina, Esteban seguía mirándola a la espera de alguna reacción.

-Esteban, tenemos que hablar. ¿Te parece que nos tomemos un café? No quisiera hablar de esto en la oficina.

-Elizabeth, me preocupas, ¿pasó algo?, ¿estás bien?

-Sí por supuesto, estoy bien, no me ha pasado nada, solo quiero que hablemos tranquilos.

-Como prefieras, aún es temprano y no necesito llegar a la oficina.

-Perfecto, vamos al *Café de la Paix*, es nuestro favorito.

-Vamos – dijo Esteban ensombrecido.

Reinó un tenso silencio mientras llegaban al lugar.

Esteban, siempre galante, abrió su puerta; Elizabeth bajó del auto y entró al café, siempre antecedita por él.

El lugar, de elegantes columnas, sillones de felpa roja y lámparas en tela, brindaba un ambiente cálido que se encargaría de volver más acogedor el golpe. Tomaron asiento al lado del ventanal que dejaba ver parte del imponente edificio de la Ópera.

-Soy todo oídos Elizabeth – dijo Esteban una vez que el mozo terminó de

servir el aromático café y los panecillos.

Mientras revolvía su taza de un lado para otro, Elizabeth buscaba las palabras adecuadas y una señal poderosa del universo que le dijera que lo que haría era lo correcto. Esteban, detectando su nerviosismo, posó con suavidad su mano sobre la de ella, que jugaba con el borde del delicado plato de porcelana.

-Elizabeth, sea lo que sea que debas contarme, no te juzgaré. Quisiera tenerte a mi lado, pero eres libre, siempre lo has sido y presiento que ahora lo serás con más fuerza.

La mirada de Elizabeth se alzó hasta encontrar la de él, que con un brillo de ternura aumentaba el calipso de sus ojos. Se estremeció al punto de dudar. Por un instante sintió que su delicada generosidad, al anticiparse a lo que tenía que decir, encendía en ella la mecha de un sentimiento ignorado. Los segundos que mantuvo sus ojos sobre él, derribaron el telón de aquel hombre que la amaba en silencio.

-Esteban, sé que fui yo la que más insistió en la idea de ser tu socia y conozco la potencia de tu propuesta, pero hoy se me ha presentado una oportunidad irrenunciable, algo que no tenía para nada contemplado, pero que me lleva a concretar uno de mis anhelos más poderosos.

-Lo vi en tus ojos – se detuvo un instante y continuó con voz apesadumbrada - y lo envidio.

XXX

La verdad de Esteban

Elizabeth, incómoda y ruborizada, no era capaz de mirarlo. Durante todo ese tiempo juntos, jamás había enviado una señal para ilusionarlo. Él, tratando de aliviar el tenso ambiente, se adelantó:

-Han sido tres hermosos años Elizabeth, tres años repletos de ti.

La ternura en su voz ahogó cualquier réplica posible. Por un instante, regresó vertiginosamente a los inicios del trabajo junto a él y sólo entonces pudo ver con nitidez el delicado urdir con que Esteban, por años, había planeado seducirla.



El día que le entregó la venta de la mansión Visconti, pensó tener la excusa perfecta para hacerla socia y lograr así mantenerla a su lado. Una vez de igual a igual, continuaría con su estrategia de seducción, dejando ver sus reales sentimientos.

Ad portas del mayor negocio de la oficina y con las capacidades profesionales de Elizabeth más que demostradas, Esteban concretó su oferta. Ella, casi sin esperar que terminara su proposición, le dio un apretón de manos y aceptó el acuerdo con un contundente “dalo por hecho”.

Esteban se levantó y con una reverencia principesca, la invitó a bailar. Esa noche, el restaurante de la Torre regalaba una espléndida vista a la ciudad que brillaba titilante. La velada, con tenue música en vivo, incitaba a dejarse

llevar por una atmósfera de romance. Elizabeth algo sorprendida, aceptó disfrutar la agradable ocasión. Abrazados y moviéndose al son de la melodía de la inmortal canción *Stand by me* de Ben King, giraban y reían. Esteban enredó sus dedos en su ondulante pelo y bajó acariciándolo. Elizabeth sintió un grato escalofrío, pero no quiso confundir el momento. Tomó las manos de Esteban e hizo un giro con el que lo arrastró a sentarse. Con la idea de no darle ímpetus, agradeció la espléndida velada y le pidió que la llevara a casa con el pretexto del trabajo y del viaje que se venía por delante. Esteban comprendió que no era el momento.

Los días que siguieron, Elizabeth se comportó con total normalidad manteniendo la relación como siempre había sido; la de un jefe amistoso y una empleada eficiente y cordial. No quería ilusionarlo y tampoco desviar su propósito. Nada se interpondría en el logro de sus objetivos. Aunque se sentía halagada, lamentaba descubrir las intenciones de Esteban, eso tornaría menos espontáneo el vínculo a pesar de los esfuerzos que empeñara en ello. No le era indiferente. Esteban, a pesar de su edad, era un hombre atractivo y galante, tan gentil y educado que el peligro de caer en sus brazos era constante. Su aire protector y cariñoso, le gustaban y mucho.

Pero una mañana, fue él mismo quien la lanzó al pantano amoroso de Geanpierre

-Elizabeth estamos listos. Partes mañana temprano en vuelo directo a Salerno.



No era necesario decir más. Esteban declaraba abiertamente sus sentimientos, esos que con su mirada, clamaban por ser correspondidos.

-Esteban lo lamento, jamás quise...

-Lo sé Elizabeth. Siempre vi la verdad en tus ojos, fui yo quien se ilusionó

como un adolescente.

-En verdad lo siento. Tampoco sé a qué me enfrento, pero presiento que es bueno y que debo aprovechar ahora que no tengo nada que perder, ni nadie a quien arriesgar más que a mí misma.

-Te deseo lo mejor, pero cuídate, y si me necesitas, aquí estaré.

Esteban tomó sus manos, beso cada una y alzo su café humeante en gesto de brindis para desearle buena fortuna.

De regreso en su departamento, se tumbó en la cama y respiró profundo. Su mirada perdida se volvía incertidumbre. Se cerraba un ciclo junto a Esteban a quien lamentaba estar abandonando enamorado. Algo en su interior dolía como puntada entre sus costillas. La certeza de lo que él sentía, la volvía culpable, pues parecía estar huyendo y traicionando su confianza. Y aunque no era así, no podía dejar de lamentarlo.

Sacudió la cabeza, salió al balcón de su habitación e inhaló profundo hasta inflar por completo su pecho. Luego exhaló y sintió algo de alivio. Era como si ese gran suspiro se llevara consigo la carga de una pena que no era la de ella. Fijando sus ojos en la intensa luz que reflejaba la catedral de Sacré Coeur, a lo lejos, pudo visualizar el camino a seguir. Ese intenso punto blanco la llamaba a ascender, a llegar a la cima. Ahí tenía la respuesta. Desde su propia ventana, ese pequeño rayo de sol filtrándose entre las nubes y volviendo de un blanco incandescente aquella estructura venerada por muchos, le daban la señal; diría que sí a Geanpierre y correría el riesgo.

Después de un buen rato, casi hipnotizada por esa visión, entró y contempló los rincones de aquel refugio parisino; su hogar. Recorrió con la mirada el espacio inundado de luz. Se lanzó sobre el blando sofá de plumas de la sala y continuó contemplando todo aquello que ya comenzaba a volverse ajeno. Con fría racionalidad, analizaba si sería mejor alquilarlo o venderlo.

Aunque la nostalgia se iba apoderando de ella a medida que recorría cuadros, libros y muebles, estaba resuelta a abandonarlo. Aceptar la oferta de Geanpierre le proporcionaría el ingreso necesario para comprar en Positano su nuevo hogar y hacer realidad su proyecto. Ahora la cuestión era qué

pedirle, qué condiciones establecer, cómo llenaría ese papel. Había sido muy astuto al dejar en manos de ella las cláusulas del contrato entre ambos. Ese tema comenzaba hacérsele complejo de determinar. Y mientras meditaba en ello, se durmió.



Llamaron a la puerta con fuerza. Parecía que del otro lado había alguien desesperado por entrar en busca de refugio, huyendo de algún tipo de amenaza. Gritaba su nombre y pedía que le abrieran. El miedo recorrió su cuerpo dificultando sus movimientos. La voz le parecía confusa, pero al mismo tiempo familiar.

Al abrir apareció Esteban, exhausto e imposibilitado de articular palabra. Elizabeth lo ayudó con dificultad a caminar hasta el sillón y dejándolo recostado fue por algo fuerte para beber. Le sirvió un vaso de whisky y le ayudó a tomarlo.

De nuevo más golpes en la puerta. Ahora una mujer bramaba pidiendo auxilio. Con sollozos suplicaba la dejaran entrar. Elizabeth corrió al abrir no vio a nadie. Miró a ambos lados del corredor del edificio y ni siquiera un sonido que delatara un ascensor en movimiento o ecos de tacones en la escalera. Volvió a entrar y Esteban ya no estaba. Cerró la puerta y salió al balcón intentando verle. En su empeinado afán por ver alguna señal de él, perdió el equilibrio.



La taquicardia la despertó sudorosa y con la respiración acelerada. Otra pesadilla que antecedió su estrés. ¿Sería ésta el preámbulo de su eventual futuro?, se preguntaba mientras tomaba grandes sorbos de agua para enfriar la

angustiosa visión de sí misma cayendo al vacío. Esperaba no estar cometiendo ningún error demasiado grave, que pudiera costarle una caída al abismo. Antes, había sido el viento que trataba de impedir que abriera el enorme portalón de la mansión para llegar al fogoso encuentro con Geanpierre, ahora, enfrentaba un precipicio después de perder de vista a un sobresaltado Esteban.

Decidió eliminar cualquier interpretación de aquel sueño y se aferró al hambre que anunciaba su estómago.

XXXI

La decisión

Habían pasado dos días de completo silencio. No hubo llamadas ni mensajes de Geanpierre. A Elizabeth le pareció extraño aunque lo agradecía.

Su decisión estaba tomada, pero algo en su interior le advertía sobre un peligro que no podía predecir ni entender. Aun así, correría el riesgo. Las conversaciones en el yate y en el viaje a París, le dejaron ver parte del hombre real y honesto que era Geanpierre. Una mezcla de niño, sin culpa por un padre egoísta y cobarde; de hijo, cariñoso y colaborador con una madre que luchó por él; y de hombre, valiente y capaz de enfrentar un doloroso pasado y reconstruir sobre él. Iban encajando las piezas de aquel rompecabezas del cual ella quería ser parte.

Regresó a Positano con la tranquilidad de haber sido honesta con Esteban, y determinada a seguir su impulso.

Aunque la imagen de aquel perturbador sueño en donde caía al vacío volvía a su mente una y otra vez, nada la haría cambiar de opinión. En un afán de borrar la desagradable escena, sacudió su cabeza de un lado a otro.

Esteban había cumplido su parte del trato, y las ganancias le permitieron hospedarse en San Pietro en la misma habitación que usó durante el tiempo que trabajó en la venta de la mansión. Ése sería su centro de operaciones hasta encontrar una casa donde vivir. La espléndida panorámica que conseguía ver del Mediterráneo desde ahí, lograba cautivarla al punto de la inconciencia. Solo contemplar esa inmensidad azul, relajaba hasta el más pequeño de sus músculos. Sumergida mentalmente en sus aguas, y dejándose llevar por un brillante vaivén de olas, se entregó al nuevo desafío.

El ring del teléfono sonaba insistentemente. Cuatro, cinco, seis veces, hasta que decidió cortar. Tal vez alguna reunión lo mantenía ocupado o simplemente tomaba revancha por no haber regresado con él. De cierta forma la merecía. Ese día la mirada de Geanpierre expresó una gran decepción y aunque sus palabras la obligaron a confesar frente a Esteban el compromiso que había entre ambos, eso no impidió que su último gesto de despedida lo delatara apesadumbrado. Elizabeth no tendría más remedio que insistir con su llamada más tarde. Suponía que estaba esperando su decisión y que después de todos sus esfuerzos por seducirla, no renunciaría a ella.

Sacó de entre sus papeles la propuesta. Volvió a leerla y admiró la osadía de Geanpierre por dejar en sus manos la definición de todas las condiciones para acceder a trabajar junto a él. Una y mil veces regresaba a su mente su imagen arrogante y su guiño seductor. Sintió un impulso poderoso por romperlas, pero se contuvo en seco al maquinarse una mejor forma de responder a su invitación de sociedad. Esta no sería una imposición unilateral de exigencias, ni una subordinación abnegada a cumplirlas. Así es que llegado el momento de verse las caras, la situación sería diferente.

Una llamada a la puerta interrumpió su divagación sobre cómo sería el escenario de aquel futuro encuentro entre ambos.

-Sí, ¿quién es? - preguntó mientras miraba extrañada por el ojo de la puerta.

-Room Service señorita Bellerose.

Sorprendida, abrió al mozo que llevaba una botella de champaña sumergida en y una caja de chocolates.

-Buenas tardes señorita, don Geanpierre Sabadini le envía este obsequio.

-Muchas gracias – contestó con el ceño fruncido y un deseo poderoso de rechazar su gentileza - por favor déjela sobre la mesa.

Cuando se fue el muchacho, se acercó y descubrió que junto a la caja venía una pequeña tarjeta:

“Espero que tu regreso sean buenas noticias para ambos. Bienvenida. Geanpierre”

Con una mueca de resignación, Elizabeth se vio sometida a recibir otra de sus sorpresas. Este hombre es imposible, se dijo. Una y otra vez la abordaba cuando menos esperaba algo de él. Se sintió halagada, pero al instante un escalofrío erizó su piel – ¿cómo supo que regresé?, ¿será una especie de psicópata que persigue celoso cada movimiento de su presa? – esas ideas la intranquilizaron. De nuevo todo era una mezcla de deseo, riesgo e incitación. Era el momento de terminar con la incertidumbre, se acababa su paciencia y el impulso de encararlo la empujaba con la fuerza del enojo.

Volvió a insistir con un ring que sonó y sonó sin respuesta. El mal humor se apoderaba de ella. Como animal atrapado, caminaba de un lado al otro de la habitación, tratando de encontrar las palabras más razonables y lógicas para enfrentarlo. Había dejado todo y estaba dispuesta a trabajar con él en el proyecto Visconti, pero si todo iba a estar inmerso en un jugueteo de indirectas constantes, comenzaba a sentir que tal vez no había sido una buena decisión.

Lidiando una batalla interna que iba desde mandar todo al demonio hasta la transformación de esa ira en un deseo por él que la quemaba, se desplomó exhausta sobre el pequeño sillón de la habitación. Con los dedos sobre sus sienes, cerró los ojos y respiró una gran bocanada de aire. Se rindió. Volver a llamar, ir a buscarle o esperar, eran cuestiones a las que de seguro él ya se habría adelantado, anulando cualquier movimiento que ella pudiera hacer. Y mientras permanecía sentada, con la nuca apoyada en el respaldo, perdió su mirada en el techo -¿Qué pasará ahora?, ¿llamarán una vez más a la puerta, o deslizarán un sobre con alguna invitación inusual?, ¿sonará el teléfono o llegará un mensaje?, si bajo a cenar, ¿estará esperándome en una mesa con todo arreglado para una velada de celebración inolvidable? – se preguntaba e intentaba imaginar cuál sería el próximo paso de Geanpierre.

Anocheció. Decidió darse un baño con sales y burbujas, pero antes, encargó una pizza al delivery de *La Taverna del Leone*. De ninguna manera bajaría a cenar al restaurante. El cansancio del momento le impedía pensar con claridad y no estaba dispuesta a toparse con él en esas condiciones.

La espumante bañera puso su mente en blanco. A cada latir de su pecho y sonido de su respiración, se sumaba una nota musical que subía desde la terraza hasta su ventana, aún abierta recibiendo el frescor de la tarde. Con los ojos cerrados, sentía cómo sus brazos flotaban, el aroma a lavanda del jabón

entraba en sus pulmones y la tibieza del agua dilatava la tensión.

Dormitaba, cuando los golpes a su puerta avisaron de la llegada de su pedido. Apenas alcanzó a secarse y ponerse la bata para recibirlo.

Se acercó a la puerta:

-¿Quién es? – preguntó mirando por el ojo de la puerta y buscando estar segura de que era su comida.

-Su pedido de La Taverna del Leone – dijo la voz, que ya había avisado con fuerza su presencia en la primera llamada.

Abrió.

-Buena noches, su pizza de pepperoni – dijo un hombrecillo robusto de bigotes peinados.

-Gracias, por favor déjela sobre esa mesa – dijo revisando el lazo de su bata.

El despachador entregó el recibo y Elizabeth canceló con la correspondiente propina. Le agradeció e instó a acelerar su salida para poder volver a saborear el aroma que comenzaba hacer salivar su boca. Estaba a punto de cerrar la puerta, cuando un fuerte golpe de mano evitó que ésta bloqueara la entrada:

-Elizabeth, dime que es un sí.

-¡Geanpierre! – dijo Elizabeth con un grito ahogado de impresión.

-Por favor dime que es un sí – insistió Geanpierre esperando anhelante su respuesta.

-Geanpierre, ¿Pero, qué haces aquí?

-Hago lo que ya no puede esperar más.

Y tomándola por la cintura, entró con ella, cerró la puerta con el pie y la besó. Elizabeth se resistió empujándolo y despegándose apenas unos centímetros. Geanpierre la contuvo entre sus brazos con la fuerza de una pasión que rehusaba abandonar su conquista, mientras acariciaba su espalda. Sus ojos, como lobo en celo, estaban incrustados en los de ella esperando una

respuesta.

-Geanpierre, qué haces, yo...

-Tú ¿qué?

Elizabeth no pudo terminar su frase a pesar de que Geanpierre la instaba a hacerlo. Sus miradas seguían clavadas. La respiración jadeante de ambos, tras un beso que atizaba un impulso vehemente por estar juntos, bloqueaba cualquier palabra coherente. Por largos segundos, sus ojos verdes fulminaron su coraza y Elizabeth devolvió aquel beso que abría las compuertas de un torrente de deseo imposible de frenar. Geanpierre hizo caer su bata y ella desabrochó cada botón que se interponía entre su pecho y el de él. Mientras retrocedían desnudándose hasta llegar a la cama, Geanpierre volvió a contemplar su rostro, y perdiéndose en su delirante mirada, susurró suplicante:

-Elizabeth...

-Sí, es un sí – respondió Elizabeth liberando su erotismo y besándolo con desenfreno.

Esa noche, mientras las piernas de Elizabeth lo abrazaban y las grandes manos de Geanpierre acariciaban cada rincón inexplorado hasta entonces, se dio inicio a algo más que una sociedad entre ambos.

XXXII

Juntos

Le enternecía verlo dormir bajo la insignificante luz que el crepúsculo dejaba entrar por la ventana. El tacto le hacía sentir su pecho velludo y su oscilante respirar. Mientras Elizabeth lo acariciaba, Geanpierre se despabilaba con lentitud regalándole una sonrisa que volvía a despertar en ella la osadía del desenfreno. Sus caricias la excitaban empujándola a lanzarse sin temor al pozo profundo de la lujuria. Lo besó con suavidad mientras crecía en su estómago el cosquilleo del erotismo. Las gruesas manos de Geanpierre bajaron hasta sus nalgas, deleitándose con una erección que buscaba refugio entre sus piernas. De nuevo el fuego se encendió.

La conexión era poderosa y después de circundar el cuerpo, uno del otro, la mansedumbre de un deseo saciado, los unió en un abrazo. Elizabeth tenía apoyada la cabeza en su pecho mientras deslizaba sus dedos sobre él. Geanpierre lograba erizar su piel con cada caricia que recorría su espalda. Reinaba el silencio. Era como si ninguno de los dos quisiera romper el hechizo de aquel erótico letargo. El temor a que las palabras quebraran aquella atmósfera, les impedía expresarse, sin embargo Elizabeth, con un susurro de voz, dejó ver lo que su inconsciente murmuraba:

-En qué me he metido – articuló como hablando para sí misma.

-En la mejor de las travesías a mi lado – contestó Geanpierre sin dejar de recorrer su espalda y jugar con su pelo.

-Por primera vez, siento miedo – dijo Elizabeth derribando todos los muros que había construido alguna vez para protegerse de los hombres que osaran abusar emocionalmente de ella.

Geanpierre se giró, buscó su mirada bajo un hilo de luz que apenas

ayudaba a dibujar su rostro y acariciando su mejilla con ternura respondió:

-Lo que siento por ti también me da miedo, pero ese miedo me empuja a no perderte – besó su frente y la abrazó.

Elizabeth se entregó en ese abrazo protector, cerró los ojos y suspiró dejándose llevar por un sentimiento inesperado y potente. Se quedó así por unos minutos hasta que, separándose algunos centímetros para mirarlo, volvió a retomar parte de la realidad que había dejado atrás, después de permitirle haber entrado en su habitación.

-Me atrapaste, no me pude resistir, tu conquista me venció, pero no sé a dónde nos llevará todo esto – dijo Elizabeth entrelazando su mano con la de él.

-Nos llevará lejos y nos hará felices. Confía en mí – tomó su cara entre sus manos y volvió a besarla suave, lenta y profundamente.

La noche unió sus cuerpos, apaciguó sus miedos y se encargó de saciar la gula de un deseo arrastrado por semanas de indirectas y frases inconclusas. Se abrió la puerta de la bóveda, esa que guarda celosamente el órgano vital de un ser humano, cuyo latir vigoroso puede congelarse al no ser correspondido. La sombra de ese frío temor, deambulaba por los pensamientos de ambos, pero a su vez, el sonido de una voz que prometía cuidados y amor sincero, derretía los tímpanos.

Ese día, al llegar el sol, todo transcurrió despacio, como una abultada nube movida por la brisa; desde un vigoroso desayuno repleto de risas, caricias y confesiones, hasta una burbujeante cena regada de champaña y frutoso vino que los llevó a estrechar un erotismo que irrumpía una y otra vez.

Para cuando llegó un segundo amanecer juntos, ya habían tomado la primera decisión; instalarse en el yate. Ésa sería su guarida mientras decidían dónde vivir. Todo fluía con desenfreno, eran como dos adolescentes enamorados y decididos a escapar de casa.

Llegaron a aquella madriguera flotante y mientras Elizabeth acomodaba sus cosas en uno de los gabinetes del camarote de Geanpierre; recordó la

habitación contigua de donde había sacado el cortavientos usado la tarde en que regresaban de Capri. La rigidez en sus brazos, al recordar el closet repleto de ropa de mujer, llegó a doler. Solo pensar en que ella pudiese ser otra más de sus conquistas, la asfixió. La incertidumbre congeló sus movimientos y el ánimo de continuar instalando sus pertenencias. Se sentó en la cama cabizbaja y con sus hombros caídos fijó la mirada en la esponjosa alfombra que recibía sus pies descalzos.

Un haz de luz teñía su piel de amarillo y tornaba el aire anaranjado. Las sábanas blancas con pequeñas anclas estampadas, recibía su miedo sobre un vaporoso plumón, mientras su mente flotaba en una penumbra difusa de niebla sin disipar.

Al entrar Geanpierre y verla afligida, se sentó a su lado. Tomó con delicadeza su mentón y la miró a los ojos con dulzura.

-Qué te preocupa Elizabeth.

Ella esquivó su mirada y volvió sus ojos al suelo - ser otro más de tus trofeos femeninos – murmuró.

-¿Por qué lo dices? – dijo con ceño fruncido y confusión al escucharla.

-Mientras ordenaba mis cosas, no puede dejar de recordar toda la ropa de mujer que tienes en el closet de la cabina de al lado.

-Elizabeth, esa ropa no es de nadie. Manejo ese tipo de cosas para mis visitas. Debo estar preparado para resolver cualquier situación.

-Me cuesta creerlo – contestaba mirándolo de reojo.

-Haré que la saquen de inmediato – dijo parándose impulsivamente para ir a dar la instrucción.

-No, espera – lo detuvo por el brazo - Tampoco quiero ser una estúpida celosa. Jamás lo he sido y no pretendo serlo. Es que me haces sentir insegura, no sé por qué me siento así.

-Te haré sentir lo contrario, confía en mí – respondió Geanpierre hincándose delante de ella.

-Necesito conocerte más, saber más de ti – decía Elizabeth acariciando su cara.

-Desde hoy pregúntame lo que quieras. Juro no guardar nada – besó las

palmas de sus manos.

-Gracias – le hizo levantarse para que volviera a su lado y apoyando su cabeza en el hombro, volvió a agradecer. Él acariciaba su cabeza en señal de protección.

Esa noche, Geanpierre había programado una deliciosa cena en la terraza de popa; una copa de camarones sobre hojas verdes precedió a un apetitoso boeuf bourguignon. No había detalle que se le escapara.

Cuando terminaron de comer, Geanpierre pidió a los sirvientes que les dejaran a solas sin interrupciones. La tarde tibia, la brisa suave y la luz tenue de las velas que adornaban la mesa, logró romper el candado del cofre que guardaba el más oscuro de los secretos de su vida; su origen.

-Así es Elizabeth. Esa es mi verdad. Una verdad dura y desagradable. Espero sea la forma de decirte que no quiero mentiras entre nosotros, y también espero no ser crucificado por ella – hablaba con la vista fija en su copa. Sentía vergüenza de mirarla.

-Cómo podría juzgarte. Quién soy yo para eso. Al contrario, te lo agradezco – dijo Elizabeth tomando su mano.

-No ha sido fácil saber que soy el hijo bastardo de una prostituta. Me cuesta incluso decir esa palabra. Pero al mismo tiempo, pienso en mi madre y no puedo enjuiciarla. Trabajó duro para salir de ese sórdido mundo y lo logró, a pesar del cobarde de mi padre – su mirada se endureció con un destello de odio.

-Pero la vida los recompensó a ambos poniendo a Don Carlo en tu camino – replicó Elizabeth acariciando su mano e intentando aliviar su vergüenza.

-Ese hombre fue realmente un padre para mí. Gracias a él soy lo que soy – dijo levantando su copa al cielo.

-Y por qué la mansión. ¿Por qué quieres volver ahí?

-Es la forma de transformar un pasado sombrío, en un presente renovado. Quiero hacer de ese lugar un espacio donde reine la alegría, la música, donde personas de todos lados logren borrar la huella de mi pasado e impregnen de nueva energía mi presente. No quiero pensar más en ese lugar como el lugar donde mis padres escondieron una infidelidad que terminó siendo mortal. Quiero que la diversidad de las personas que lleguen ahí me ayude a olvidar...

Elizabeth se levantó, se sentó en su regazo besándolo con fuerza. Enternecida por el dolor que expresaban sus palabras, interrumpió un discurso que comenzaba a torturarlo. El contacto de sus labios y su mano que comenzaba a deslizarse por su pecho, hizo que Geanpierre devolviera con intensidad aquella embestida. Se levantó alzando a Elizabeth entre sus brazos. Ella cruzó sus piernas alrededor de su cintura mientras él caminaba besándola hasta caer sobre el sofá de cubierta. Una vez más, se iniciaba un encuentro que ondulaba al ritmo de dos cuerpos excitados.

XXXIII

Lo impensable

A pesar de que su vida la había tejido con una estrategia en busca del éxito, enamorarse no era parte del plan. Geanpierre, con sus guiños e indirectas, había logrado conquistarla y convertirse en el compañero con el cual ella quería envejecer. Después de casi un año, el proyecto Visconti, bautizado como *Hotel Nuova Vita*, tomaba cuerpo y realidad junto a sus propios sueños: vivir en Positano una vida relajada de ciudad pequeña.

Los días transcurrían entre planos, hormigón y pintura. Las fachadas comenzaban a teñirse de colores alegres al igual que sus vidas. Geanpierre contemplaba el cambio de una arquitectura que rejuvenecía, haciendo rejuvenecer también sus propias metas. El oscuro pasado de quienes habían circulado por aquellos pasillos, iba quedando atrás. La casa del risco, antigua guarida clandestina, era hoy una luminosa biblioteca inundada del sol mediterráneo y su ondulante movimiento. Un ventanal dejaba entrar generosamente la luz, que chorreaba sobre los innumerables libros de cuero que impregnaban con su aroma el ambiente. Una cafetería, en la antesala, ofrecía a sus lectores la posibilidad de acompañar cada línea con un humeante cappuccino.

Todo fluía con armonía atemorizante. Todo, era tan perfecto, que parecía irreal. Elizabeth guardaba el secreto que terminaría de completar la escena de un idílico final. Considerando la dura vida familiar que le había tocado vivir a Geanpierre, estaba segura que darle la noticia de que sería padre lo convertiría en el hombre más feliz. Tenía la certeza de que eso lo ayudaría a cerrar el círculo de su tormentosa búsqueda, borrando para siempre la imagen de un padre débil y sin voluntad. Él sería la antítesis de todo lo que nunca fue ese hombre que ni siquiera conoció.

Quedar embarazada no fue acordado, más bien fue una amorosa maniobra elucubrada por Elizabeth. Desconocía si sería capaz de cumplir a cabalidad con su rol de madre, pero después de un año juntos, y empujada por el anhelo de hacerlo feliz, decidió correr el riesgo.

Con la seguridad de cuatro meses de gestación y una panza que poco delataba, le dio la noticia:

-Bueno, ya estamos por terminar nuestra obra maestra – dijo Elizabeth mientras miraban desde el fondo del jardín, la fachada trasera de la construcción que enfrentaba el mediterráneo.

-Así es mi amor, casi terminada, ya no quedan detalles – respondió Geanpierre encandilado con el reflejo del sol de la tarde iluminando los ventanales.

Elizabeth, parada al lado de Geanpierre y con la vista en la misma dirección, dijo burlona:

-Yo diría que hay un gran detalle del cual tendremos que ocuparnos.

Él giró y clavó sus ojos en los de ella. Con expresión algo molesta, la emplazó a definir su indirecta:

-¿Cómo que gran detalle? ¿De qué detalle hablas?, no hemos dejado pasar detalle, incluso revisé que los manteles fueran del color que querías – dijo con voz fuerte y sorprendido.

-Pero eres responsable de un gran detalle, del cual deberás ocuparte – volvía a decir ella tomando su mentón con cariño.

-Sigo sin entender Elizabeth, me podrías... - y viendo su sonrisa irónica, sus cejas en alto y su rostro inclinado, intuyó - ...¿es lo que creo que estoy pensando?

-Sí, es lo que piensas.

-¿Estás segura, estás segura? – repetía para confirmar su ilusión.

-Tan segura que tengo cuatro meses de embarazo.

-Pero, cómo... es decir, cómo no me enteré antes, por qué no me contaste, es que yo...bueno, que importa mi amor, te amo, te amo...me haces el hombre

más feliz del mundo – se arrodilló para hablar a su apenas abultada panza – los amo, claro, a ti también te amo.

Elizabeth rió al verlo hincado hablando con su vientre, ése que albergaba otro corazón latiendo en su interior. El cuadro era conmovedor, sin embargo un escalofrío erizo su piel. Su extraña sensación quedó oculta tras las dulces palabras de Geanpierre:

-Cásate conmigo Elizabeth, sé mi mujer - decía aún de rodillas a sus pies.

Ella se inclinó y frente a frente lo besó. Hizo un alto para susurrar en su oído - seré solo tuya - y volvió a besarlo.

Estaba próxima la inauguración del hotel y entre ambos afinaban todos los aspectos que tenían que ver con la apertura oficial: personal, suministros, decoración. Decidieron que la boda sería después.

Las náuseas y vómitos, que había logrado disimular durante doce semanas, no cesaban. El embarazo parecía más bien quitarle peso que aumentarlo, y aunque los controles médicos daban buenas señales, Elizabeth no tenía buen semblante. Geanpierre la veía débil y comenzaba a preocuparse. Trataba de ocultar su inquietud con el trabajo y descansando sus dudas en los buenos pronósticos de los médicos, al fin y al cabo es un proceso normal en toda gestación, les decían.

Una semana después, extenuados por la puesta en marcha del hotel, apenas comieron. Tampoco la comida era algo que a Elizabeth le llamara la atención, los olores y sabores más bien descomponían su apetito. La incertidumbre sobre el estado de su embarazo, seguía enturbiando una tranquilidad a medias, tranquilidad que finalmente fue interrumpida por la espada de la desgracia clavada en el vientre de Elizabeth.

La madrugada se tiñó de rojo. El sobresalto y violento gemido hizo que Geanpierre tirara al suelo la lámpara al intentar encenderla. Salió de la cama empujado por el pánico y logrando iluminar la oscuridad del miedo que los cubría, vio la cara de dolor de Elizabeth:

-¿Qué sucede amor, qué pasa? – intentaba abrazarla y acariciar su espalda

curvada.

Elizabeth no tenía aire suficiente para responder, comenzaba a retorcerse recogiendo y estirando sus rodillas. Tomando fuerzas levantó las sabanas.

-Dios mío Elizabeth, estas sangrando – dijo espantado.

Ella soltó unas lágrimas mezcla de dolor, pena y temor. Solo atinó a decir con fuerza que la llevara al hospital.

Las largas horas de pabellón anticipaban una fatídica noticia. Geanpierre, sentado en el páramo de aquella sala y con su mirada entumecida en el piso de mármol, se negaba a aceptar la posibilidad.

Después de una eternidad de cuatro horas de espera, apareció el cirujano

-Sr. Sabadini, pudimos salvarlos, pero el niño es muy prematuro.

Los ojos vidriosos de Geanpierre le impidieron emitir palabra. Es un niño, un niño se dijo. Apenas pudo estrechar su mano y le rogó hiciera hasta lo imposible por salvarle la vida.

-Vaya a su casa, descanse, este es solo el comienzo de un largo camino. Necesitará de todas sus fuerzas para sostener a los dos - le dio un golpe en la espalda y lo dejó.

De nuevo, abandonado e indefenso sin saber qué hacer, caminó como en cámara lenta hacia el ascensor. Miró el extenso pasillo que terminaba en las puertas de cristal que conducían al quirófano y rogó en silencio - padre, si alguna vez cruzó por tu mente la posibilidad de quererme, ayúdame, ayúdame desde allá arriba - imploró impotente.

Desolado salió del hospital y caminó hacia el auto viendo los rostros sonrientes de Elizabeth, su madre y Grir. Se le aparecían como destellos luminosos guiando su lóbrega esperanza. La orfandad volvía a aparecerse acechando con arrebatarse a la mujer que amaba y a su hijo.

-No, no, no puede estar pasando esto. A ella no, a mi niño no – renegaba en voz baja.

Cerró con un fuerte golpe la puerta del auto y regresó, impetuoso, al mismo asiento que por más de cuatro horas contuvo su angustia. No se alejaría ni un segundo de las dos almas que luchaban por sobrevivir y cual carcelero, celaría la entrada impidiendo que la muerte viniera por ellos. Se durmió.

-Señor Sabadini, señor Sabadini... - Amanecía. Una insistente enfermera movía con suavidad su hombro.

Geanpierre, inconsciente de cansancio, regresó al presente. Miró a su alrededor con la esperanza de que no fuera cierto. Abría y cerraba los ojos como intentando hacer desaparecer la imagen de paredes blancas y olor a morfina.

-Señor Sabadini, el médico necesita hablarle.

-Claro, claro. ¿Pasó algo? – inquirió atormentado poniéndose de pie – ¿cuándo podré ver a mi esposa, a mi hijo?

-El doctor le dirá. Por favor sígame.

Caminó tras la enfermera como si alguien lo empujara hacia un lugar al que no quería ir. El cuerpo le pesaba y el sudor en sus manos transpiraba el pavor que sentía su alma frente a la posibilidad de escuchar lo que no quería. El pasillo se hacía infinito, los pasos retumbaban en sus oídos y el eco de las voces de los que a esas horas llenaban el lugar, mareaba su mente. Siguió caminando tras la bata blanca que le antecedió, hasta que llegaron frente a la puerta que revelaría la verdad. Los tres médicos presentes intentaban explicar:

-Fue inevitable, era ella la prioridad. Debimos hacerlo, lo lamento.

Después de eso sólo escuchó que se repondría y que de seguro al cabo de dos semanas podría retomar su vida normal. El resto dejó de oírlo. Que su útero tuvo que ser extirpado se convirtió en una voz lejana que ya no le interesaba. Lo único que valía la pena saber, era que ella sobreviviría.

-¿Y el niño doctor, mi hijo? – interrumpió ansioso.

-Estable, pero muy débil. Es muy pequeño. Estamos haciendo todo lo

posible.

-No doctor, no haga lo posible, por favor, haga lo imposible – repetía la súplica de la noche anterior.

-En eso estamos.

-¿Puedo ver a Elizabeth? – pedía poniéndose de pie algo mareado.

-Por supuesto, ella lo necesita.

XXXIV

Brumoso día de invierno

Al cabo de unas semanas, para cuando Elizabeth fue dada de alta, Geanpierre tenía preparada la suite del hotel. Era una habitación aislada y allí podría estar tranquila al cuidado de todo el personal de servicio. Una de las habitaciones del ala oeste la destinó para alojar a una enfermera, quien a tiempo completo, debía estar alerta a todo lo que la salud de Elizabeth requiriera. Instruyó con claridad que nadie molestara a la señora Sabadini salvo expresa solicitud de ella.

Vivir momentáneamente en el hotel, le permitía a Geanpierre atender los negocios sin alejarse de su lado. Intentaba blindar su tranquilidad y recuperación. La noticia de la infertilidad era un pesado yugo para ambos y aunque Geanpierre había resistido el golpe con la mansedumbre de saber que ella estaba viva y que su hijo luchaba por quedarse, para Elizabeth había sido un duro golpe; una horrible cicatriz cauterizaba sus entrañas aniquilando la posibilidad de recibir una nueva vida.

Las idas y venidas al hospital se mezclaban con los check in y check out de turistas que llegaban sin parar llenando todos los rincones del hotel perfectamente habilitados; habitaciones, salones, y lugares de reposo, apenas duraban desocupados. El negocio funcionaba casi sin la necesidad de ocuparse demasiado. La selección de personal había sido exitosa y daba sus frutos.

Pero Elizabeth no lograba repuntar. El cansancio de días de hospital, sumado a la incertidumbre de la vida de su hijo, que se aferraba a un

respirador, apagaba su mente. Cada subir y bajar del pecho del pequeño Carlo, así le habían llamado, era lo que mantenía su esperanza. Verle respirar a través del cristal que la separaba de sus abrazos, alimentaba la ilusión de formar familia, esa que Elizabeth soñaba con construir junto a Geanpierre. Intentaba colaborar en el trabajo con algunas gestiones administrativas, pero todo le parecía insignificante frente a la vida de su pequeño que pendía de un hilo. Día tras día imploraba que resistiera, que si lograba salir adelante fuera un niño normal, sin las secuelas de una inmadurez gestacional que, tarde o temprano, podía hacerse presente. Esperaba que sus vidas estuvieran cubiertas de cuentos infantiles, risas burlonas después de una travesura, tiernos arrumacos bajo la colcha tibia esperando su beso de las buenas noches. Ése era el destello de un anhelo que vislumbró en los ojos de Geanpierre cuando le dio la noticia de que sería padre. Pero ese brillo en su mirada, después de casi dos meses de incertidumbre, se extinguió.

El último soplo artificial, que intentaba sostener la vida de un niño que ni siquiera abría los ojos, cesó. La muerte de Carlo sepultó el sueño de ser padres y el dolor oscureció la relación.

Pasadas algunas semanas después del funeral del niño, Elizabeth se volvió más racional e indiferente. Sonreía a los huéspedes estrechando sus manos, como si nada hubiese pasado, aunque en el fondo, era su forma de disimular la impotencia que le causaba saber que su vientre estaba seco y así permanecería para siempre.

La distancia comenzaba a crear un abismo entre los dos, y la vida retomaba una rutina que enmascaraba sus frustraciones. Geanpierre, en un afán de inyectar nuevos aires a la relación, la llevaba a rastras, a visitar las propiedades que podrían convertirse en el nuevo hogar de ambos. Ninguna lograba llamar su atención, ella siempre apática respondía con un “puede ser”. Ningún ramo de flores, brazaletes o propuesta de viaje la sacaba de su gélida indolencia. A pesar de todo, Geanpierre seguía amándola con la fuerza de quien no se da por vencido.

Debía partir a París. Los negocios en la ciudad requerían su presencia y pensó aprovechar la ocasión para romper el letargo entre ambos.

-Cariño vamos, acompáñame – pedía Geanpierre, con la esperanza de que

esta vez aceptara viajar con él.

-No quiero Geanpierre, estoy cansada, prefiero quedarme – respondía con voz mecánica tendida en la cama y continuando con su lectura.

Geanpierre se acercó, le quitó el libro y tomó su manos – mírame – dijo con suavidad - podríamos aprovechar para visitar Provins, siempre quisiste conocer mi ciudad natal.

-Ya te dije que será en otra oportunidad, ahora prefiero quedarme – y volvió a tomar su libro.

Nada capturaba su interés; ni País ahora, ni Grecia ni Londres entonces. Una vez más, Geanpierre partiría solo.

Al día siguiente, mientras Elizabeth aún dormía, le dio un beso en la frente y se marchó – cuídate cariño, nos vemos en dos días – susurró en su oído.

Desde París, la llamaba tres veces al día para saber cómo estaba. Ella respondía escuetamente – sí todo bien, no te preocupes, claro, adiós - Su frialdad lo desalentaba pero al mismo tiempo le preocupaba.

En el asiento trasero del auto, mientras Charles conducía hacia el aeropuerto para tomar el avión de regreso a Positano, Geanpierre recordaba el rostro encendido de Elizabeth el día que le dio la noticia de que serían padres; recuerdo robado por el desconsuelo de la muerte de su hijo. Pensaba que, tal vez, la única posibilidad de retomar el curso normal de sus vidas era someterse a una terapia que lograra disipar el dolor de la pérdida; pérdida que para él mismo, era una dura prueba del destino.

Su amputada paternidad estrangulaba su garganta. Con la mirada vidriosa a través de la ventanilla, posó sus pensamientos sobre la enorme cúpula de “Le Invalides”. El destello del brillante domo cegaba su visión y voluntad, y una muda voz en su interior clamaba por una señal, un camino, un nuevo comienzo. Perdido en aquella luz dorada, perdió también su último hálito de esperanza. Un impacto ensordecedor arrancó su oportunidad de volver a decir te amo, dar una caricia e intentar reconstruir lo que fuera que hubiera quedado entre él y Elizabeth. Ese día, sólo quedaron hierros retorcidos.

El impacto de los dos autos, terminó con la vida de Geanpierre, cerrando por completo una nueva oportunidad entre ambos. Se desvanecía hasta desaparecer la posibilidad de ser felices y Elizabeth se reprochaba la estúpida indiferencia con la que había perdido el tiempo haciéndose la fuerte. Se sintió sofocada por una existencia que la condenaba a la soledad, sin más remedio que enfrentarla.

Durante el funeral no hubo lágrimas. Su rigidez vestida de negro, permaneció impávida a los abrazos y besos de pésame que le daban unos pocos acompañantes. Las voces se volvían sonidos reverberantes, igual que las que hay en los sótanos abandonados por siglos. La gente deambulaba a su alrededor como cuerpos traslúcidos que apenas la tocaban.

El único refugio que entibiaba su alma era aquella habitación de hotel, donde un día, los ojos verdes de Geanpierre y su coqueto guiño, le reprochaban haber llegado tarde. Sólo ahí, junto a ese recuerdo, lograba albergar el injusto abandono impuesto por la vida.

Hoy era ella quien frente a la misma ventana, que volvió difusa la figura de Geanpierre en su primer encuentro, miraba la brumosa mañana de invierno que apenas dejaba ver un descolorido jardín que se sumaba a su pena.

Sólo ahí, en la penumbra de su alma y despojada de todo, lloró sin consuelo.